

LOS LIBROS DE MARÍA

María Menéndez-Ponte

El poso amargo del café



Bruslí deber a estar muerto y no lo está. A pesar de ello, este joven se encuentra en el infierno. Su vida cada vez está más fuera de control y él apenas se reconoce en el espejo. Problemas con las drogas, problemas con la policía... pero en algún lugar tendr a que encontrar un atisbo de esperanza.



María Menéndez-Ponte

El poso amargo del café

Gran angular: Los libros de María - 1

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2019

María Menéndez-Ponte, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para el auténtico Brusli



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

1.

SECRETOS INDESCIFRABLES

Tendría que estar muerto y no lo estoy. Pero a pesar de no estarlo, me encuentro en el infierno. Como si la estatua del *Ángel caído*, que nos mostró mi padre a mi hermano y a mí en uno de nuestros paseos por el Retiro, se hubiese salido por fin con la suya: «Te reconozco, tú eres de los míos, un rebelde sin causa, algún día terminarás en el infierno, como yo», me decía siempre que pasábamos por su lado. A mí me daba un cague que no veas, y es que hasta físicamente me encontraba parecido con ese tal Lucifer que un buen día decidió desobedecer a Dios y pasar de ángel a demonio. Mi hermano, en cambio, se identificaba con la estatua de Alfonso XII que está en lo alto del estanque de las barcas, dominándolo todo desde su caballo. Decía que de mayor iba a ser rey como él y que le harían una estatua haciendo taekwondo en vez de a caballo. A veces tengo la impresión de que esas estatuas han predeterminado nuestras vidas. Por supuesto, mi hermano no ha llegado a ser rey, pero sí que ha triunfado como modelo; ahí está el tío inmortalizado en numerosas revistas y con poses más chulas que las del propio Alfonso XII. Y además ha ganado una medalla en taekwondo. Es un *crack*, no como yo, que soy un mierda. En lo único que pienso es en meterme y meterme, ya desde la mañana. No sé cómo mi hermano me aguanta todavía. Claro que cualquier día de estos se hartará y me abandonará, igual que nuestra madre. ¡Qué putada! Con lo que me hubiese gustado tener una familia normal. Pero el único recuerdo que tengo de mis padres juntos es el de mi padre agarrando a mi madre por los brazos, forcejeando con ella y a continuación tirándola por la ventana. No sé por qué esas imágenes tan terribles se empeñan en pasar cientos de veces por mi cabeza, siempre a cámara lenta. Yo intento detenerlas para tratar de comprender lo que estaba ocurriendo allí, pero las imágenes se suceden como en una secuencia, mudas, sin gritos ni palabras, aunque supongo que los habría. Y yo también estoy allí, mudo, como un espectador de piedra, aterrado por lo que mis ojos están viendo, sin entender nada, sin poder hacer nada por evitar todo aquello. Tenía tres años y mi hermano dos, aunque él no está dentro de aquella pesadilla, menos mal. Después tengo una laguna, porque lo siguiente que recuerdo es a mi padre en el portal pegándole a mi madre con una silla, y yo llorando. No entendía qué podía haber hecho mi madre para merecer semejante paliza.

«Papá, no la pegues, no la pegues, no la pegues...».

No oigo los gritos de mi madre ni las voces de mi padre, solo mi llanto y el eco de mi voz suplicante. Supongo que acudirían los vecinos ante semejante alboroto, pero tampoco lo recuerdo.

La violencia de la propia situación junto con el terror que sentía en ese momento han borrado todo lo demás.

En el siguiente plano los policías se llevan a mi padre en un coche. Yo estoy ahí, frente a él, mirándolo, tratando de entender qué me quiere decir a través del cristal, contemplando sobrecogido e impotente sus ojos suplicantes. Pero el coche coge velocidad y yo me quedo sin saber qué era eso tan importante que mi padre quería decirme. Sé que él tenía una razón para haber hecho lo que hizo, pero me quedé sin saberla. Mi vida está llena de secretos terribles sin descifrar.

De nuevo aparezco en casa, en la cocina. Allí está la taza del café que se acababa de beber mi padre antes de que aquella horrible escena hubiese tenido lugar, prácticamente vacía, apenas queda un culito. Me lo bebo como si aquel café fuese la pócima mágica que pudiera aportarme un poco de luz sobre lo que acababa de suceder o quizá porque era lo único que me quedaba de mi padre y me resistía a que me abandonase de aquella manera. Porque yo sé que mi padre, al contrario que mi madre, me quería; a su manera, pero me quería. Y que si no hubiese sido por el maldito caballo, hubiese sido un buen padre. Pero todavía conservo en mi boca el sabor amargo de aquellos posos de café, y es que en ellos está escrita mi vida. La historia de mucha gente se escribe en libros, linajes, escudos, palacios, castillos o tumbas; la mía está escrita en aquellos posos. Y por eso necesito meterme el maldito perico, para borrar los. Y la droga hace que cada día descienda un poco más en mi camino hacia el infierno. ¡Qué putada!

No sé cómo fue la caída de Lucifer, pero la mía es lenta, agonizante. Algunos días, como hoy, tengo conciencia de ella y me aterra ver el desecho en que me he convertido: apenas me reconozco en ese tipo esquelético y abandonado que descubro cada vez que me miro en el espejo, capaz de cualquier barbaridad; en cambio, otros tengo la sensación de flotar en el vacío como esas águilas ratoneras que vuelan a merced del viento con las alas extendidas.

Joder, doy asco. Ya nada me divierte: ni meterme, ni hacer fechorías de las nuestras, ni ponerme morado de comer... como cuando iba con Poli y los otros. Sin él no es lo mismo, nada me divierte. ¡Qué putada! Me he quedado más solo que las ratas. Gordini se ha ido definitivamente con su madre y el Perchas se ha acomodado a ser el chulo de una tía mayor que le paga todos sus caprichos. Vaya mierda. Ahora si robo es para poder pillar, pero me raya mazo, como lo del trapicheo. Hay días que me meto incluso el perico que me dan para vender.

—Hoy sin ir más lejos, ¿verdad, Bruslí? Estás en un lío de los gordos.

—Deja de darme la chapa, Bruce Lee, estoy hasta los huevos. Siempre ahí, metiendo el dedo en la llaga, tocándome la moral.

—Sí, ya sé que te fastidia que sea tu conciencia y que te recuerde las cosas, pero ¿qué quieres?, tu cerebro es un colador por culpa de ese maldito polvo que te metes por la nariz. Y hoy no puedes evadirte como haces siempre, lo sabes muy bien: dentro de dos horas tendrás que enfrentarte a Walter y decirle que te has vuelto a meter los veinte gramos que te dio para vender. Y esta vez no se apiadará de ti, eres reincidente.

—No me da miedo, vejstorio.

—Un día te van a meter un tiro entre ceja y ceja.

—¿Y qué? Eso no me asusta, ya lo sabes.

—Pero sí te asusta ver en lo que te has convertido; eso sí te asusta, Bruslí, no lo niegues.

—¡Que te pires, tío!

—Te has convertido en un mentiroso, en un alcohólico, en un cocainómano. Venderías a tu hermano por un gramo. Eres escoria.

—¡Cállate, cabrón o...!

—¿O qué? No me dirás que vas a hacerme un *vándal* porque me da la risa, si no te tienes de pie. Mira tu cuerpo, es una ruina, una auténtica ruina. No tienes fuerzas ni para levantarte de ahí.

—¿Ah, no? Pues mira si me levanto, ¿lo ves, Bruce? Ahí te quedas, mamón, que yo me largo.

Deambulo por calles poco transitadas esperando la oportunidad de encontrar un incauto al que mangarle el coche. Me reventaba admitir que el viejo Bruce pudiera tener razón, pero la realidad es que estaba en un apuro de los gordos. No podía presentarme de nuevo ante Walter y pedirle otra oportunidad. No me quedaba más remedio que trincar un coche e ir hasta una de las discotecas de Getafe a robarle droga a algún camello, ya que allí no me conocen.

Por fin encuentro al típico pringado que no tiene ni media hostia, tan en las nubes que ni siquiera siente que me acerco a él peligrosamente. Por eso se lleva un buen susto al sentir el filo de mi navaja en su cuello. La verdad es que me jode un montón tener que amenazar a alguien con un arma, con Poli nunca utilizábamos la fuerza, pero es un caso de vida o muerte. Esta vez Walter no se iba a andar con tonterías, me daría una paliza hasta dejarme medio muerto, o a lo mejor era capaz de descerrajarme un tiro allí mismo.

Inmediatamente, sin mediar palabra, el incauto pichón deja caer las llaves del coche en mi mano con pulso tembloroso. Sé que lo tengo en mi poder, sin embargo no me siento bien por ello. Es un pobre hombre con una chaqueta de cuadros y pelo engominado, que seguramente estará haciendo alguna gestión de trabajo. Pero no puedo permitirme el lujo de compadecerme de él, se trata de salvar mi pellejo, mala suerte. Rápidamente me subo al coche y arranco ante su mirada incrédula, como si le costara asimilar lo que le acaba de suceder.

Conduzco un rato como un auténtico zombi, hasta que me doy cuenta de que llevo encendido un piloto rojo. Es el de la gasolina. Con las prisas, ni se me ha ocurrido comprobar cuánta había. Poli me habría llamado de todo. ¿Llevaría mucho tiempo encendido? Desde luego estaba fijo.

—¡Joder, qué puntería! Mira que ir a robar un coche en reserva...

Salgo a la M30 con la esperanza de encontrar una gasolinera, a ver si me iba a quedar tirado, lo que me faltaba. Pero esta vez la suerte me favorece y veo anunciada una a quinientos metros. Me limpio el sudor que me chorrea por la cara y pongo el intermitente en cuanto estoy a cien metros de ella. ¡Uf! Me meto por fin y me sitúo estratégicamente en el surtidor más alejado de la caja. Mientras enchufo la manguera, pienso en la cara que se le va a quedar al pringado que está cobrando cuando vea que me largo sin pagar, no sabe que de nada le va a servir tomar el número de la matrícula, porque es un coche robado. En otro tiempo esto nos habría servido de diversión, pero ya nada me divierte. Con Poli y los otros sí me hubiese reído.

Estoy enroscando la tapa del depósito, cuando un coche de los verdes se detiene a repostar. ¡Qué puntería, chaval! Con esto sí que no contaba, menudo día llevo, ¡vaya mierda de horóscopo que me ha tocado hoy!

Disimuladamente me voy andando hasta el servicio y espero allí un buen rato hasta que calculo que han podido marcharse. Efectivamente, al salir, veo que ya no está el coche. Así que, ya más tranquilo, me meto en el mío y arranco. Entonces oigo gritar al de la gasolinera.

—¡Eh, tú, que no has pagado!

—Gracias por recordármelo, *pringao* —digo metiéndome a toda velocidad por el carril de incorporación a la autovía.

Claro que no he hecho más que incorporarme, cuando oigo la sirena de los verdes detrás y su voz por megafonía:

—Échese a un lado y detenga su vehículo.

¡Qué putada! Pero ¿no se habían ido? ¡Los muy cabrones! Seguro que estaban escondidos. Si hubiese sido Poli, habría acelerado y los habría dejado con dos palmos de narices, pero yo no soy un conductor tan experto como él y además últimamente no tengo buenos reflejos, así que en seguida me empujan al arcén y me rodean con las pistolas.

—¿Así que robando gasolina, no? A ver, los papeles del coche y el permiso de conducir.

—No... no... lo llevo encima...

Si supieran que ni siquiera lo tengo. En este momento se me pasa por la cabeza jugármela y volver a arrancar el coche, pero, antes de que pueda hacer nada, uno de los dos ya me ha abierto la puerta y ha cogido de la guantera los papeles del coche.

—¿A nombre de quién está el coche?

—Es de mi tío...

—De tu tío, ¿verdad? ¿A quién pretendes engañar? Lo has robado, mamarracho, andando a comisaría, estás detenido.

—¿Y esta navaja? —dice el otro cacheándome—. ¿A quién pensabas atracar?

—La tengo para pelarme las naranjas, me gustan mucho las naranjas, siempre estoy comiendo alguna...

—¡Y encima vacilón! Mira, chaval, mejor te estás calladito y guardas tu verborrea para el juez.

¡Qué putada, otra vez detenido! Todo esto ya lo había vivido y era una auténtica pesadilla: volver a dejar mis pertenencias en la entrada de la comisaría, volver a dar mis datos, volver a ser interrogado, volver a estampar mi huella, volver a coger aquella manta llena de pulgas y aquella colchoneta que olía a meado que echaba para atrás... Eso sí, el miedo no era el mismo de aquella primera vez...

2.

¡VIENEN LOS MADEROS!

Al oír la sirena miré a Poli angustiado y él exclamó:

—¡Joder, los maderos! Alguien ha dado el chivatazo, tío. ¡Vámonos rápido, que ya están aquí!

—No tenemos tiempo para escapar, Poli, nos pillan seguro.

—¡Venga, Bruslí, con lo que tú corres! Cada uno en una dirección.

—¿Y los otros?

—Están en el parque, no sospecharán de ellos.

Eché a correr a la velocidad que mis piernas me lo permitían, escuchando la sirena de la policía cada vez más cerca. Estaba empapado en sudor y sentía que mi pecho y mi garganta estaban a punto de reventar por los trallazos del corazón, pero si paraba, me pillaban fijo. Iba medio a ciegas, apenas veía los lugares por donde corría, y además desconocía la zona. Finalmente me detuve unos segundos dudando hacia dónde tirar si a derecha o izquierda. Durante esos instantes me sentí paralizado por el miedo, a pesar de que sabía que tenía que tomar rápido una decisión, ya que el tiempo jugaba en mi contra.

¡Qué putada, una calle sin salida! Desesperado, busqué algún escondrijo...

—¡Vamos, chaval, las manos arriba! Y quietecito o te meto un tiro.

El sudor me caía a chorros y sentía unas terribles ganas de mear. Era la primera vez que tenía enfrente a un madero apuntándome con una pistola, y tengo que decir que no se parecía en nada a las escenas que ves en las series de televisión, porque aquí te falta la mitad del plano, que eres tú mismo. Y el pánico es tan intenso que te bloquea los sentidos, y lo único que aciertas a ver es la pistola y los ojos del policía. ¿Sería capaz de apretar el gatillo? Si lo hiciera, yo estaría muerto y no habría testigos, así de fácil.

Me quedé tan quieto que ni siquiera tenía conciencia de respirar, ahogándome con los latidos de mi propio pulso en la garganta. Y mi corazón parecía una bomba hidráulica. Bum-bum, bum-bum, bum-bum... Y me temblaban tanto las piernas que dudaba fueran a sostenerme por mucho más tiempo. Más que una escena a cámara lenta era un plano fijo, una pesadilla que no acababa. Jamás podré olvidar la cara de ese madero apuntándome con la pistola, yo estaba totalmente empapado, como si estuviera debajo de la ducha. ¿Cómo podía sudar más que durante la carrera que me había echado? Era un sudor frío que me hacía tiritar como cuando de pequeño me estaba tres horas dentro de la piscina.

—Así que os gustó la tienda y volvisteis, ¿no? ¿No tuvisteis bastante con el atraco de la semana pasada? —gritó dándome de hostias.

—Es la primera vez que vengo, se lo juro por mi madre, que está muerta.

—¡De los disgustos que le has dado!, ¿verdad, cabrón?

—No, ella nos abandonó a mí y a mi hermano cuando éramos pequeños, se lo juro.

—Deja de jurar, chaval, que tu juramento tiene muy poco valor, y esas patrañas las reservas para el juez, que me conozco muy bien a los tipejos como tú, sois todos iguales: en cuanto os trincan, os meáis en los pantalones y decís lo que sea con tal de salir libres. ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Y esa es otra, todos sois menores, hay que joderse. ¿Pero a quién quieres engañar, chaval? —dijo soltándome una colleja con la mano que tenía libre y cacheándome a continuación—. A ver, ¿llevas el carné encima?

—No... no... lo llevo... Llame a mi educador si quiere; vivo en la residencia de San Fernando, ¿la conoce?

—Bueno, vamos, andando al coche.

En ese momento llegó el otro policía solo, con cara de mala leche, y yo me alegré de que al menos Poli hubiera podido escapar.

—Dice que tiene dieciséis años, pero no lleva el carné encima —le informó a su compañero.

—En cuanto los detienes, todos se quitan años.

—Según dice, vive en el San Fernando.

—Bueno, pues lo llevamos a comisaría y desde allí llamamos para comprobarlo. Pero setenta y dos horas encerrado no te las va a quitar nadie, chaval —se dirigió a mí con rabia—, a ver si te sirve de escarmiento. ¿Y tus amiguitos qué, te han dejado solo?

Esa era una de las tácticas que utilizaban, la de ponernos a los unos contra los otros para que cantásemos, ya Poli me lo había advertido, pero yo no era ningún chivato.

—¿Y ahora qué, te ha comido la lengua el gato? ¿Cuántos estabais en esto?

—¿No oyes? Mi compañero te está preguntando cuántos sois.

Si creían que me iban a sacar algo, iban listos, porque no pensaba soltar prenda.

—Mira, chaval, no te pongas gallito, porque tenemos las huellas de tus compañeros y el coche que habéis robado, así que no les va a ser fácil salir de esta. En cambio, si tú colaboras, podría favorecerte.

¡Y una mierda! A ver si se creían que era un niño de teta. En cuanto llamaran a mi educador, vendría a sacarme, porque era la primera vez que me trincaban y además no nos habían pillado con nada encima. Por mucho que me pegaran, no iba a soltar nada.

—La cárcel no es como un castigo del colegio, ya verás lo que te espera.

Y ahora la táctica del miedo. Pues no les iba a funcionar. Sabía que me retendrían unas horas y en seguida llamarían a la resi para comprobar que lo que les había dicho era verdad; se creían que me chupaba el dedo. Eso fue lo que hicieron con el Rata cuando lo pillaron intentando robar una máquina de juegos. Ni siquiera me llegarían a meter en el calabozo.

En la comisaría me tomaron las huellas. ¡Qué putada! Eso me impresionó bastante, era como tener un carné de delincuente. Ahí estaba, fichado de por vida. Me parecía como si me hubiesen

estampado esa palabra en la frente. Y yo no era un delincuente o, al menos, no quería serlo. Yo sólo iba con Poli y los otros porque eran mis amigos, los únicos que tenía, los únicos que verdaderamente se preocupaban por mí, que me ayudaban cuando estaba en apuros. Y porque a esa edad te gusta llevar ropa chula, de marca. ¿De dónde iba a sacar la pasta para comprármela? Yo no tenía unos padres que me la regalasen, ni trabajo. Quería ligar, convencer a las pibas de que era un tío guay. Pero no acabar como mi padre, un yonqui que se pasaba el día entrando y saliendo de la cárcel. Siempre he tenido la sensación de no pertenecer al mundo que me ha tocado en suerte, pero uno no puede elegir la familia en la que nace. ¡Qué putada! ¿Por qué todos los demás chavales tenían unos padres que les compraban cosas, aunque fuera de vez en cuando, y yo no? Este mundo es una puta mierda. Me pasé un montón de años buscando a mi madre en todas las señoras que veía: ¿sería esa rubia del vestido de flores, o la morena que estaba comprando una barra de pan, o la pelirroja que esperaba el autobús? Siempre con la emoción contenida, con un nudo en el estómago, porque en cualquier momento alguna de ellas se volvería hacia mí y me diría: ¡Jolito, hijo mío, cómo has crecido, qué guapo estás! Luego me llevaría a una tienda de chucherías y me inflaría a comprar cosas. Y luego a una de ropa. Y luego a una juguetería...

—A ver, chaval, ¿no me has oído? Coges ahí una manta y una colchoneta y te vienes conmigo.

—¿No va a venir mi educador? No pueden encerrarme sin que él venga a buscarme, soy menor.

—Eso se lo dices mañana al juez.

¿Cómo que al juez? ¿Qué comedia era todo aquello? ¿A qué jugaban esos tipos? Seguro que lo hacían para meterme miedo en el cuerpo y que me chivara de mis amigos, pero yo no soy ningún soplón. Y ellos se iban a enterar, les iba a caer un puro de la releche, porque estaban actuando de manera ilegal, no me podían encerrar así, sin más.

—Quiero que venga mi educador, tengo mis derechos.

—Mira, chaval, lo mejor que puedes hacer es estarte calladito, que bastante has hecho ya por esta noche.

La colchoneta, aparte de estar rellena de serrín, apestaba a meos y la manta estaba repleta de pulgas. ¡Qué asco! Pero estaba visto que allí de nada servía protestar. El calabozo era un auténtico zulo, sin ventana, las paredes sucias y desconchadas, rezumando humedad, y por todo mobiliario un saliente de cemento a modo de cama. Hasta las cloacas donde viven las ratas eran mejores que aquello.

Cuando el policía cerró la puerta, me derrumbé. ¿Qué hacía yo allí? Yo no pertenecía a ese lugar, esa mierda de vida no era para mí.

Los desconchados de la pared, contemplados a través de las lágrimas, eran como los recuerdos de mi vida; recuerdos que siempre he tratado de borrar de mi mente y que no sé por qué narices ahora se empeñaban en aparecer en aquel lugar tan cutre.

3.

EL ZULO

Me despertó el sonido de la llave en la cerradura, un chirrido estridente, y a continuación un golpe seco. Intenté despegar los ojos, que, como es habitual en mí por la mañana, se resistían a abrirse; siempre he sido nocturno y me ha costado madrugar. La luz mortecina de la bombilla que colgaba del techo y la toma de conciencia del horrible lugar en el que había pasado la noche tampoco favorecían mi despertar. A lo mejor solo eran las tres de la mañana y me despertaban porque ya había venido Braulio a llevarme a la resi. Ese pensamiento me animó a sentarme en el catre, apartar con asco la manta pulguera y frotarme los ojos para que se abrieran de una vez por todas.

Estaba a punto de levantarme, cuando el guardián dejó una bandeja de latón encima del catre y se dio media vuelta dispuesto a marcharse.

—¡Eh, qué pasa! ¿Por qué me dejas aquí? ¿No habéis llamado a mi educador?

—Yo no sé nada, sólo he venido a traerte el desayuno —masculló.

—¡Joder, no podéis hacerme esto! Tengo mis derechos.

—¿Ah, sí? —ironizó—. También el resto de los ciudadanos los tienen, pero eso a ti te la suda. Os creéis que solo cuentan vuestros derechos, ¿no? ¿Y qué pasa con la gente a la que vosotros robáis? ¿Acaso ellos no tienen derechos?

—¿Cuánto tiempo vais a tenerme encerrado aquí?

—Mañana se lo preguntas al juez, a ver cuánto tiempo te va a caer de condena.

¿Mañana? ¿Iban a tenerme todo el día encerrado en ese zulo, con el olor a meo del colchón y comido por las pulgas? Joder, qué putada. ¿Qué habría pasado? ¿No habrían llamado a Braulio? Si era su obligación llamarlo, no podían saltarse las leyes a la torera. Es verdad que yo las había incumplido, pero por eso me habían encerrado. En cambio, ellos se supone que están dentro de la legalidad, ¿o no? ¿Y si le habían comido el tarro a Braulio para que me dejara las setenta y dos horas como escarmiento? Pero él no haría eso, él siempre sacaba a todos los chavales de los líos en los que se metían. A mí mismo me había sacado de más de uno. ¿Por qué no ahora? Es verdad que últimamente estaba harto de mí, decía que ya no era el mismo de antes, que me habían cambiado las malas compañías, y me había amenazado mil veces con echarme de la resi, pero no lo iba a hacer, porque sabe que sería peor, que, una vez en la calle, me echaría a perder del todo. ¡Qué putada!, no podía entender qué había pasado.

El puñetazo que di en la colchoneta hizo que se tambaleara el café con leche. Bueno, café por llamarle algo, que más bien parecía agua residual que otra cosa. Aun así me lo bebí, lo mismo que el *brick* de zumo, y me comí las cinco galletas que me habían traído, porque tenía hambre, siempre tenía hambre; Poli solía decir que tenía un agujero en el estómago y por ahí se me perdía todo lo que engullía. Luego, sentí unas ganas enormes de mear. No esperarían que me lo hiciera en el colchón, aunque por como olía...

—¡Guardia, guardia! Oiga, que tengo ganas de mear, ábrame la puerta.

—No armes tanto escándalo, chico, que ya te he oído. Y ojo con intentar nada, ¿eh?, que te estoy vigilando.

Una vez que alivié mi vejiga, comprendí que el día iba a ser eterno. Al salir le pregunté:

—¿Qué hora es?

—Las seis de la tarde —respondió riéndose.

¡Qué capullo! No me quería decir la hora para que aún se me hiciera más largo el día.

Al entrar de nuevo en aquel zulo, me dio un bajón de moral. ¿Qué diablos iba a hacer durante todo el día para no volverme loco? Sin tele, sin música, sin Play Station, sin móvil. Me tumbé de nuevo en el catre con la intención de volverme a dormir. Al menos durmiendo se me pasaría más rápido el tiempo. Pero por vez primera, al cerrar los ojos, el sueño no acudió a mí. Me empecé a poner nervioso, necesitaba fumarme un cigarro o, mejor aún, meterme una raya de coca.

Para apaciguarme, decidí hacer taekwondo. Primero un calentamiento, a ver si llegaba a los cincuenta abdominales. ¡Uf, cómo me costaba! Estaba de un enclenque... Once, doce... Hacía un huevo de tiempo que no aparecía por el gimnasio. Mi hermano no paraba de recordármelo y de darme recados de parte del entrenador, siempre me estaba diciendo que poca gente tiene mis cualidades naturales para este deporte. Desde pequeñito me gustaban las artes marciales, por eso empezaron a llamarme Bruslí, y a mi hermano, Vandán, nuestros ídolos; y es que nos pasábamos el día imitándolos, haciendo llaves, pero últimamente no sabía qué diablos me pasaba, tenía una galbana que no podía con ella. Todos los días me hacía el propósito de volver a entrenar, pero a la hora de la verdad me rajaba, prefería ir con Poli y los demás. Era como si mi cuerpo se negase a hacer todo aquello que le pedía la cabeza. Porque mi cabeza estaba llena de sueños y de proyectos, pero luego...

—¡Kia! Vamos, Bruce Lee, te reto a una pelea. ¡En guardia! Te voy a hacer papilla. Me falta un poco de entrenamiento, pero...

—Cállate y guarda toda tu energía, que se te va por la boca, chico. ¿A esto le llamas falta de entrenamiento? Tienes menos bríos que un muñeco con las pilas gastadas. ¡Vamos, hombre, estira la pierna! ¡Así, con fuerza!

—¡Aaaagh! ¿Qué te ha parecido este *dolio*?

—¿Pero tú qué haces: *ballet* o taekwondo?

—Espera y verás. Te voy a meter un *vandal* que lo flipas... ¡Kiaaaaa!

—¡Pero, chaval, tú estás mal de la olla o qué! —exclamó enfadado el guardia entrando en el zulo y observándome con suspicacia—. ¿Con quién estás hablando? ¿Y qué son esos gritos que das y esas patadas en la puerta? ¿Necesitas un «calmante»? Porque ahora mismo te doy uno que te deja nuevo, ¿eh?

—Sólo estoy haciendo un poco de ejercicio.

—Pues sin gritos ni patadas. ¡No te digo el Van Damme este!

—Yo soy Bruslí, Vandán es mi hermano.

—Y encima con guasa, ¡vaya con el chaval! De modo que tienes ganas de cachondearte de mí, ¿eh? —dijo dándome una colleja—. A ver, ¿tienes ganas?

—No... no... es que mis amigos me llaman Bruslí, en serio. Algún día voy a ser cinturón negro.

—Pues aquí procura estar tranquilito, ¿eh, Bruslí?

—¿A usted le gustan las artes marciales?

—Mira, chaval, cierra el pico de una vez, que yo no estoy aquí de comparsa. Si te aburres, otro día te lo piensas mejor antes de robar. Y lo dicho, nada de gritos ni de ruidos extraños, o te llevo a la cámara de las torturas —me amenazó volviendo a cerrar la puerta.

—¿Has oído Bruce Lee?, nada de gritos.

—Vamos, chico, pelea como un hombre y déjate de mariconadas, que no resistes ni un asalto. ¿En dónde te enseñan esas maneras de bailarín? ¿Lo ves? Has vuelto a fallar. La fuerza no está en tu cuerpo, sino en tu mente.

—Ya lo sé, el entrenador me lo dice siempre, que tengo que trabajar más el control mental. Pero es que me cuesta concentrarme, también me pasaba con los estudios, ¿sa bes? Mis ideas se parecen a las moscas, no paran ni dos segundos en el mismo sitio y así es difícil seguir un razonamiento, a veces me quedo en blanco. No sé por qué me pasa esto, a lo mejor es porque soy muy nervioso, vamos, digo yo. A ver si no me ocurre mañana delante del juez, tengo que convencerlo de que me deje libre. Podría ensayar contigo, ¿no, Bruce Lee? Vamos, haz tú de juez. ¿Qué crees que me va a preguntar?

—¿Estaba usted a la una de la mañana en el lugar de los hechos?

—Sí, pero yo no robé nada, señor juez, se lo juro. Alguien había forzado la puerta y yo pasé por ahí en ese momento...

—¿A la una de la mañana? ¿Adónde iba?

—Bueno... me gusta esa tienda... me gusta ver el escaparate de esa tienda... es que... tiene ropa muy chula. Pero los made... digo los po... policías no me encontraron nada, porque no robé nada.

—Porque no te dio tiempo, pero forzasteis la puerta, y la semana pasada tus amiguitos y tú os llevasteis un buen botín, ¿a que sí?

—No... era la primera vez que pisaba esa tienda, se lo juro.

—¿No acabas de decir que te gustaba ver el escaparate de esa tienda? ¿En qué quedamos?

—Bueno sí, pero... ¡Joder, Bruce Lee! ¿Ves cómo me bloqueo?

—¿Cómo puedes ser tan estúpido como para volver a la misma tienda en la que habéis robado la semana anterior? ¿Y si han encontrado tus huellas?

—¿Qué putada, es verdad! No había caído en eso. Yo ya se lo dije a Poli, que era una temeridad, pero ya sabes cómo está de loco, necesita retos cada vez más difíciles.

—¿Y si Poli se tira de un puente, tú también? ¿Por qué te dejas arrastrar por él?

—Poli es mi amigo, es un tío guay, y en esa tienda hay ropa muy chula: cazadoras de cuero de marca, de esas que te valen muy caro. A las chicas les gusta verte con ellas, se liga mazo. Pero en realidad lo hago por Poli, porque mola estar con él, es un tío legal y todos le admiran: te protege, es muy generoso y te ríes un huevo con él.

—Pero ahora estás llorando.

—Ya lo sé, joder. Me había hecho fuerte, como mi hermano, y ahora... no sé qué me pasa. Es que no quiero estar aquí dentro, Bruce, esto es una puta mierda, yo no quiero acabar como mi padre, yo soy un buen chico. Le diré al juez que si hay huellas mías es porque había estado en la tienda justo ese día, mirando, nada más que mirando. ¿Es que acaso está prohibido mirar? Él verá que no soy como el Rata, que es un mal hablado. Yo le hablaré con respeto, de usted. Le llamaré Excelentísimo o Ilustrísimo. ¿Qué es más de los dos? Di, Bruce.

—¿A los jueces no se les llama Señoría?

—¡Cono, es verdad!, tienes razón, Bruce, es Señoría, lo dijo el Perchas el otro día. Él nos estuvo contando su experiencia de un día que le detuvieron, no veas el morro que le echó, si es que tiene una labia... En cambio, yo me bloqueo. Y eso que mis amigos dicen que hablo con palabras muy cultas, que no me pegan. Las aprendí en una familia con la que fui a pasar un verano, la madre me dio clases una temporada. Con ella conseguí aprobar las cuatro que me quedaron en sexto, pero fue porque me explicaba las cosas de una manera diferente, Bruce, también me enseñó a lavarme los dientes después de las comidas. Me gustaría tener una familia como esa, mola mazo. Ese verano engordé once kilos en dos meses, no veas cómo comía, sobre todo en las barbacoas que hacían. Un día llegué a zamparme cinco hamburguesas, cuatro montaditos de lomo, dos de chorizo, un chuletón y no sé cuántos pasteles, lo menos una docena. Y luego helado, Bruce. Tuve que pasarme una hora echado porque me dolía la barriga un montón. En cambio ahora me duele de hambre. A ver si viene Braulio de una puta vez, ya le vale.

4. REINCIDENTE

—Ahora te acuerdas de tu primera vez en el calabozo, ¿no, Bruslí? Pues haberte acordado antes. ¿De qué te sirve ahora? Te dije que eras reincidente y que te iba a caer una buena. ¿No te lo dije?

El viejo Bruce en seguida aprovecha mis momentos de debilidad para darme el coñazo y comerme la moral, es un tocachuevos.

—Qué listo eres, ¿eh, vejestorio? Pues a ver si me dices cómo salir de aquí, que me interesa mucho más.

—¿Salir, dices? Pero qué iluso. Esto solo va a ser el aperitivo de lo que te espera. Esta vez la has cadado pero bien, Bruslí: sabes que has cumplido los dieciocho y no te vas a librar de la trena.

—¡Venga, hombre! ¿Por cuatro mil pelás de gasolina?

—¿Ya no te acuerdas del coche? Era robado, chaval. Y además eres reincidente. Y espera a que no hayan encontrado tus huellas en alguna de las joyerías o en la tienda de los ordenadores, porque entonces sí que te va a caer una buena.

—Joder, cierra el pico de una maldita vez, estoy harto de tus sermones. Lo único que necesito es perico.

—Pues míralo por el lado bueno: si consigues pasar el mono, podría ser el inicio de una nueva vida. ¿O piensas seguir el mismo camino que tu padre? A él no le habría gustado verte así. ¿Te has olvidado de sus recomendaciones? No estás cumpliendo su última voluntad.

—Ya lo sé, joder, ¿te crees que no lo sé? Soy una basura. Todo lo que toco lo enmierdo, pero te juro que voy a cambiar, Bruce. Te juro que jamás volveré a entrar aquí, tío, tienes que ayudarme.

—Pues lucha, no te rindas. Hazle caso a tu hermano, vuelve a ponerte en forma, a tener el control de tu cuerpo y de tu mente.

—Vale, Bruce, tienes razón: cincuenta fondos, voy a hacer cincuenta fondos y cien abdominales y...

—¿No ves que no puedes, que te falta fuelle? Tienes que ir poco a poco, empieza por series de diez con un descanso entremedias.

—Uf, no puedo más, tío, estoy hecho polvo, me ahogo.

—Ya te lo dijo tu hermano, deberías dejar también el tabaco. En eso hay que ser radical.

—De acuerdo, Bruce, lo dejaré todo: el alcohol, el tabaco y la coca. Mi hermano estará orgulloso de mí, no quiero volver a ser un mierda. Siempre lo he sido, por blando, porque soy un blando.

—¿Y ahora por qué lloras?

—Por eso, porque soy un blando. Mira a mi hermano, él es fuerte, siempre lo fue; ya desde pequeñito, parecía el mayor de los dos. Me acuerdo de cuando mi madre nos llevó a la resi, yo le apretaba muy fuerte la mano, no quería separarme de ella. No sé por qué, pero sabía que iba a dejarnos allí. El sitio era bonito, me gustaba: todas aquellas casitas de tejado verde que parecían un pueblo y todos aquellos niños jugando en el jardín. Pero sabía que si me quedaba en aquel lugar, ya no volveríamos a ver a mi madre. Algo me hacía intuir aquel terrible secreto que ella guardaba, quizá esos posos tan amargos que aún llevaba pegados en mi lengua. Entonces apareció Braulio, me pareció un gigante, delgado pero gigante, como un jugador de baloncesto. Me cogió en brazos, y sus brazos eran cálidos, no se estaba mal allí.

«De modo que este es el hombrecito mayor», dijo.

Me hizo ilusión que me llamase hombrecito, pero yo no quería separarme de mi madre y empecé a llorar. Migue me tocaba las piernas, tratando de consolarme.

«No lloes, Juito, que etó yo aquí», decía con su media lengua.

—Sí, tu hermano siempre ha estado ahí.

—Él ha sido mi única familia, no como mis tíos paternos, que son carroña.

—Ya te lo advirtió tu padre.

—Sí, joder, no me lo recuerdes. Ya sé que fui un gilipollas dejándome engañar por mi tía, me lo advirtieron Poli y el Perchas, pero me tocó la fibra sensible. ¿Qué le voy a hacer? No soy como mi hermano: él es todo cabeza y yo, todo corazón. Pero ya ves en lo que me he convertido, en un mierda, en un auténtico mierda. Si hubiese tenido un padre como Dios manda...

—Tenías a Braulio...

—Recuerdo el día en que mi madre nos dejó a mi hermano y a mí en la resi, ¿te acuerdas, Bruce? Por la noche no me podía dormir, tenía miedo y me hice pis en la cama. Luego me puse a llorar, porque pensé que me castigarían. Entonces vino Braulio, me cambió el calzón, me dio un vaso de leche caliente y me llevó con él a su cama, allí me sentía protegido. Solo quería estar con él. Me enseñaba a dibujar y a hacer maquetas. Hace unas maquetas de aviones superchulas. Y se sabe la historia de cada avión: el primero que cruzó el Atlántico, los bombarderos de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial, el primer avión de pasajeros de línea regular... Entonces yo soñaba con ser piloto. Cada vez que veía pasar un avión, me volvía loco. Y fijate lo que son las cosas, todavía no me he montado en ninguno. Pero me gustaría ir a Japón o a China, Bruce, a aprender artes marciales, tú habrás estado allí. Lo malo es aprender chino o japonés. Si no soy capaz de estudiar en español, imagínate esos idiomas tan difíciles. Un día vino un chino a la resi, sólo estuvo dos semanas, y no veas cómo escribía, en lugar de letras hacía una especie de casitas, como un jeroglífico, y no le entendíamos nada de lo que hablaba. ¡Qué putada! Eso es casi como ser mudo. Pero, con todo, me gustaría ir y convertirme en un maestro como el de *Karate Kid*, en alguien importante. Luego ven dría aquí y ganaría todos los campeonatos de taekwondo por la gorra. ¡Joder, quiero salir de esta mierda! Quiero ser alguien importante, como Vandán; demostrarle que merece la pena ser mi hermano, que puede estar orgulloso de mí.

—Bueno, no lloes.

—Si es que siempre he sido un mierda, desde pequeñito. Y todas las cosas un poco bonitas se me han fastidiado. Mira lo de Vane. Mira lo de mi padre, justo cuando empezaba a quererlo... Y lo de Poli... ¡Qué putada!

—También te han pasado cosas buenas.

—Sí, pero se fastidian, siempre se fastidian. Acuérdate cuando cumplí los ocho años y Braulio me regaló mi primer quimono. Estaba feliz con aquel quimono, aunque solo fuera cinturón blanco. Me pasé todo el día vestido con él, y el Pelao, un chaval mayor que solía estar en el teléfono, me estuvo enseñando un montón de *chaguis* (entonces yo todavía les llamaba patadas). A veces me agarraba de una manera muy rara, pero yo me escurría y le bacía un *apchagui*. Lo malo es que, con lo alto que era, no le llegaba ni a la rodilla y él se reía y me levantaba como si fuese una pluma. Por la noche me dijo que me fuera con él a su cuarto, que tenía un libro muy chulo de artes marciales con muchas fotos. Recuerdo que le hice un montonazo de preguntas mientras me enseñaba el libro, los dos tumbados encima de la cama hasta que acabé quedándome dormido, estaba rendido por tanta emoción. Pero se tuvo que fastidiar.

—Tú no tuviste la culpa de lo que pasó.

—¿Y por qué me tuvo que pasar a mí? A mi hermano no le hubiera pasado, seguro que se habría dado cuenta, siempre fue más espabilado que yo.

—Solo tenías ocho años.

—¿Y qué, joder? Me quedé paralizado cuando me desperté por la mañana a su lado. Estaba en calzones y su mano estaba encima de mi pilita. No sabía qué hacía su mano ahí, pero no me gustó aquello.

—Intentaste marcharte...

—Sí, pero se despertó y me agarró levantándome en el aire como si fuera una pluma. Luego me dejó caer encima de él y quiso que jugásemos a unos juegos que no me gustaron. Me parecieron muy guarros. Y es que ya sabes que a mí siempre me han gustado las chicas, no me va lo de ser maricón. Pero no me atreví a decirle que no.

—Porque tenías miedo de él, era mucho mayor que tú. La prueba es que nunca te atreviste a contárselo a nadie, ni siquiera a tu hermano.

—Si es que el Pelao me dijo que él jugaba a esos juegos con Braulio y que, si se lo contaba, me echaría de la resi. Por eso nunca se lo conté a nadie, porque la única casa que tenía era la resi y Braulio el único padre. Entonces no quería saber nada de mi padre biológico, aunque Braulio se empeñara en hablarme de él y en que leyera las cartas que nos enviaba a mi hermano y a mí desde la cárcel. Pero yo me negaba a leerlas, me daba mucha rabia que tanto él como mi madre hubiesen pasado de nosotros como de la mierda, joder, que ni siquiera venían en nuestro cumpleaños a traernos un regalo, y eso era una putada muy grande.

—¿Por qué entonces quieres acabar como tu padre?

—Si no quiero, Bruce. Nunca entendí que la droga fuese más fuerte que el cariño a sus propios hijos, ¿cómo iba a entenderlo? Como tampoco entendía que pretendiera darnos lecciones. Me cabreaba un montón que precisamente él nos dijera que fuésemos personas rectas, que no nos torciésemos, que nos labrásemos un porvenir y nos convirtiésemos en hombres de provecho, que no probásemos la bebida ni la droga, que era una trampa mortal, que por su culpa su vida había sido un infierno... ¿Cómo no me iba a cabrear? ¿Quién coño era él para darnos buenos consejos, él, que estaba enmierdado hasta la última punta del pelo?

—Sin embargo, ahora lo entiendes.

—Sí, ahora lo entiendo, pero ya es tarde. Es difícil librarte de tu pasado. A lo mejor hasta lo llevo en los genes.

5. ¡POR FIN LIBRE!

Salir del zulo aquel de mala muerte fue una sensación inexplicable, como la del pájaro que ve cómo le abren la jaula y puede volver a volar. La sensación de libertad me estallaba por dentro como una gaseosa recién agitada. Quería beberme todo el oxígeno del aire, comerme los olores, correr, dar saltos de alegría, tal era mi euforia. Nunca la calle me había parecido tan fabulosa, basta las bocinas de los coches eran música para mis oídos y todo me llamaba la atención. Quería reírme a carcajadas, decirle a toda la gente que pasaba por allí que estaba feliz. Feliz por haber recuperado mi libertad. Feliz porque iba a encontrarme de nuevo con mis amigos. Feliz porque el juez les había dado un tirón de orejas a los polis por no haber llamado a la resi y haberme dejado en el calabozo en lugar de llevarme a Grume, que es donde encierran a los menores. Feliz porque Braulio no me echó la bronca al recogerme, dijo que bastante había tenido ya con el encierro. La vida me sonreía.

Nada más entrar en la resi, me encontré con Poli, que me dio un abrazo y una palmada en la espalda.

—¡Qué passa, tío! Ya eres un hombre hecho y derecho.

—Vaya con el Bruslí —se sumó el Perchas—, que se nos ha convertido en un auténtico héroe. Esto habrá que celebrarlo, ¿no?

—El chaval *su portcio*, sí señor —añadió el Rata como un padre satisfecho de su hijo.

Y yo por primera vez en la vida me sentí orgulloso de mí mismo, como si hubiese hecho algo realmente grande, agradecido a las flores que me echaban mis amigos.

—Me amenazaron para que cantara —me chuleé—, incluso me pegaron (omití decir que solo habían sido unas cuantas collejas, eso sí, muy bien dadas), pero yo no solté ni pío.

—Así se hace, chaval —me jaleó el Perchas.

—Esto se merece un regalo —dijo Poli haciendo pendil lar ante mis asombrados ojos un Tag Heuer.

—¡Joder, tío! ¿De dónde lo habéis sacado?

—Tomamos *prestaos* unos cuantos en una joyería —me informó el Rata con su risita de castor—. ¡Fue la caña, tío!, la caña de España. Tenías que habernos visto.

—Búa, ya te digo —se embolsó el Perchas—, los vecinos del piso de arriba nos tiraron una maceta, ¡y no va el Rata cabreado y les lanza uno de los relojes...! ¡Fue la leche, macho! Qué pena

que te lo perdieras. Cada vez que lo recordamos, nos duele la barriga de la risa, tenías que haberlo visto en acción.

El Rata le quitó la palabra.

—Un *Takar* de esos, que te valen una pasta gansa, por los aires, tío. Me dio un yuyu de los míos y ¡hala! Poco contento que se debió de quedar el cabrón que lo pilló. Seguro que a estas horas todavía se estará acordando de nosotros. Y te apuesto lo que quieras a que no se lo devolvió a la policía.

—¡Pero qué *flipao*, Rata! ¡Anda que no os tuvisteis que reír!

—Ya te digo, pero no te preocupes, Bruslí, que habrá más ocasiones —me consoló Poli—. Esta noche no, nada de trabajitos, hoy nos vamos de juerga para celebrar que estás aquí de nuevo. Te tengo unas pibitas, que lo vas a Hipar.

—Búa, macizas, macizas —añadió el Perchas.

—Y perico de primera —me susurró Poli en el oído.

—Joder, tíos, qué recibimiento, estoy emocionado; voy a tener que dejar que me encierren más a menudo.

—¡Pollas en vinagre! —exclamó el Rata—. A ver si vas a convertirte en un *pringao* que siempre se deja pillar.

—Si es que me metí en una calle sin salida, qué putada. Cuando volví sobre mis pasos y me vi al pitufo apuntándome con la pistola... ¡joder, me quedé blanco!

—¿Y qué, te gustó el *hotelito*? —me preguntó Poli con sorna.

—¡Ya te digo! El colchón apestaba a meos, que no veas, y la comida... ¡Puaj! ¡A saber de qué era la hamburguesa! Daban ganas de vomitar.

—Es lo que tiene la carne de rata —se reía el muy cabrón—. Les sale la mar de baratito. Van de cacería por los calabozos y ya tienen la cena.

Por la noche, cuando se suponía que roncábamos a pierna suelta, dejamos las almohadas dentro de nuestras respectivas camas para hacer bulto y nos deslizamos por la ventana hasta la calle. Saltar la valla de la resi era nuestro único deporte, y hay que decir que lo dominábamos, sí señor; si hubiera esta especialidad olímpica, sin duda podríamos aspirar a una medalla de oro, éramos unos auténticos fieras.

Nada más pisar la calle, volví a sentir ese remusguillo de adrenalina que me subía por las venas cada vez que iniciábamos una nueva aventura, cada vez que traspasábamos los límites. El Rata, imitando al Perchas, se re peinó por décima vez el pelo que le valió su apodo, un pelo fino y corto excepto por un mechón que le caía por el cogote como una lombricilla sin vida. Era un mingurria: lo veías de frente y parecía que estaba de perfil, pero más chulo que un ocho. Y ligaba como si fuera un actor de cine, sería por esos aires de perdonavidas que se daba a lo Pierce Brosnan. No como el Perchas, que trae locas a las tías por la planta que tiene; sin hacer nada, ya se le pegan. No sé qué tenemos los chicos de la resi, que las pibas se nos tiran a los brazos, porque basta Gordini, con sus michelines y sus mofletes colorados, triunfaba. Y un menda hacía lo que podía dentro de ser el más pequeño; Poli, que era el mayor, me sacaba seis años. Ellos decían que era el guaperas del grupo, si no fuera por los granos... Una chica rusa de la resi estaba loca por mí, le decía a todo el mundo que se iba a casar conmigo. Lo malo es que tenía catorce años.

Aunque la verdad es que para llegar al nivel de Poli aún me faltaba mucho que aprender ¡Menuda calidad! Ese sí que ligaba como un descosido, y pobre de ti si se te ocurría mirar a su chica, porque era un celoso de narices; en cambio, si a él le molaba la tuya, te la quitaba sin ningún remordimiento de conciencia, le privaban los retos y las situaciones límite.

El Poli nos estaba esperando a dos manzanas de allí con un Mercedes blanco que quitaba el hipo, le gustaba ir dando el cante, para hacer el desafío aún más difícil.

—¡Hostiá, tío, vaya buga! ¿De dónde lo has sacado? —le pregunté impresionado por el interior de cuero rojo nuevecito.

—¿Acaso hay algún coche que se me resista, Bruslí? Ya sabes que se me pegan, como las tías.

¡Toma fardada! Pero así era Poli, un auténtico fanfarrón, un chuleta de marca; le encantaba tirarse el pisto. Claro que yo le admiraba incluso por esos aires de chulería que se daba. A lo mejor en otro quedan mal, pero él había nacido para comerse el mundo, para ser líder; tenía un atractivo especial que lo hacía distinto al resto de los humanos.

—¡Buaaa, tío, qué suspensión! —exclamó el Perchas después de saltar un badén a doscientos por hora.

—¿No os dije que íbamos a celebrar la salida del trullo de Bruslí como se merece la ocasión? Primero una mariscada en El Pescador, como auténticos señores, y luego las pibitas.

—¡Me voy a poner de percebes hasta las cachas! —exclamó Gordini babeando.

—Ojo, Gordini, que te conozco —le advirtió Poli—, que comiendo eres un auténtico cerdo y tenemos que causar buena impresión si queremos dar el pego, que parezca que todos los días comemos percebes y cigalas, ¿tú me entiendes?

—Pero, qué dices, si Gordini es un auténtico *bandy* —saltó el Rata con recochineo.

—Dandi, hombre, que no sabes ni hablar —le corrigió Poli estampándole un chopito en la frente.

—Bueno, pues eso.

—Descuida, Poli, que, cuando quiero, sé comportarme —lo tranquilizó Gordini.

Al vernos llegar en semejante buga y vestidos de marcas, el aparcacoches del restaurante casi nos hizo una reverencia. Poli le tendió las llaves con el siguiente comentario:

—Condúcelo como si fueras un ángel y lo estuvieras aparcando en el cielo.

—Descuida, jefe, que lo dejas en buenas manos.

Ya dentro del restaurante, el *maitre*, que olió el dinero, se aprestó a conducirnos hasta una buena mesa. ¡Qué *pringao*! El pobre ni se olía que éramos especialistas en largarnos sin pagar la cuenta.

Con la euforia que da comerse dos kilos de percebes, una fuente de cigalas, dos centollos, un kilo de camarones y otro de gambas a la plancha, Poli, con todo el morro, sacó el perico, esnió una raya y nos ofreció a los demás como si fuesen simples cigarrillos. ¡Qué huevos le echaba el tío! El camarero, escandalizado, vino a nuestra mesa siguiendo la orden del *maitre*, para advertirnos que allí no podíamos hacer eso, pero Poli, con su chulería y su aplomo, lo calló pidiendo dos botellas del mejor champán y amenazándolo con la pérdida de los que a partir de ahora serían sus mejores clientes. Ante eso, no le quedó más remedio que achantarse y plegarse a nuestros deseos cual babosa, aunque, eso sí, nos pidió discreción. A Gordini le costaba aguantar la risa, pero como estaba permanentemente colorado, el camarero no se coscó de nada y desapareció casi a rastras, para volver al poco tiempo con las dos botellas.

Con los efluvios del champán y de la coca, ya ni me acordaba de mi estancia en el calabozo; me parecía una pesadilla que flotaba en la lejanía más como un sueño que como realidad. La realidad era la que estaba viviendo en aquel momento, con mis amigos de siempre; la vida volvía a sonreírme con su cara más dulce y yo me sentía el ser más poderoso de la tierra, una auténtica estrella de *rock*.

Cuando el camarero trajo la cuenta, Poli la cogió del platillo sin que le temblara ni un ápice el pulso, y eso que ascendía a cincuenta mil pelás. La estudió seria y detenidamente con una ceja levantada, como si pensara pagarla, y luego nos dijo:

—La cuatro, ¿de acuerdo?

Solo nosotros sabíamos que la cuatro era una de las tácticas que poníamos en práctica para largarnos sin pagar la cuenta. Consistía en que dos de nosotros se levantaban y le decían al *maitre* que iban a buscar unos puros al coche. Luego, otros dos iban al baño y, en un despiste de los camareros, se largaban a la calle, o bien salían por la puerta de atrás. Y el que quedaba era el que tenía que echarle huevos al asunto y salir cagando leches o amenazar a los camareros con pincharles si la cosa se ponía fea. El caso es que, para cuando llamaban a la policía, ya estábamos nosotros en la otra punta de la ciudad.

Siempre echábamos a suertes para ver quién era el último, aunque esta vez yo me libré por ser el homenajado. Le tocó al Rata, que era un hábil en la cuestión, se escurría como las anguilas y era imposible echarle el guante.

En cuestión de segundos, lo vimos salir con su risilla de castor perseguido por los camareros. Poli, que tenía ya el coche en marcha y muy cerca de la puerta, arrancó como si se tratase de un circuito, dejando con toda seguridad la marca de las ruedas en la carretera y obligando al pobre Rata a subirse prácticamente en marcha. Era tal la velocidad, que ni siquiera tuvimos tiempo de ver la cara de bobos que se les debió de quedar a los camareros y al panoli del aparcacoches, porque tomamos esa primera curva y todas las demás en dos ruedas.

Por momentos tenía la impresión de que Poli iba a quemar el cambio de marchas, pero mientras no apareciese ningún coche patrulla, todo iba bien, pues era un experto conductor y pilotaba mazo, aunque siempre cabía la posibilidad de que los del restaurante se hubiesen quedado con la matrícula del coche y dieran parte a los pitufos. Ya nos había ocurrido en alguna ocasión, pero el riesgo era precisamente lo que más excitaba a Poli. Le apasionaban esas persecuciones policiales, de película, en las que finalmente conseguía burlar a los pitufos.

—Tío, habrá que abandonar el coche lejos de la disco, no nos vayan a pillar —le dije.

—Pero, Bruslí, no me seas cagado. ¿Qué sería de la vida sin esa chispa que le aporta el riesgo? Además, confía en mí, que soy un profesional, tampoco lo voy a aparcar en la puerta de la discoteca, pero ¿tú sabes lo que les pone a las pibitas un Mercedes blanco?

—¡Búa, ya te digo! —exclamó el Perchas—. Venga, una apuesta: a ver quién consigue llegar más lejos con su piba en el menor tiempo.

Con su cazadora nueva de cuero, se creía la leche; no hacía más que subirse el cuello en plan malote, muy seguro de su victoria.

—Va, te apuesto mil duros —le aceptó Poli.

—De acuerdo. ¿Y vosotros qué? —nos preguntó el Perchas volviéndose hacia nosotros.

—También —respondimos a coro, aunque los tres estábamos seguros de perderla; Poli siempre se las arreglaba para ganar.

6. ¡A VER QUÉ HAGO!

Cuando entras en una discoteca, tienes que estar muy avisgado para que las churris no te hagan el lío. Ya lo dice el refrán: «De noche todos los gatos son pardos». ¡Y tan pardos! Entre las minis, los taconazos, el maquillaje, las melenas y la poca luz que hay... Que más de una vez me he dejado arrastrar por un culo prieto y cuando se ha dado la vuelta, he visto que era más fea que doña Rogelia. Pero para eso Poli tenía un ojo... ¡cosa fina! Sabía elegir a las más cachondas con solo echar una visual.

—Ahí están —dijo dándome un codazo y señalándolas—. ¿Qué te parece el material?

—De primera, tío, la rubia está como un queso.

—Esa es mía, pero de las otras puedes elegir la que quieras, aunque te aconsejo a la pelirroja del tatuaje en la espalda, es una bomba y tiene unas peritas, que no veas.

—Búa, y no lleva sujetador —añadió el Perchas.

Su comentario hizo que rápidamente me interesase por ella y dije que *pa* mí, no fuera a quitármela. La verdad es que la tía no estaba nada mal, a ver qué le parecía yo y a ver cómo me la camelaba para ganar la apuesta que habíamos hecho con el Perchas de quién llegaba más lejos con su piba en el menor tiempo.

Una vez decidido cuál era para cuál, caímos sobre nuestras presas como auténticos buitres carroñeros.

—¿Qué, chicas, nos estabais echando de menos? —inició Poli la conversación.

En seguida marqué mi territorio, enfocando a mi pibita con los ojos como si fueran los faros de un coche y mirándola de arriba abajo, con esa mirada de «nena, tú eres mía». Ella se hizo la chunga, la que no me miraba, pero yo sé que es el juego que se traen las tías; de primeras, les encanta hacerse las duras o las estrechas.

Poco a poco me fui acercando hasta acariciarle el tatuaje de la espalda.

—¿La mariposa es por algo en especial? —le susurré al oído.

—Se mira, pero no se toca —dijo fingiendo enfado, pero yo sabía que le había molado, porque sentí el escalofrío que la sacudió.

—Tía, no me trates así, que acabo de salir de la cárcel y necesito cariño —le dije jugando la baza de dar pena, eso funciona genial con las tías. A lo mejor hasta conseguía ganar la apuesta.

—Si esa es tu táctica para ligar, resulta patética, que lo sepas —me lanzó como un dardo, pero yo no me di por vencido.

—No es una táctica, es la pura verdad, puedes preguntárselo a mis amigos, me han soltado esta misma mañana.

Noté que mis palabras le provocaban admiración y, para reforzarla, estiré el brazo a la altura de sus ojos para hacer visible mi Tag Heuer, eso siempre funciona con las pibas.

—¡Qué pasada de reloj, tío! ¿Es auténtico?

—De pura cepa, toca —dije cogiéndole la mano.

Ella no ofreció resistencia. ¡Ya es mía, la tengo en el bote!

—Si eres buena conmigo, podría hacerte un regalito.

—Seguro que lo dices por decir.

—Que no, tía, que yo siempre cumplo mi palabra. Pero te advierto que nada como mis besos, esos sí que se cotizan en la Bolsa —me tiré el moco, copiando a mi maestro, mientras le besaba la oreja, a las tías las vuelve locas.

—¡Pero qué fantasma eres! —dijo pegándose a mí.

De reojo miré a Poli y a los otros, todavía no se habían enrollado como yo, así que me apliqué a fondo, seguro de ganar la apuesta. Hasta que oí la voz de Poli y sentí su mano en mi espalda.

—Bruslí, dame un cigarro, que se me han acabado.

Me aparté de mi piba con fastidio para dárselo. Al acercarme a él, me dijo al oído:

—¡Menuda frotada!, ¿eh? Aún no he empezado con la mía para darte ventaja, pero a partir de ahora ya te puedes poner las pilas si quieres ganar.

¡Qué cabrón! Seguro que lo había hecho para distraerme a mi chica y que se enfriara, porque él todavía no había conseguido nada. ¡Pues iba listo si creía que iba a ganarme la partida! Esa noche me sentía muy poderoso, el rey del mambo, y no había quien me parara. Además, había química entre aquella pibita y yo.

El morreo iba cada vez a más, así que de los besitos pasé a tocarle las tetas. Tenía razón Poli, eran las más duras y firmes que había probado hasta ahora, a ver si iban a ser de silicona, con esa manía que les ha entrado a todas por operarse. Estaba tan entregado, que casi me olvidé de la apuesta. ¿Qué estaría haciendo Poli con la suya?

Al cabo de un rato, levanté la vista para localizarlo y vi a todos menos a él. Gordini estaba sudando como un cerdo en la pista, haciendo sus numeritos de baile tipo danza del vientre para camelarse a su piba, se veía que todavía no había conseguido nada con ella. En cambio, el Rata tenía cogida a la suya por la cintura y de vez en cuando dejaba resbalar una de las manos hasta tocarle el culo. La chica, subida a unas plataformas de *dragqueen*, casi le sacaba una cabeza, pero el Rata era un ser sin complejos. En cuanto al Perchas, se estaba dando el lote con la suya más o menos a mi nivel, así que procuré no perderlo de vista para que no me sacara la delantera.

Todo iba genial hasta que de pronto entró en escena Raquel, una chica con la que me había enrollado unas cuantas veces y que estaba empeñada en considerarme su novio, lo cual desbarataba por completo mis planes.

Atemorizado por el numerito que podía llegar a montarme, conociéndola como la conocía, di un giro de ciento ochenta grados para ocultarme detrás de mi piba pegándome aún más a ella.

—Tío, que me vas a ahogar —protestó—. Anda, vamos a tomar algo, que tengo sed.

—Espera, todavía no me has dicho cómo te llamas —la retuve tratando de ganar tiempo a ver si la otra se iba entretanto de allí; porque si íbamos hasta la barra, tendríamos que pasar por delante de ella y se iba a liar gorda.

—Vanessa —dijo pronunciando exageradamente la ese. Es curioso que todas las que conozco ponen especial interés en resaltar que su nombre se escribe con dos eses—. Pero mis amigas me llaman Vane, ¿y tú?

—Bruslí. Me llaman así porque soy un as del taekwondo, cinturón marrón —dije tirándome el pisto, cuando la realidad es que todavía era azul. Claro que podría serlo si hubiese ido a entrenar como mi hermano, que sí lo era.

En ese momento vi que Gordini me estaba mirando y empecé a hacerle señas para que acudiese en mi ayuda, pero el tío estaba tan cocido que ni se enteraba.

—¿Qué pasa? —me preguntó Vane.

—Nada, son bromas que nos gastamos entre nosotros —dije agachándome y bajando la cabeza. Y es que Raquel estaba ahora a dos pasos de nosotros.

—¿De quién te escondes? —me volvió a preguntar Vane escamada.

—He visto a uno de los polis que me detuvo, está aquí, de paisano —me inventé sobre la marcha.

—Pero si te han soltado, no te van a volver a detener, ¿no?

—Anda, bésame para que no me vea, que no quiero malos rollos ni que sepa por dónde me muevo.

A pesar de que quedé prácticamente fagocitado por los brazos de Vane, los rizos de mi pelo eran señal suficiente para una tía como Raquel, que tiene incorporado a su cuerpo un radar especial para localizarme, de modo que en seguida oí su voz chillándome casi al oído:

—¡Eres un cerdo, Bruslí, me doy media vuelta, y ya te estás enrollando con otra! ¿Así es como tratas a tu chica?

Mi primera reacción fue seguir pegado a Vane, como si no fuese conmigo, como si se hubiese confundido de persona, pero fue la propia Vane la que se separó al oír mi nombre en labios de otra.

—¿Es tu novia? —me preguntó.

—Sí, soy su novia, así que ya te estás largando, tía —le respondió Raquel con chulería.

—Se lo he preguntado a él —se encaró Vane.

—Díselo si tienes huevos, Bruslí.

¿Por qué había que convertir esto en una cuestión de huevos? Nunca le pedí que fuese mi novia, pero es verdad que tampoco lo desmentía cuando ella se lo decía a los demás; lo hacía con tanta rotundidad que no me atrevía. ¿Qué podía hacer? A ver si pensaban partirme por la mi tad como en el juicio de Salomón.

—¿Qué, no le vas a decir que te lo hiciste conmigo? —in sistió Raquel desafiante, los ojos echando chispas.

Miré angustiado hacia donde estaban mis amigos. ¡Madre mía la que me iban a liar!

—Pues, cuando no quiere repetir, será que no le ha gustado —le respondió envalentonada Vane.

¡Uf! Respiré aliviado al ver que el asunto se estaba convirtiendo en un duelo entre ellas y busqué el modo de escaquearme.

—No, ¿verdad? Seguro que le gusta más una guarra como tú.

—Oye, tía, tú a mí no me insultas, ¿eh?

—Eh, chicas, no os pongáis así —me sentí obligado a intervenir.

—Deja, Bruslí, que puedo enfrentarme sola a esta gilipollas, a mí no me achanta esta tía —me advirtió Vane incendiada.

—¿Y ahora quién insulta a quién? —saltó Raquel.

—Pues no haber empezado, que donde las dan, las toman.

—Pero, tía, que sin las plataformas no levantas medio palmo del suelo.

—Ja, qué risa, a ver si te crees tú que eres Pau Gasol.

Cada vez me iba poniendo más nervioso. ¿Serían capaces de llegar a las manos? Tenía que largarme de allí cuanto antes. En realidad estaba chupado: para ellas yo había pasado a ser una estatua, sin voz ni voto. Di unos cuantos pasos bacía atrás hasta que dejé de oír lo que estaban diciendo, pero, por su actitud provocadora, me pareció que estaban a punto de pegarse. Así que me lancé en plancha sobre el Rata, que fue el primero con el que me topé.

—Rata, tío, tienes que ayudarme, ha venido Raquel y se ha enzarzado con Vanessa, ¿qué hago?

—Pirarte, macho, ¿qué vas a hacer?

—¿Y Poli, dónde está?

—A lo suyo, supongo. Anda, deja de dar el coñazo, que mi piba está a punto de caramelo.

Me fui a los servicios. En el de las chicas había un gran remolino, estaban furiosas porque alguien se había cerrado por dentro y, según ellas, llevaba media hora.

Intenté ayudarlas golpeando la puerta.

—¿Quién hay ahí? O sales o tiro la puerta abajo —dije aporreándola con firmeza.

Las chicas apreciaron mi gesto, y vi por su mirada de reconocimiento que me habían puesto en la categoría de héroe. Eso me envalentonó.

—Voy a contar hasta tres y, si no sales, echo la puerta abajo —grité con cierta preocupación al ver que no había respuesta; a ver si iba a ser alguien que estaba en coma etílico o con una sobredosis—. Una... dos... y...

De pronto se abrió la puerta y salió Poli con la rubia, más chulo que un ocho.

—¿Por qué tanto escándalo? —se dirigió a las chicas, que se habían quedado mudas—. ¿Acaso no podéis mear en el de los chicos? ¿Es que uno no puede tener privacidad?

Pero qué huevos le echa el tío. Jamás me atrevería yo a follar en un baño de tías con una cola fuera como la del metro. Encima, al verme, me guiñó un ojo con un gesto de triunfo, como diciendo: «He ganado la apuesta, me la he tirado». Pero a mí eso ya me daba igual.

—Poli —lo agarré de la camiseta—, tienes que ayudarme, tío, estoy metido en un lío.

Poli hizo un aparte conmigo.

—¿Qué ha pasado?

—Raquel me ha encontrado con Vane y están las dos peleándose, tengo que largarme de aquí como sea.

—¡Vaya con el don Juan este! —dijo riéndose.

Pero se volvió hacia su piba y le comentó:

—Oye, nena, que me tengo que ir, te llamo otro día, ¿vale?

Luego me dio las llaves del coche y me dijo que lo esperara allí, que iba a buscar a los otros. Nunca te fallaba el Poli, podía ser un fanfarrón y un loco, pero jamás te dejaba tirado.

Me fui caminando despacio hasta el coche, aspirando el aire limpio de la noche; la lluvia lo había limpiado, todavía estaba la acera mojada y en ella se reflejaban las luces de las farolas. Se estaba bien en la calle, sintiéndose uno libre, escuchando el sonido de tus propios pasos. Después del encierro en el calabozo, se disfrutaba más de la libertad, todo te parecía nuevo.

Estaba a punto de alcanzar el Mercedes, cuando vi pasar una patrulla de pitufos haciendo la ronda por la zona. Al instante se me erizó todo el vello del cuerpo y noté cómo la sangre se me cuajaba en las venas. Y es que todavía no se me había pasado el susto del madero aquel apuntándome con la pistola: fue verlos y empezar a sudar como un pollo en una incubadora, me dio un mal fario... Así que me hice el longuis y pasé de largo. Luego, a pesar de que los perdí de vista, me quedé paseando por la zona, haciendo tiempo hasta que llegasen Poli y los otros, no me atrevía a meterme en el coche, no fueran a volver y pedirme los papeles.

7. LA GASOLINERA

Por fin, después de un rato, que se me hizo eterno por la preocupación de que regresara el coche patrulla y me volvieran a ver ahí plantado, aparecieron mis cuatro colegas muy alegres, las caras rojas por el calor del local y los achuchones con las titis.

—¿Qué pasa, Bruslí? ¿Por qué no te has metido en el coche? —me preguntó Poli.

—Porque andan los pitufos de paseo, a ver si me iban a pedir los papeles...

—¡Qué *tas* hecho caquita! —me dijo el Rata con su sonrisa de castor.

—Como que tú no te la habrías hecho —salté un poco molesto.

—Bueno, meteos de una vez y dejad los piques para luego, a ver si nos van a pillar por gilipollas —nos regañó Poli.

—¿Adónde vamos? —preguntó el Perchas.

—Por de pronto a echarle gasolina al coche, que estamos en reserva —le respondió Poli arrancando.

—¿Y si han dado aviso del robo a las gasolineras? —preguntó Gordini.

—Mejor, eso lo hará más emocionante —dijo Poli riéndose.

Nunca sabías si te tomaba el pelo o iba en serio; como estaba tan pirado, no sería de extrañar que de verdad hubiera preferido tener a la policía pisándonos los talones. La vida para él era ir empalmando un reto tras otro, y sin ellos perdía el interés por completo.

—Eb, ahí a la derecha hay una abierta —le señalé.

—Vamos mejor a una de carretera —respondió.

Creo que lo dijo por precaución, pero eso nunca lo hubiera reconocido, y desde luego no iba a ser yo quien lo picase para que repostara en esa; no quería verme de nuevo entre rejas, bastante había tenido ya.

—¿Y qué hay de la apuesta? —preguntó el Perchas—. No me negaréis que he ganado: Bruslí tuvo que salir huyendo; tú, Rata, no pasaste de tocarle el culo a la tuya, que te vi yo; Gordini sólo hizo su número de la danza del vientre y tú, Poli...

—Anda, Bruslí, dile a este quién ha ganado.

—Lo siento, Perchas, pero él se tiró a la suya en el baño de las pibas. No veas la que montaron las que estaban en la cola. ¡Menudo gallinero! Si no llego a aparecer yo, llaman al

encargado. Y tú, Poli, de buena te libraste, tío, que no tiré la puerta abajo por décimas de segundo; podías haber salido antes y no hacerte tanto de rogar.

—Estaba todo controlado, Bruslí, las cosas a su justo tiempo; no hay que precipitarse como tú, que te ahogas en un vaso de agua y sales disparado en lo mejor de la función.

—Pero, tío, ¿qué querías que hiciera: haberme quedado para que las pibas me partiesen la cara? A este sitio ya no puedo volver, me cortan los huevos.

—¡Pero qué dices, chaval! Qué poco conoces a las tías. ¡Anda que no te queda nada que aprender! Ahora las dos están loquitas por tus huesos, no hay nada que les ponga más que la competencia, les da un morbo que no veas.

—¿Y qué hago entonces?

—¿Que qué haces? Tenerlas a las dos comiendo de tu mano, macho. Yo he llegado a estar con tres a la vez en la misma discoteca: un rato con cada una; hay que tener un poquito de picardía para que ellas no se den cuenta y que cada una se crea la reina del mambo. ¿A que sí, Gordini?

—Doy fe de ello, más de una vez le hice de biombo.

—¿Lo ves? Tú, tranquilo, que aquí estamos nosotros para distraértelas.

A veces me pregunto si Poli tuvo problemas alguna vez o veía la vida tan fácil como nos hacía creer.

Al llegar a la gasolinera, el empleado nos miró con recelo; creo que desconfiaba de nosotros.

—Voy a pillar algo de comer, que tengo las gambas y los percebes más abajo de los pies —les dije—. ¿Queréis algo?

—Tráeme unos donetes de chocolate o unas chokolatinas, lo que haya —me pidió Gordini.

—¡Menudo par, siempre zampando! —comentó el Perchas—. Gordini al menos lo luce, pero tú parece que tienes la solitaria —me dijo a mí.

Antes de decidir qué cogía, me di un garbeo por la tienda para ver qué había. Estaba tirado robar ahí, solo había un empleado y en ese momento estaba fuera, echando gasolina a nuestro coche, así que podía coger lo que quisiese.

Cuando ya me había llenado los bolsillos con un montón de chucherías y había cogido dos cajas de donetes, oí la bocina del coche, insistente. Pero cuando fui a salir, el empleado le dio a algún dispositivo antirrobo y la puerta se quedó bloqueada, no la podía abrir. En aquel momento me sentí como el ratón que había caído en la ratonera. ¿Y si el tipo ese llamaba a los pitufos? ¿Y si pasaba en ese momento un coche de la guardia civil? Me imaginé lo que ocurriría si me trincaban cuando todavía no hacía ni veinticuatro horas que me acababan de soltar.

A través del cristal veía a mis colegas gritando y amenazando a ese mamón, pero el tipo, nada, que se ponía chulo. En vista de que seguía sin soltarme, mis amigos empezaron a tirar cosas contra el cristal de la tienda; y yo, mientras, cagándome en todos sus muertos y sudando la gota gorda.

Por fin accedió a liberarme y le dio al dispositivo de apertura. En dos patadas me subí al coche y salimos cagando leches de allí. Yo tenía miedo de que apareciese una patrulla. A pesar de que Poli había amenazado al tipo ese con volver a por él si llamaba a la pasma, lo más probable era que cogiera el teléfono en cuanto hubiésemos desaparecido de su vista, porque aquel tío no era de los que se acojonaban fácilmente.

Pero tampoco Poli se acojonaba, era un flipado. En cuanto se vio en la carretera, apretó a tope el acelerador hasta poner el marcador a 230 km/h. Parecíamos una ambulancia con un accidentado grave, solo nos faltaba la sirena. Daba miedo el Poli, cuando le daban esos subidones de

adrenalina, nunca sabías de lo que era capaz. Encima había niebla y se veía fatal. Pero cada vez íbamos más rápido, saltando los badenes con las cuatro ruedas en el aire. El estómago me subía y me bajaba con un balanceo de vértigo, como la primera vez que me monté en la lanzadera. Tenía la impresión de que íbamos a estrellarnos y cerré los ojos para no verlo, pero sí sentí el volantazo que dio Poli, poniendo el coche en dos ruedas y metiéndose campo a través sin apenas reducir la velocidad.

—¡Tío, que te vas a cargar la suspensión! —le advirtió Gordini.

¡Menudas salidas tiene a veces el gordinflón! A mí la suspensión del coche me la traía floja, lo que me preocupaba era volcar en uno de aquellos baches.

—¡Poliii, la vallaaa! —le grité cuando ya nos la habíamos comido.

Durante unos segundos me dio tiempo a pensar que iba a morir, y traté de imaginarme cuál sería la sensación mientras el coche daba varias vueltas de campana y nosotros, como si estuviésemos dentro de una coctelera, chocábamos unos con otros, contra el techo, contra las ventanas... No sabía dónde tenía los pies ni la cabeza, ni siquiera si estaba entero, pero seguía vivo.

Milagrosamente, el coche se paró con las ruedas sobre la tierra y nosotros nos tocamos unos a otros para comprobar que estábamos sanos y salvos; apenas podíamos hablar del susto, solo chillar. Luego, el Perchas abrió la puerta del coche y salió a respirar el aire fresco de la noche. Había una niebla tan densa que apenas veíamos dónde estábamos. Yo lo imité, estaba a punto de echar la pota, temblando aún de la impresión. Todavía no podía creer que no nos hubiese pasado nada, me parecía un milagro.

—Me duele el brazo —oí que se quejaba Gordini dentro del coche.

—A ver, sal y estíralo —le aconsejó Poli—. Bien... despacio... así... Ahora dóblalo y estíralo de nuevo... No, no está roto —dictaminó como si estuviese en posesión del título de traumatólogo.

Entonces, en medio de aquel silencio del campo, en medio de la noche fantasmagórica, oímos un mugido atómico.

—¡Hostiá, tíos, es un toro! Vamos a torearlo —nos propuso el Rata empujándonos en dirección a aquel sonido fantasma.

No tuvimos que andar mucho para comprobar su procedencia. Casi pegado a nosotros había un bicho tremendo, tan negro como la noche, y con unos cuernos que echaban para atrás.

—¡Qué va a ser un toro, hombre, es una vaca! —le contrarió Poli.

—Pero no ves que *tié* cuernos.

—A ver si te crees tú que las vacas no tienen cuernos.

—Macho, pero no tan grandes.

—Búa, vámonos de aquí, a mí este bicho me da muy mal rollo —comentó el Perchas—. Fíjate cómo nos está mirando, nos va a embestir de un momento a otro.

Yo agradecí su comentario, porque estaba pensando lo mismo, pero el Rata, que era un venado sin media neurona, dijo excitado:

—Venga, no seas *cagau*, Perchas, vamos a acercarnos y si vemos que embiste, corremos, como en el encierro de mi pueblo.

—Yo no, que me duele el brazo —se rajó Gordini.

—Vale, pues te quedas al volante por si hay que salir cagando leches —le ordenó Poli.

A mí también me hubiese gustado poder decir que me dolía una pierna o cualquier otra parte del cuerpo; la verdad es que por esa noche había cubierto ya el cupo de las emociones fuertes, pero Poli nunca tenía bastante, se le encendía la sangre y era imparable, como un león hambriento de carne fresca.

—Venga, Bruslí, demuéstranos tus artes de karateca —me animó arrastrándome del brazo hacia el animal.

Pero yo me quedé paralizado delante de aquel bicho, tanto me daba que fuera toro como vaca. Tenía la impresión de que, a la distancia que estábamos, cualquier movimiento podía resultar peligroso. Y además tenía razón el Perchas, el animal nos miraba con desconfianza, normal, cómo nos iba a mirar. Seguro que se arrancaría a correr en cualquier momento, y yo ya me estaba viendo entre sus astas, porque era a mí a quien miraba con malos ojos; como que llevaba una camiseta roja.

Y de nuevo se oyó otro mugido del animal, aún más brutal que el anterior.

—¡Hostiá, tíos, que nos pillá! —grité asustado.

Salimos todos por piernas. Nunca, ni siquiera delante de los maderos, he llegado a correr tanto. Gordini, que nos estaba esperando en el coche como le había dicho Poli, se puso nervioso al vernos venir tan corriendo y no atinaba a encenderlo; entonces, Poli lo empujó encima del Perchas y saltó desde el asiento de atrás para ponerse él al volante. El problema es que la tierra, enlodada como estaba a consecuencia de la lluvia, hizo que las ruedas patinaran hundiéndose cada vez más en el barrizal que se había formado. Menos mal que el toro o lo que fuese aquello no se había movido del sitio, aunque seguía mirándonos con desconfianza.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —explotó Poli—. Tenéis que bajar a buscar unos troncos o algo con lo que hacer palanca.

—¡Y una leche! ¡Baja tú si quieres, que yo no me muevo de aquí! —se plantó el Perchas.

La verdad es que ninguno queríamos movernos sin saber si aquello era un toro o una vaca, ni siquiera el descerebrado del Rata, que presumía de correr en los encierros, así que decidimos esperar a que amaneciese para dilucidar la cuestión.

¿Qué más cosas podían sucedernos aquella noche? No hacía más que pensar en que si Braulio descubría que no habíamos dormido en la resi nos echaría, nos lo había advertido.

8. A MERCED DE CUALQUIERA

Soy un ser débil, sin voluntad, a merced de cualquiera, alguien al que todo el mundo puede usar y tirar como un trapo viejo: Vane, mi padre, mi madre, el Pelao, Cheche... Bueno, lo de él no fue exactamente como lo del Pelao, pero tampoco fue algo que yo hubiera hecho si él no me hubiese arrastrado. Ocurrió cuando tenía doce años, Braulio nos había llevado unos días de vacaciones y yo dormía con Cheche, un chaval cuatro años mayor que yo. Todavía me pregunto por qué caí en sus juegos si yo no era maricón, a mí me iban las tías. Pero fue eso precisamente lo que me excitó, las titis que salían en bolas en el *Interviú* y el *Playboy* que me enseñó. Luego, él se aprovechó de la situación para tocarme, los mismos juegos guarros del Pelao. Aunque esta vez no sentí miedo ni asco. Pero tampoco fue algo que yo quisiera hacer y sin embargo me quedé ahí como un imbécil. ¿Por qué? No lo sé. Ojalá lo supiera. Lo que sí sé es que me sentía un mierda por ello, un ser débil, sin voluntad, a merced de cualquiera. Lo mismo que el día que unos chavales mayores me metieron la cabeza en la taza del váter. Fue peor la humillación que el asco. También recuerdo que en clase no daba una, era incapaz de seguir las explicaciones del profesor y me aburría mortalmente. Me creía un inútil, el tonto de la clase. ¿Para qué diablos servía yo? No tenía ninguna cualidad. Fue en aquella época cuando empecé a llorar por nada, me sentía un fracasado y pensaba que todo el mundo se reía de mí, que hablaban a mis espaldas; basta mis amigos me daban de lado. Tenía la autoestima por los suelos. Yo quería ser un tío fuerte, con criterio propio, con una gran personalidad, como Poli. Por eso me deslumbró. Ahora sé que, si él hubiese sido corredor de coches o futbolista o mecánico, también me habría gustado ser como él. Pero en aquel momento yo creía que era el hecho de ser ladrón lo que me atraía de él, el ponerse el mundo por montera, las agallas que le echaba a todo lo que hacía, la capacidad para ponerse retos cada vez más difíciles, esa forma de vida que consistía en conseguir cosas cada vez más caras... ¡Quién me iba a decir a mí entonces que ocurriría lo que ocurrió! Todavía me parece imposible que se haya ido. ¡Qué putada! Aún tengo la impresión de que va a regresar en cualquier momento. Pero lo que sí está claro es que yo nunca seré como él, solo soy un mierda al que cualquiera puede pisotear o manejar a su antojo, eso lo he sabido siempre. Por eso lo necesitaba a él.

Cuando sucedió lo de Cheche todavía buscaba a mi madre en todas las señoras que veía. ¿Sería la rubia que iba a subirse al autobús? ¿La morena del traje de lunares? ¿La pelirroja que acababa de comprar el pan? Cada día alimentaba el sueño de nuestro reencuentro e inventaba mil

historias para explicar su ausencia: se habría marchado al extranjero para ganar mucho dinero, a su vuelta compraría una casa grande con jardín y nos iríamos a vivir los tres juntos: Vandán, ella y yo; otras veces imaginaba que la habrían secuestrado y yo me enfrentaba a los secuestradores y la rescataba; y otras, que habría perdido la memoria y andaría vagando por las calles sin ningún conocimiento. Por eso iba siempre atento, mirando a todas las mujeres que por edad pudieran ser nuestra madre, buscando el parecido físico conmigo o con mi hermano, tratando de recordar la imagen que guardaba de ella en aquellos posos amargos del café.

Por aquella época también me dio por decir que iba a ser cantante. Lo decía con una seguridad pasmosa, como si el solo hecho de decirlo me fuera a dar el poder de serlo. Ja más canté nada, pero tenía el convencimiento de que iba a ser cantante y eso me bastaba. Supongo que en aquella fantasía veía la posibilidad de dejar de ser un cero a la izquierda y empezar a brillar con luz propia. Me imaginaba subido en lo alto de un escenario con todas mis fans gritando, tratando de tocarme; y todos los chavales de la resi que se reían de mí o hacían de mí lo que les daba la gana vendrían arrastrándose para conseguir un autógrafo. Acabé el curso suspendiendo cuatro. Sin embargo, después de ese año tan horrible, mi estrella, esa que todos tenemos al nacer y que en mi caso estaba permanentemente de vacaciones, se debió de acordar de mí, y Braulio me dejó ir a pasar el verano en La Coruña con la familia de María, una chica que daba clases de apoyo a algunos chavales de la resi. Le dijo a Braulio que así podría enseñarme durante el verano. Fueron las mejores vacaciones de mi vida: íbamos a la playa o al barco, nos bañábamos en la piscina, jugábamos al fútbol, al baloncesto, al *ping pong*, hacíamos barbacoas... Pero todas las mañanas ella me daba clases y me preguntaba los temas que había estudiado. Decía que yo era muy listo y muy capaz; a mí me gustaba oírlo y acabé creyéndomelo. En septiembre aprobé las cuatro que me habían quedado. Eso me dio muchos ánimos y me hice el propósito de estudiar desde el primer día de curso, como me había dicho ella. Pero al poco de empezar, volví a las andadas, como ahora.

¡Qué putada! Me falta voluntad, siempre me ha faltado.

—Menos mal que lo reconoces, Bruslí. Mírate, pareces un zomhi, un saco de huesos. ¿Cuánto hace que no comes normalmente? Si no fuera por tu hermano no probarías bocado. Llevas tres días a base de coca y alcohol a palo seco. ¿Cuánto tiempo crees que aguantará tu cuerpo? ¿Y cuánto crees que aguantará tu hermano ayudándote? Mira a tu alrededor, solo hay botellas vacías. Tan vacías como tu propia vida. Y no me digas que no te importa, porque veo el miedo en tus ojos. Te aterra ver la bestia en la que te has convertido: un pobre desgraciado sin otra motivación que no sea meterte y meterte. Podrías incluso llegar a matar por un poco de polvo. Tanto decir de tu padre y mírate ahora... Vaya, ¿todavía tienes lágrimas?

—Si es que tienes razón, Bruce, soy una basura, no tengo voluntad, ni palabra, ni sueños, ni ideas en la cabeza. Soy escoria, lo sé.

—Bueno, al menos es la primera vez que lo reconoces tan sinceramente.

—He tocado fondo, Bruce, ya no puedo caer más bajo. Hasta he pensado en tirarme de un puente, acabarle una vez con todo.

—¿Y tu hermano? ¿Acaso no has pensado en él? ¿No crees que se merece algo mejor de tu parte? Te aseguro que no es nada fácil estar al lado de alguien como tú, que te engaña cada día, que no es capaz de decir dos palabras juntas, que apesta a alcohol, que tiene paranoias, que traiciona a los amigos... Piénsalo despacio. Él nunca te ha fallado, siempre ha estado ahí. Y eso que no le han faltado ganas de tirar la toalla. Pero ya ves que no lo hace, al contrario, vive

pendiente de ti: te trae comida, te cuida cuando estás mal, aguanta tus ataques cuando estás con el mono, tu agresividad, recoge tus vomitonas... ¿Te parece justo pagarle con un suicidio? Tienes que luchar para salir de esto.

—Vale, Bruce, tienes razón, iré a hablar con el Manco, le diré que quiero dejarlo.

—¿Con todo lo que le debes? ¿Tú crees que esa gente son hermanitas de la caridad? Espabila, tío, camellos como tú mueren de un tiro cada día en cualquier callejón.

En eso tenía razón. ¡Cómo me arrepentía de no haberlo dejado todo el día que saldé mi deuda con Walter! Y eso que me lo bahía jurado a mí mismo. Pero ocurrió exactamente igual que con lo de ser cantante, no pasó de una mera declaración de intenciones. Ese mismo día fui a pedirle a Walter que me introdujera en círculos más altos, donde se movían mayores cantidades de coca. Él me presentó al Manco, un tío al que le faltaba el brazo izquierdo y tenía la cara llena de cicatrices, tan pálida que parecía el Conde Drácula. Imponía un poco su presencia por su falta de expresión y un ojo estrábico que no sabías nunca hacia dónde miraba, pero en seguida hicimos buenas migas, porque ya el Escorpión le bahía hablado de mí (esta gente siempre se informa para saber a quién coge); le dijo que yo era un tío legal que siempre cumplía mi palabra. ¿Y qué si no la cumplía? Lo único que quería era salir de aquella cloaca en la que estaba metido, lo demás me daba igual. Me encontraba fatal y no le veía ningún sentido a mi vida.

—No le tengo miedo al Manco.

—Eres un inconsciente, Bruslí.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Por qué no hablas con Braulio?

—Bastante ha hecho ya dejándome vivir aquí, en el anexo, porque estoy seguro de que hace la vista gorda. Podría haberme echado a la calle si hubiese querido. Además no creo que confíe en mí, le he fallado demasiadas veces, no creo que vaya a darme otra oportunidad.

—Inténtalo.

—Mira, lo mejor es que vaya a robar coca a una discoteca de Alcorcón o de cualquier otro pueblo de la comunidad donde no me conozcan y le pague al Manco. Luego me despido.

—Sabes muy bien que en cuanto tengas en tus manos la coca, te la vas a volver a meter. Mírate, no eres dueño de tus actos.

—¡Qué mierda! Ya no sirvo para nada, ya no le gusto a nadie, ni siquiera a las pibas; ya no ligo como antes, ni me divierto: estoy en una ratonera sin salida. Esta vida es una puta mierda. Y yo soy un mierda. Y todo es una puta mierda...

—¡Eh, Bruslí, para, deja de dar patadas! Soy yo, Vandán. ¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a tener paranoias?

Mi hermano de nuevo, mi ángel de la guarda. Tenía que ser capaz de salir de esa maldita trampa, por él, se lo debía.

—Tío, be tocado fondo, quiero salir de esta mierda y no sé cómo.

—Yo te ayudaré, Bruslí, vas a conseguirlo, ya lo verás; tú puedes si te lo propones, como cuando te sacaste los cuatro cates aquel verano, ¿te acuerdas?

—¿Qué es esa carta que traes?

A pesar de lo mal que estoy, todavía puedo darme cuenta de la cara de preocupación de mi hermano, como dudando si decírmelo. ¿Podían pasar más cosas después de lo de mi padre, después de lo de Poli, después de lo del Rata?

—Es... una citación para el juicio... Por el robo del coche y la gasolina, ¿te acuerdas?

—Joder, ya lo había olvidado.

—Pero no te preocupes, Bruslí, Braulio me ha dicho que pagará la fianza que pidan, he hablado con él.

—¿Y si descubren los otros robos y me meten cuatro o cinco años de condena?

—Que no, tío, que hay atenuantes: estabas enganchado, no eras dueño de tus actos.

—No, Vandán, no quiero que Braulio tenga que pagar ninguna fianza; quiero cumplir mi condena, estoy decidido a pagar por lo que he hecho. Saldré limpio y empezaré de nuevo. Os demostraré que soy un tío legal y cumpliré la promesa que le hice a papá. Te juro que esta vez va a ser de verdad. No sabes cuánto me arrepiento de haberme metido en esta mierda, tronco. Te crees que controlas, que por unos cuantos porros y unas copas no va a pasar nada, y luego pasas a meterte una raya y otra y otra... Y te sientes tan poderoso, una auténtica estrella de *rock*, por encima de los demás mortales. Y crees que va a ser siempre así, que solo es una diversión, que tú no eres un yonqui, que puedes dejarlo cuando quieras, y ya ves. Tenía que haberlo dejado entonces, haberle hecho caso a Braulio...

9. UN EXTRAÑO ENCUENTRO

La mañana de nuestra aventura nocturna con el toro, Braulio nos pilló durmiendo en lugar de estar haciendo nuestro trabajo y nos dio un ultimátum: o nos portábamos bien durante toda la semana y cumplíamos el castigo que nos había impuesto, o nos echaba de la resi. A Poli, al Rata y al Perchas los echó ya el primer día, porque volvieron a escaparse esa noche. En cambio Gordini y yo decidimos portarnos bien: Gordini por su madre, que estaba delicada de salud, para no matarla del disgusto, y yo porque me daba miedo verme en la calle, sin un sitio adonde ir, y además porque no quería separarme de mi hermano. Pero me dio un bajón de la releche; echaba de menos a mis amigos, la aventura, el sentirme una estrella de *rock*... Si al menos tuviera una rayita de coca que meterme.

—Vamos, Bruslí, ¿no decías que no querías ser un yonqui como tu padre y que esa vida no era para ti?

—Pero tampoco lo es barrer la resi entera, Bruce, que estoy hasta los huevos de pasar la mopa esta. Y que conste que yo no soy un yonqui de mierda como mi padre: el meterme una raya de vez en cuando no significa que esté enganchado.

—¿Una raya, dices? Ayer te metiste lo menos diez y por eso hoy te ha dado el bajón.

—Que no, tío, que el bajón es por esta rutina, que no la soporto; y Braulio se ha sobrado con el trabajito que me ha dado. ¿Te acuerdas de la época esa en que estaba tan triste y me daba por llorar?

—Sí, cuando tenías once años, claro que me acuerdo. Estabas empeñado en que tus amigos pasaban de ti y te dejaban de lado.

—Pues hoy me siento igual... sin Poli... Él siempre te anima, ya sabes cómo es, es imposible estar triste con él, y te ríes, y te lo pasas bien, y te sientes alguien...

—Venga, hombre, lo que te pasa es que estás hecho un enclenque, sin fuerzas, que no me aguantas ni un asalto.

—¡Toooma! ¿Qué te ha parecido ese *serio*? A ver si lo mejoras.

—Pero, chaval, que soy tu maestro.

—¡Kia, kia, kiaaaa!

—¿Qué pasa, julio, por qué te peleas con la mopa, has acabado ya el trabajo?

Siempre que Braulio está enfadado conmigo, me llama Julio en lugar de Bruslí.

—Ah... Braulio... sí... ya be terminado de pasar la mopa a toda la resi.

—Pues anda al gimnasio, que hoy tenemos asamblea, lo quiero como los chorros del oro. Y los baños también, no te olvides de los baños.

—¡Joder! A veces preferiría que me echaran, estoy basta los huevos, Bruce. Si hasta es peor que el calabozo, al menos allí no tenía que hacer nada.

—¡Qué rápido se te ha olvidado! ¿Ya no te acuerdas de lo mal que lo pasaste?

—Sí, joder, pero no soy su esclavo, se ha sobrado un montón.

—Venga, no exageres, no se está tan mal en la resi, al fin y al cabo es tu casa.

—¿Que no se está mal? Mira, Bruce, no sé qué es peor, si los maderos o este régimen nazi.

Al pasar por la recepción de camino hacia el gimnasio, vi que Calimero estaba a cargo del teléfono y decidí gastarle una bromita para alegrarme un poco el día, es un *pringao*. De modo que fui al cuarto de herramientas a por la manguera, la enchufé en el grifo del jardín más próximo a la recepción y... ¡Genial!

—¡Aaaah! ¡Joder, Bruslí! ¿Eres gilipollas o qué? Mira cómo me has puesto, estoy totalmente empapado, no tiene ninguna gracia.

—Ja, ja, ja. Si es que estabas empanado, chaval, ha sido por hacerte un favor. ¿A que ahora estás mucho más fresco? Pues, hala, te dejo —le dije dándole un chopito en la frente, lo tengo quemado al tío—. Y pobre de ti con chivarte, porque voy a por ti, te lo advierto, Calimero, voy a por ti —repetí apuntándole como si tuviese una pistola.

Esto me animó un poco el día; solo con recordar la cara de susto que había puesto, me ponía verde de la risa.

Mientras estaba desenroscando la manguera para dejarla de nuevo en su sitio, vi venir hacia mí a una señora a la cual nunca había visto por la resi: rubia de bote, flaca, vestida con unos pantalones de chándal de color morado y una cazadora marrón de cuero desgastado. En aquel momento tuve un presentimiento, pero esperé a ser abordado por ella.

—Oye, chico, ¿conoces a Julio y a Miguel Seco?

—Yo soy Julio —le dije tratando de contener las pulsaciones del corazón; de repente se me había revolucionado como una moto, y es que sabía lo que esa mujer me iba a decir a continuación. No me digas por qué, pero lo sabía.

—Julito, hijo, cuánto has crecido, soy tu madre.

A pesar de que sus palabras solo confirmaron mi intuición, me quedé pegado. En ninguna de mis fantasías era así mi madre, parecía salida de una casa del terror. Me horrorizó su aspecto, su voz aguardentosa, toda ella. Y al contrario que en los numerosos encuentros imaginados cuando era un niño, no me dio ninguna alegría verla, más bien me produjo un rechazo enorme, fue una patada en el hígado.

—Mi madre ha muerto, murió el día que nos trajo aquí —le respondí desafiante.

Yo mismo me quedé sorprendido de mi dureza, pero aquellas palabras me las había dictado el corazón. Estaba furioso. Aquella señora no se parecía en nada a la madre que yo había imaginado en mis sueños y no era capaz de sentir nada por ella, por mucho que afirmara serlo.

—Hijo, por Dios, no digas eso.

¿Y qué diablos pretendía que hiciera: que me arrojara a sus brazos llamándole mamá? No me salía, no podía salirme. El haberme parido no le daba derecho a ser mi madre. Una madre es la que da de comer a sus hijos, los cuida cuando están enfermos, les compra lo que les hace falta, se

preocupa por ellos, los lleva al cine o al parque de atracciones y, sobre todo, les da cariño y besos, muchos besos. Pero aquella señora era fría y resbaladiza como una serpiente. Y su cara de víctima era un puro teatro, me dejaba indiferente.

—¿Acaso no es verdad? ¿Sabes cuántos años han pasado desde que nos dejaste aquí? Ni siquiera me has reconocido. Y una madre siempre reconoce a su hijo entre millones de niños.

—Has crecido tanto, Julito... Si no he venido antes ha sido... porque no he podido, hijo, pero ahora quiero llevaros a Alicante conmigo, a Migue y a ti, me voy a vivir allí.

—¿Qué cuajo tienes! ¿De verdad crees que puedes presentarte aquí después de un montón de años y llevarnos contigo por las buenas? Pues estás muy equivocada: esta ha sido siempre nuestra casa y aquí nos vamos a quedar.

—Julio, tienes que comprenderlo...

—¿Y tú, cuándo has intentado comprenderme tú a mí? —la interrumpí furioso—. ¿Sabes la cantidad de años que te he esperado? Cada día tenía la esperanza de verte aparecer; cada día he echado de menos una madre que me quisiera, que me cuidara, que me diera besos; cada cumpleaños he esperado un regalo tuyo... Pero ya no. ¿Y sabes por qué? Porque sé que te importo una mierda. A ver, ¿por qué no has venido en todos estos años? ¿Qué razón tan poderosa era esa que te impedía vernos? ¿Qué clase de madre se desentiende totalmente de sus hijos? Al menos papá nos llevaba con él cuando salía de la cárcel y nos escribía cartas, en cambio, tú... ¿dónde diablos estabas?

—Lo siento, hijo, era la maldita droga, no podía ocuparme de vosotros, pero ahora estoy limpia, totalmente limpia.

Observé la palidez de su rostro, sus ojeras moradas, su tos, su temblor de manos y, sobre todo, su boca negra y desdentada. Daba miedo aquella señora.

—¿Limpia, dices? No te creo, tienes mal aspecto.

—Porque he estado enferma, pero ahora estoy bien, vi viremos con Rafi en Alicante, en una bonita casa; allí hay mar, podréis ir a la playa todos los días.

—¿Quién es Rafi?

—Mi novio, vamos a casarnos. ¿No te haría ilusión tener otro hermanito?

Eso ya fue la puntilla. Una señora que había pasado olímpicamente de sus hijos durante tantos años me hablaba de tener otro hijo.

—Ya tengo un hermano, y él es mi única familia —respondí cortante.

—¿Dónde está, dónde está el Migue? Supongo que tan crecido y tan guapo como tú. Anda, ve a decirle que estoy aquí.

—Vale, ahora te lo busco, pero no te hagas ilusiones porque ninguno de los dos va a irse contigo.

Cuanto más hablaba con ella, más de hielo se iba volviendo mi corazón: ni sus palabras ni sus halagos lograban conmoverme. Estaba deseando largarme de allí. Su presencia me hacía daño, porque removía aquellos posos tan amargos del café. Ya no la necesitaba para nada, tenía otra vida con mis amigos, donde no había hueco para ella.

Me di media vuelta y salí corriendo con rabia, como si me persiguiesen los pitufos. Sabía dónde encontrar a mi hermano, era la hora del recreo y estaría jugando al fútbol en el patio.

—¡Vandán, ven! —le grité casi sin aliento por la carrera.

Él vino corriendo, todo sudoroso, se mata por marcar un gol, siempre fue muy competitivo.

—Ha venido nuestra madre —le solté sin preámbulos.

—¡Coño, Bruslí, que no estoy para bromitas estúpidas! Entiendo que estés jodido con el castigo que te ha puesto Braulio, macho, pero búscate otra diversión.

—Que no, tío, que es en serio, que yo también lo he Hipado. Ha venido a buscarnos, quiere que nos vayamos con ella a Alicante.

A mi hermano se le iluminó la cara.

—¿En serio?

—Vandán, que tú y yo no nos vamos a ninguna parte con esa señora, ¿me entiendes? Así que nada de sentimentalismos.

—Pero, tío, siempre hemos deseado que viniera a por nosotros.

—¡Joder, pero no ahora! ¿Dónde estaba ella mientras fuimos pequeños? ¿Por qué no vino entonces?

—No sé, tío, no habrá podido...

—¿En trece años? ¿Ni llamarnos? ¿Ni escribirnos? ¿Ni felicitarnos por nuestro cumpleaños? Te digo yo por qué no ha venido en todos estos años, Vandán: porque, mientras fuimos pequeños, éramos un incordio para ella, tenía que ocuparse de nosotros, cuidarnos como lo hacen las madres y eso no le interesaba. En cambio, ahora que somos mayores nos quiere como mano de obra, para que trabajemos para ella.

—Tío, no sé... a mí me hace ilusión, después de todo es la única madre que tenemos.

—¡Que no, Vandán! Ya te lo estás quitando de la cabeza, que esa señora no es nuestra madre, por mucho que nos haya parido. Tú te quedas aquí conmigo, ¿me oyes? Esta es nuestra casa, la única que hemos tenido.

—Bueno, vale, pero quiero verla.

—Está bien, así comprobarás por ti mismo la pinta tan horrible que tiene y que yo tengo razón para pensar como pienso. Está a la entrada, la he dejado con Calimero. Le dices hola y adiós muy buenas, ¿me oyes? Yo me quedo aquí, no quiero verla más.

Pero mientras mi hermano se fue a ver a nuestra madre, yo corrí a refugiarme en mi cuarto y lloré amargamente.

10. LA TRENA

Ahora que estoy a punto de entrar en la cárcel, sí que hubiera necesitado una madre que me abrazase y me dijese que no me preocupara, que confiaba en mí, que ella iría a verme todos los días. Una madre de verdad, a la que yo le importase más que nadie en el mundo, no esa mujer que apareció aquel día por la resi. Nunca pensé que el momento de partir iba a ser tan duro; al fin y al cabo, yo era un tío curtido que había estado más de una vez en el calabozo. Pero la cárcel era otra cosa. Me habían echado un mes. Se me iba a hacer eterno.

Menos mal que mi hermano está aquí para apoyarme en este momento tan difícil, aunque, por culpa de mi madre, podía no haber estado. Al despedirnos, me entrega un libro, *El caballero de la armadura oxidada*. Ese detalle me emociona un montón, porque es el que nos había recomendado leer mi padre cuando estuvo en el hospital, y los dos lloramos abrazados.

—Suerte, tío, iré a verte siempre que pueda.

A partir de entonces, me aferré al libro como si fuese un talismán, y la cabeza se me llena de recuerdos de mi padre, de cuando nos llevaba a ver el *Guernica* en el Casón del Retiro. Supongo que aquellas imágenes tan tétricas me recordaban al momento que estaba viviendo. Aquel cuadro de Picasso sobre la Guerra Civil española nos impactaba mucho a mi hermano y a mí. Era enorme. Si cierro los ojos, puedo verlo perfectamente, daba escalofríos. Mi padre nos dijo que era el dolor de la guerra, que Picasso había sabido reflejarlo como nadie. Y es verdad, todos sufren en ese cuadro, hasta el caballo, con esa lengua saliendo de su boca como un cuchillo afilado, te da una angustia... Y luego están los cuerpos de la gente, retorcidos o tirados por el suelo, las bocas abiertas, los ojos despavoridos... Es un cuadro muy triste por los colores. Solo hay negro, gris y blanco, pero es porque así quedó la ciudad después del bombardeo, toda quemada y llena de cenizas. Nos impresionaba un montón ese cuadro, y a la vez nos intrigaba porque estaba lleno de símbolos: el caballo era la República Española y el toro, Franco; también había escondidos cuatro arlequines que mi hermano y yo teníamos que encontrar, pero nunca lo lográbamos, aquello era una misión imposible; al final tuvimos que rendirnos y fue mi padre quien nos los mostró. ¡La leche! Ni aunque nos hubiésemos tirado toda la vida delante del cuadro, los habríamos descubierto. Resulta que había que torcer la cabeza para verlos y, aun así, tenías que echarle bastante imaginación al asunto, porque es un cuadro cubista, y el cubismo consiste, por lo visto, en trocear las figuras y cambiarlas de sitio. Pero un día que me dio a mí por hacer un cuadro cubista

en el colegio, como el profesor creyó que le estaba tomando el pelo, me castigó sin recreo, qué inculto.

No me habría gustado que mi padre me viese en este furgón, yendo hacia la cárcel. Eso no fue lo que le prometí. Pero a la vuelta todo iba a cambiar, se lo había jurado a mi hermano. Sería una persona nueva, limpia de droga, la viva imagen del caballero que había dibujado en la tapa del libro que me regaló mi hermano: victorioso, la espada en alto, reluciendo bajo los rayos del sol después de haber matado a la bestia que llevaba dentro. Haría lo mismo que mi padre, que en la cárcel se hizo un hombre muy culto: leía muchos libros y escribía poesías, una pena que le perdiese la droga. Pero yo, una vez pasado el mono allí, no volvería a caer en ella, porque era una puta mierda y me sentaba fatal, no me gustaba nada. Si me la metía era porque estaba enganchado y no podía pasar sin ella, pero una vez que pasara el mono todo sería más fácil.

En el furgón en el que nos llevan a la trena desde la comisaría hago amistad con Ahmed, un moro al que pillaron vendiendo pastillas. Durante el trayecto me cuenta toda su vida. Es de una pequeña aldea de Argelia, el mayor de cinco hermanos. Desde pequeño ha estado en la calle buscándose la vida y por fin, a los dieciséis años, consiguió ahorrar el suficiente dinero para pagarse el viaje a España en una patera. Por lo visto fue un viaje horrible lleno de percances, pasaron mucho miedo. Y justo cuando estaban a punto de alcanzar la costa, volcaron. Todos sus compañeros murieron excepto él, que consiguió salvar el pellejo, porque es muy fuerte y sabe nadar bien. Durante cuatro días se arrastró a través de los campos para que no le pillaran. Tenía tanta hambre, que llegó a comer hierba y tierra para llenarse el estómago y evitar que le doliese. Por fin consiguió llegar a una gasolinera de carretera, donde se metió en los bajos de un camión. Y así fue cómo aterrizó en Madrid, una ciudad que para nada era como él la había imaginado. Le habían dicho que era el paraíso, poco menos que el dinero crecía en los árboles, y se encontró con el infierno. No conocía a nadie y nadie daba empleo a un moro sin papeles, de modo que empezó a cometer pequeños hurtos para sobrevivir, fundamentalmente a turistas extranjeros. Lo pillaron varias veces y pasó algún tiempo en un centro de menores hasta que consiguió escaparse. A los diecinueve años se hizo camello por la zona de Lavapiés, y en una redada de una discoteca le pillaron con un buen lote de pastillas.

—¿Tú te metes? —le pregunto.

—Yo, droga no, yo trabajo. Si meterme, adiós trabajo. Algunos amigos acabar muy mal, tirados en calle, con droga no poder trabajar. Yo mandar dinero a familia y mi hermano venir conmigo pronto.

Me impresiona su manera de pensar tan sabia y su firme convicción de que su vida va a mejorar a pesar de todo lo que le ha sucedido; además, me conmueve profundamente el cariño tan grande que le tiene a su familia, lo orgulloso que se siente de ella y lo dispuesto que está a luchar para que puedan reunirse todos en España. Escuchándolo, me avergüenzo en cierta medida de no haber sabido aprovechar las oportunidades que he tenido de llevar una vida digna, de ser una persona decente. Porque es verdad que he crecido sin padres, pero tengo a mi hermano, y la resi ha sido mi casa, y Braulio y los otros chicos, mi familia, y habría podido estudiar si hubiese querido. ¡Qué putada! Ahora que estoy lejos de mi gente, es cuando me acuerdo de los buenos momentos que pasé en la resi, que fueron muchos. Cuando estaba con Poli y los otros nunca pensaba en ellos, en cambio, ahora echo de menos su calor, su compañía, las bromas... incluso las peleas. En la resi nunca estás solo, siempre tienes a alguien con quien charlar un rato.

Una vez que dejamos nuestras cosas en la celda (tuvimos la gran suerte de que nos pusieran juntos a Ahmed y a mí), el guarda nos conduce a todos los recién llegados hasta el patio, donde están el resto de los reclusos.

—Nunca solo, nunca solo —me susurra Ahmed.

El pobre tiene pánico a que lo violen. A un amigo suyo se lo hicieron y fue el que le dio consejos para evitarlo. Pero yo no los necesitaba: después de las experiencias con el Pelao y con Cheche, no estaba dispuesto a dejar que nadie me tocara ni un pelo; la calle me había endurecido en muchos sentidos.

—Tú tranquilo, Ahmed, que nadie te va a hacer nada —lo calmo.

Lo que más me impresiona del patio es la altura de los muros aislándonos del resto del mundo. Tengo la impresión de que somos animales encerrados en un zoológico, merodeando por el foso, mientras nos observan los guardias. En seguida se nos acerca un tío más bien esmirriado, nervioso, de mirada huidiza, y nos dice:

—Melón quiere veros.

—¿Quién es Melón? —le pregunto mirando en torno nuestro con los ojos bien abiertos, hay que estar alerta en un sitio como este.

—El que está apoyado en el muro —me responde señalándolo.

Me quedo observándolo unos segundos. Está claro por qué le llaman Melón, no hay más que ver el tamaño de su cabeza rapada.

—¿Y para qué quiere vernos? —le pregunto escamado.

—Yo, que tú, no haría tantas preguntas, él es quien manda aquí, vamos.

—¿Y si no quiero?

—No te interesa enfrentarte, te lo advierto.

Pues si el tal Melón estaba pensando en pasarnos por la piedra, iba listo. ¡Antes muerto! Si no le tenía miedo al Manco, no se lo iba a tener a él. Pero, con todo, sigo al chaval para ver lo que quiere.

Mi estrella, esa que se ha cogido vacaciones desde que yo nací, se debió de acordar de pronto de que yo existía y de que su misión era la de darme suerte de vez en cuando, porque, al contarle mi historia a Melón y nombrar a Poli, va el tío y se me abraza dándome fuertes palmadas en la espalda (la única reflexión que me hice en ese momento fue que si esas eran sus palmadas, cómo serían sus puñetazos).

—Un amigo de Poli es también amigo mío. ¡Qué gran tipo el Poli!

Y venga a plancharme los omóplatos, con tal fuerza que temí incluso que me saltara alguna vértebra. ¡Hay que ver lo resistentes que son los huesos! Pero naturalmente me alegraba de semejante recibimiento, era lo último que me hubiese esperado de un tipo como Melón.

Por lo que hablaba, me di cuenta de que no sabía nada de lo que le había sucedido a Poli. Cuando se lo conté, obligó a los demás a un minuto de silencio. Y a partir de ahí, pasé a ser su protegido. Eso me salvó de todo y basta me dio algunos privilegios, como el de tener las mejores raciones a la hora de la comida. El tipo era un auténtico bestia, un cuatro por cuatro que se jactaba de abrir los melones con la cabeza, de ahí el mote. De modo que más valía estar bajo su ala que

ser su enemigo. Pero no pasaba un solo día sin que me acordase de mi hermano, lo echaba tanto de menos...

11. ABANDONADO

Uno de los mayores disgustos que me llevé en mi vida fue cuando mi hermano me vino diciendo que se iba con nuestra madre. Me agarré un cabreo bestial al ver que ninguno de mis argumentos bastaba para convencerlo. ¿Cómo era posible que, siendo él mucho más frío y más duro que yo, quisiera irse con esa desconocida? Porque eso es lo que era, una desconocida. Yo no me tragaba el cuento de que la droga la había alejado de nosotros, porque ahí estaba nuestro padre para hacer papilla semejante excusa. Él también era un yonqui que pasaba más tiempo dentro de la trena que fuera de ella, y sin embargo nunca se había desentendido totalmente de nosotros. En cuanto salía de la cárcel, nos llevaba con él todos los fines de semana, y mientras estaba allí, nos escribía cartas. ¿Por qué nuestra madre no había dado ninguna señal de vida hasta ese momento? A mí no me la daba con queso, estaban clarísimas sus intenciones: explotarnos ahora que éramos mayores. Quería que la cuidásemos y trabajásemos para ella. Pues ¡por mis cojones que no! ¿Por qué íbamos a hacerlo cuando ella nunca cuidó de nosotros? Me jodía un montón que mi hermano no lo viera, que se creyera semejantes patrañas. ¡Pero si no había más que verla! Una persona fría y calculadora, sin sentimientos. Por mí podía irse al infierno con el tal Raí i, pero desde luego a mi hermano no se lo iba a llevar, tenía que convencerlo como fuese. El tío debía de estar bajo algún tipo de hechizo, si no, era inexplicable que se quisiese marchar. ¡Qué putada! Tantos años esperándola y soñando con el reencuentro para esto. El tema me tenía totalmente amargado, desesperado.

—¡Venga tíos, que estáis atoallados, moved el culo! —nos regañó Poli.

Cuando íbamos a un atraco quería que tuviésemos puestos los cinco sentidos. No le gustaban las chapuzas, decía que los trabajos había que hacerlos bien, que éramos unos profesionales. El tío era un perfeccionista.

—Poli, dame un poco más de *eso* —le pedí antes de salir del coche.

—¡Qué passa, macho, te veo muy quemado!

—Sí, tío, es por lo de mi hermano, necesito animarme un poco. Ni te imaginas la semanita que he pasado en la resi.

—Toma, hombre, sítvete tú mismo: detergente de la mejor calidad, no como la mierda esa que le metieron al Perchas el otro día.

—¡Búa, y cómo iba a saberlo! —saltó él picado.

—Ya te he dicho mil veces que aquí no valen las rebajas, pero como eres tan *agarrao*, siempre buscando el chollo...

—¡Joder, Poli, me engañaron! Cómo tengo que decírtelo.

—Bueno se acabó, ahora a lo que vamos, no quiero distracciones.

En cuanto me metí un par de rayas, me puse como las motos que íbamos a robar, un par de Hondas CR de *cross*.

—Déjame a mí la maza —le pedí a Poli.

—¿Seguro que puedes con ella, Bruslí? —me soltó el Rata para picarme.

—Y con tu padre también —le respondí molesto; siempre le entraba al trapo, no lo podía evitar.

—Si no puedes ni con tu madre.

—¿Quieres que te parta la cara, di, lo haces por joder, Rata?

—Lo digo porque *ta ganao* la partida.

—¡Qué cabrón, Rata! Eso ha sido un golpe bajo.

—¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Ya te vale, Rata, y a ti, Bruslí! —nos gritó Poli—. ¿Qué clase de profesionales sois? Haced el favor de dejar las pullitas para luego.

—Si es él, que me provoca —me defendí—. A ver, ¿me das la maza o qué?

—Vale, Bruslí, pero no me falles, ¿eh?

—Descuida, tío.

Con la rabia que tenía encima, no sé cómo diablos agarré la maza que, al darle al cristal, me saltó una esquirla y se me clavó en la mano de punta. Al ver brotar la sangre, como un surtidor, me asusté bastante.

—Poli, tío, que el cristal me ha atravesado la mano.

—¡Joder, Bruslí! ¡Pero qué has hecho!

Sin pensarlo un segundo, Poli se sacó su camiseta de diez mil pelias, la rompió y me hizo una especie de vendaje que, al menos, me paró la hemorragia.

—Luego te llevo a urgencias, tío, aguanta un poco.

En cuanto saltó el cierre, Poli se subió a una de las motos para tratar de arrancarla y el Perchas a la otra, pero ninguno de los dos lo consiguió.

—¡Joder, qué putada, no tienen ni gota de gasolina! —exclamó Poli.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Gordini—, no tenemos pasta.

—Tú y Bruslí os quedáis aquí esperándonos, que yo me voy con el Rata y el Perchas a trincar una furgó para meterlas dentro.

Estaban ya saliendo de la tienda, cuando se les acercó un mendigo y les preguntó:

—¿Podíais sacarme una de esas cazadoras de cuero?

—¡Anda el viejo este! Entra tú y la coges, no te jode —le soltó Poli.

El viejo entró con miedo, mirando a todos lados con sus ojillos de lagarto.

—Date prisa —le dije—, a ver si va a aparecer la policía y nos va a hacer la encerrona.

El viejo agarró una, nos dio las gracias y salió de allí rápido como el rayo. Gordini y yo nos escondimos detrás del mostrador. Para apaciguar el dolor de la mano y el miedo a que nos pillaran, me metí un par de rayas, lo mismo que Gordini.

—Tío, te sale mucha sangre, tienes la camiseta de Poli empapada —me dijo.

—¡Ahí va!, es verdad, ni me había dado cuenta. Espero no desangrarme vivo.

—No, hombre, tampoco es eso.

—A ver si no tardan mucho.

—Ya conoces lo rápido que es Poli, lo que tarde en visualizar una furgó.

—¿Y si no encuentran ninguna?

—¡Anda que cuando te da la vena pesimista! ¿Te ha fallado el Poli alguna vez?

—Si lo digo porque me duele, yo creo que me tienen que dar puntos.

—Pues ahora, en cuanto vengan, te llevamos a urgencias; aguanta un poco, Bruslí.

—¿Y ese ruido, lo has oído? —le susurré.

—Chist, yo creo que ha sido el viento, pero calla.

El tiempo allí dentro se nos estaba haciendo eterno, y callados más. Cada vez que miraba el reloj, marcaba casi la misma hora, era desesperante.

—Tío, ¿y si los esperamos fuera? —le propuse a Gordini.

—Poli ha dicho que nos quedemos haciendo guardia aquí, a ver si van a venir otros listos y, al ver la tienda forzada, se aprovechan ellos.

Después de otro silencio eterno, oímos por fin sus voces.

—¡Joder con la furgó, apesta a pescado que tira *patrás!*

—Venga, Perchas, no me seas finolis, a ver si íbamos a ponernos a elegir encima, con lo que nos ha costado dar con una —le reprochó Poli.

—Tíos, lo que habéis tardado, me estoy desangrando —les eché en cara.

—¡Y ahora el pupas este con lo que nos sale!, qué *jodio*, ya te dije que no podías con la maza —volvió a la carga el Rata.

Pero yo me quité la camiseta para que vieses que no exageraba.

—¡Búa, quita de ahí, qué grima! —exclamó el Perchas, que es bastante aprensivo.

—¿Lo veis? Ya os lo dije.

—Bueno, venga, que me ayuden estos a meter las motos en la furgó y luego te acerco a urgencias —dijo Poli.

De camino al hospital, volví a meterme otro tirito, estaba acojonado por los puntos que iban a darme.

—Oye, macho, que no son gominolas, que eso vale un huevo y parte del otro —me advirtió Poli.

—Ya, tío, pero a ti no te van a coser.

—¡Menudo héroe estás hecho! ¿Crees que te van a salir las tripas por ahí? Si no es más que un zurcidito de nada, hombre. ¡Anda que no vas a fardar luego con las churris! Hoy triunfas fijo, Bruslí, sales a hombros por la puerta grande, te lo digo yo. Y al médico, ya sabes: que te caíste con un vaso en la mano.

12.

UN DESFASE TOTAL

Una vez que me cosieron la mano, Poli y yo nos juntamos con los otros en Marne, una discoteca a la que solíamos ir bastante a menudo. Yo estaba hasta arriba de coca y tenía unas ganas locas de desfasar, de bailar a lo loco, de olvidarme de lo de mi hermano. Pero en cuanto entramos y vi a la panda del Empanao, supe que iba a haber bronca, me lo pedía el cuerpo. Ferdi, el más *pringao*, tenía todo el labio hinchado, seguro que de alguna pelea.

—¡Qué passa, tío, estás igualito que el Pato Donald! —le dije al pasar por su lado.

—¿Buscas bulla, cabrón? —me respondió furioso, haciendo ademán de tirárseme al cuello.

Entonces me acordé de mi mano.

—Tranquilo, macho, que vengo en son de paz —le dije iniciando la retirada.

Y me fui hacia la pista de baile, a mover un poco el esqueleto para olvidar el disgusto que tenía por lo de mi hermano. Pero, según iba andando, precisamente me topé de frente con él.

—¡Eh, Vandán, tú por aquí, qué alegría, tronco!

—Quería despedirme de la basca.

Sus palabras me hundieron.

—¡Que no, joder, que tú no te vas! ¿Es que no has pensado que el Rafi ese puede ser un chulo de mierda, un proxeneta? Te van a explotar, tío, te lo digo yo.

—Te montas demasiadas películas, Bruslí. Yo creo que ahora que mamá ha dejado el caballo, quiere rehacer su vida con nosotros, eso es todo. ¿Por qué no quieres darle una oportunidad?

—Porque no me creo que lo haya dejado. ¿Tú no has visto cómo estaba, las ojeras que tenía y esos dientes negros y corroídos? ¿Cómo puedes creer a alguien que no conoces de nada y que ha estado pasando de tu culo todos estos años? ¡Joder, tío, mira que eres cabezota! Anda, acompáñame al servicio un momento.

Con el bajón que me había dado, necesitaba volver a meterme. Una vez dentro, saqué la bolsa de coca del bolsillo del pantalón y le ofrecí:

—Te invito a una raya.

—¡Venga, tío, deja de meterte esa mierda! Y luego dices de nuestra madre, yo me piro a bailar.

—Espera, Vandán, voy contigo —dije aspirando con fuerza los últimos restos del perico.

Era lo único que me ayudaba a difuminar las huellas de aquel poso amargo de café que ahora mi hermano se empeñaba en esparcir de nuevo por mi lengua. No quería separarme de él, era mi

única familia y siempre habíamos estado juntos, tenía que convencerlo como fuera.

Ya en la pista empezamos a bailar y a tontear con unas pibas que estaban a tiro. Entonces me acordé de un día en que, siendo los dos pequeños, nos pusimos a bailar en el Casón del Retiro y una guiri nos tiró unas monedas, la tía se debió de pensar que formábamos parte del decorado, nos hizo una gracia tremenda.

—Formamos buen equipo, ¿eh, Vandán? —dije tocándole la fibra sensible.

Pero la figura de mi hermano se iba desdibujando al igual que las de las pibas que estaban bailando con nosotros y en su lugar aparecían extraños monstruos que se me venían encima, babeantes, con unos ojos de colorines que daban vueltas como molinillos. ¿Qué me estaba ocurriendo?

—¡Fuera, fuera! —grité asustado, dando manotazos para apartarlos.

—¿Qué pasa, Bruslí? —oía la voz de mi hermano, pero no lo veía; a mi alrededor solo había monstruos babeantes.

Uno de ellos intentó arrastrarme a alguna parte. Me defendí a manotazos.

—¡Tío, ya te vale!, ¿no? ¿Cuánta mierda de esa te has metido?

—Hazle un *apchagui*, Vandán, quítamelo de encima.

—Está con una alucinación, tiene que beber —oí la voz lejana de Poli.

En seguida me llevaron a sentarme y noté el tacto del cristal en mis labios. Luego sentí correr por mi garganta una Coca-Cola bien fría. Apuré el vaso de penalti. Y un segundo. Y un tercero. Por fin los monstruos desaparecieron, y empecé a sentirme más tranquilo.

—¿Estás mejor, Bruslí? —me preguntó mi hermano preocupado.

—De puta madre. En serio, tío, que estoy bien, no pongas esa cara. Pero ¿ves cómo te preocupas por mí? No puedes marcharte, eres mi hermano, mi única familia.

—No sé... Bruslí... me gustaría empezar otra vida; esa vida con la que siempre hemos soñado, los dos juntos con nuestra madre. Por fin vamos a tener madre, Bruslí, y viviremos en nuestra propia casa, ¿te das cuenta de lo que significa eso? Eres tú el que no está siendo razonable. Vámonos los dos a Alicante, al mar. Nos buscamos allí un trabajo, tío... Yo ya no quiero seguir dando palos por ahí, eso no nos lleva a ningún lado.

Pero yo no quería escuchar sus palabras, me hacían mucho daño, porque volvían a traerme la amargura de los posos de café. No había ni una pizca de cariño en mi madre, ni en sus palabras ni en sus gestos, solo la movía el interés. ¿Cómo podía mi hermano estar tan ciego? Yo también había deseado una madre más que nada en el mundo, pero aquella señora no tenía nada que ver conmigo.

Como vi que era imposible hacer que se apeara del burro, lo dejé y me volví a la pista. Allí me encontré a Raquel. ¡Lo que me faltaba! Seguro que me montaba el pollo la tía.

—¡Vaya, Bruslí, por fin te dejas ver! Hoy no te vas a escaquear como el otro día, tenemos que aclarar las cosas.

—Ven, vamos a bailar —le dije cogiéndola por la cintura y camelándola con un beso. En esos momentos necesitaba más cariño que nunca, no era consciente de los líos que me podía traer.

—¿Y qué hay de la tipa esa del otro día?

—Pero, mujer, si la acababa de conocer; se me abalanzó justo cuando tú nos viste. ¿Qué querías que hiciera?

—Decirle que tienes novia. Que no me entere yo de que esa guarra te vuelve a poner las manos encima.

—Si no he vuelto a verla. Si ni me acordaba de ella.

Pero era mentira, sí que pensaba en Vane, y mucho: en lo buena que estaba, en sus melones, duros como piedras, en sus ojos que echaban fuego... Cada vez que me acordaba de ella, se me hacía el culo pepsicola; sentía un deseo insatisfecho que me rebullía por dentro como las burbujas de la gaseosa. Me había calado hondo esa pibita.

—¿Entonces qué, vuelve a estar todo como siempre?

No me digas por qué, pero mi deseo por Vane me despertó las ganas de enrollarme con ella en aquel instante, de modo que la empujé hasta un rincón y nos metimos en faena. Me sentía un poco cabrón, pero es que ella me lo ponía a huevo. Y si me apuras, hasta creo que le daba igual que estuviera con otras, en el fondo lo sabía.

No sé cuánto tiempo llevábamos enrollándonos, cuando oí decir a mi hermano:

—Corre, Bruslí, que fuera se ha montado una buena. Poli ha picado al Empanao y son un montón.

Cuando salimos, vi un panorama terrible: los de la panda del Empanao eran lo menos quince, contra seis que éramos nosotros. Menos mal que mi hermano es cinturón marrón. En ese momento sentí no haber ido por el gimnasio en tanto tiempo, pero solo necesitaba un par de rayas para ponerme en forma. Así que, antes de lanzarme al ruedo, me quedé unos segundos rezagado para metérmelas. Luego, arremetí contra Ferdi con un *vándal* que lo Hipas, intentando poner a salvo la mano de los puntos.

Providencialmente, oímos una sirena de la policía. Creo que fue la primera vez que me alegré de la aparición de los pitufos.

—¡Que vienen tus primos! —le grité a Ferdi dándome el pibe.

En cuestión de segundos allí no quedaba nadie. Nosotros corrimos al coche en el que nos estaba esperando Poli impaciente.

—¡Vamos, tíos, que parecéis tortugas! A ver Gordini, mueve tu culo y deja sitio a Vandán.

Una vez que nos alejamos, Poli, que nunca tenía bastante, se empezó a picar con el del coche de al lado gritándole por la ventanilla. Tenía un desfase total, igual que yo. Al llegar a un semáforo, se situó tras él y, justo antes de que la luz se pusiera verde, le dio un toque por detrás.

—¡Eh, tú, tortuguita! ¿No te anda el coche? ¿Necesitas un empujoncito?

—¡Pero qué haces, anormal! Como me baje del coche te arranco la cabeza de cuajo.

—A ver si tienes huevos.

—¡Por tus muertos que sí!

Poli lo empezó a volver loco, no hay nada que le divierta más que el pique. Tan pronto se le cruzaba por delante, como le hacía un corte de mangas, como salía corriendo para que el otro le entrase al trapo... Y de nuevo otro semáforo en rojo. Entonces vimos al tío bajarse del coche como un energúmeno, era un auténtico armario, sentado no parecía ni la mitad. Venía hacia nosotros con un palo de golf en la mano y con muy malas intenciones. Pero Poli, a pesar de la luz roja, hizo una arrancada de las suyas con la que casi se lleva a un peatón por delante, el tío se libró por los pelos. Por sus gestos imaginé que debía de estar cagándose en todos nosotros del susto que se había llevado.

Íbamos a toda pastilla. Cuando a Poli le daba el venazo, se ponía a correr como si estuviese participando en algún *rally*, haciendo los giros en dos ruedas.

—¡Poli, que viene tu *primo* en moto! —chilló el Perchas.

Eso le puso aún más las pilas, la policía nunca fue un impedimento para él.

—Tranqui, tío, que le doy el esquinazo —respondió ciego de adrenalina.

La verdad es que es un auténtico as del volante. En una de sus maniobras, dejó atrás la moto del pitufo y empezamos a ganar kilómetros por la Castellana a velocidades de vértigo. Si se dedicase a correr, sería aún mejor que Carlos Sainz.

Pronto estuvimos en la autovía de Burgos, el marcador a tope, las ruedas echando humo. En el desvío de Alcobendas, nos salimos de la carretera y nos adentramos por sus calles. Poli iba buscando una zona tranquila donde poder dejar el coche y cambiarlo por otro, era lo que hacíamos siempre que nos perseguían. Por fin lo aparcó en un hueco libre, cerca de un almacén cerrado.

—Fin del trayecto, todos fuera —nos ordenó.

Entonces Poli le dijo a mi hermano dándole un codazo:

—¿Qué, Vandán, qué te parece el BMW ese?

—¿El gris metalizado?

—Sí, no está mal el cochecito, ¿no?

—¡Macho, está de puta madre!

—Pues a por él. A ver, Rata, saca tu llave maestra.

¡Qué calidad tenía el Rata, chaval! Sería un mal hablado, pero hay que reconocer que abriendo cerraduras no le ganaba nadie, era un hacha. A los pocos segundos, estábamos ya rodando en el nuevo coche. Claro que como no se podía estar quieto con las manos y tenía que tocarlo todo, abrió la guantera y sacó de su interior un sobre bastante abultado.

—¡Hostiá, tíos, somos ricos! —gritó mostrándonos un fajo de dinero.

—Búa, lo menos hay cincuenta mil duros —calculó a ojo el Perchas.

—Podíamos darnos una mariscada —sugirió Gordini, que solo piensa en comer.

—¿Desde cuándo pagamos en los restaurantes, Gordini? —le recordó Poli—. Esto es para comprar perico, que casi no nos queda.

—¡Coñó! También tiene aquí el juego de llaves de *respuesto* del coche —nos informó el Rata.

—¡Qué *pringao*! —comenté—. Y tú, Rata, a ver si mejoras ese vocabulario, que se dice repuesto.

—Como se diga, que a mí eso no me quita la alegría del cuerpo —replicó, y se puso el tío a cantar la «Macarena» a voz en grito.

—Anda, chaval, cállate y pon los *Cuarenta*, que esa radio debe de sonar como los ángeles —le pidió el Perchas.

El Rata sintonizó los *Cuarenta Principales* y todos nos pusimos a cantar «El Camaleón» de King África, estábamos eufóricos. Para celebrarlo, nos metimos unas rayitas; menos mi hermano, que no quiere tomar nada para no perder la forma física como le ocurrió a mi padre: de tener un cuerpo de boxeador pasó a convertirse en una ruina andante. Él, en cambio, se cuida igual que el *Suarzenager*, todo el día en el gimnasio, si no es con el taekwondo, es con las pesas o con los aparatos. El tío se está preparando para ser modelo, porque un día le hicieron unas fotos y le dijeron que servía para ello, que posaba con mucha gracia y era muy fotogénico. En cambio, yo no sé cómo hago, pero siempre salgo con cara de lunático.

En vista de la fortuna que nos acabábamos de encontrar, decidimos irnos a la disco del otro día, donde estuvimos con Vane y las demás. Yo iba con los huevos de corbata por lo que pudiera decirme si me la encontraba, pero a la vez deseando que estuviera. Tenía esperanzas de que la

teoría del morbo de Poli funcionara y reaccionase como Raquel, pero ¿y si me daba con la puerta en las narices? Con otra me hubiese dado igual, ¡valiente cosa me importaba!, pero con ella no. No sé qué diablos me estaba pasando, pero no me la podía quitar de la piel ni de la cabeza. Me preguntaba qué tenía Vane de especial, porque chicas guapas como ella había conocido unas cuantas y ninguna me había atrapado de esa manera; tenía que ser otra cosa.

—Poli, ¿has quedado con la rubia del otro día? —le pregunté.

Necesitaba ver a Vane de nuevo, volver a acariciar sus coquitos de sirena, la mariposa tatuada en su hombro... Si no estaba, me llevaría una gran decepción.

—¿Y tú qué, Bruslí, has quedado con tu churri? —me preguntó el Rata maliciosamente.

—Búa, pues prepárate, porque seguro que está —**insistió** el Perchas.

Efectivamente estaba con sus amigas, la vi nada más entrar. Y con la euforia de la raya que me acababa de meter en el coche, me fui hacia ella a probar suerte.

—Hola, guapísima —dije abordándola por detrás y plantándole un beso en la mariposa tatuada. Su olor me embriagaba.

Pero ella se dio media vuelta y me soltó una sonora bofetada. Me quedé de piedra, jamás me hubiese esperado semejante reacción por su parte.

—Joder con la piba, vaya ovarios que le echa —oí comentar al Perchas.

Eso me encendió por dentro e hizo que aún tuviese más ganas de besarla, pero la verdad es que no me atreví.

—Vaya, se ve que es mi día de recibir golpes —dije mostrándole la mano de los puntos con esa cara de pena que ponen los perrillos cuando quieren que les tires algún resto de comida.

—¿Qué te ha pasado?

—Me clavé un cristal al romper la luna de una tienda de motos con la maza.

—¿Qué pasa, que no sabes hacer cosas normales como el resto de la gente? —me preguntó desafiante.

Sin embargo, por su mirada noté que le gustaba, entonces recordé una anécdota de Mohamed Alí que nos había contado mi padre: en un vuelo, la azafata le dijo que tenía que abrocharse el cinturón de seguridad, pero él le respondió: «Superman no necesita cinturones de seguridad». Entonces la azafata le replicó: «Superman tampoco necesita aviones». ¡Qué puntazo! El tipo no tuvo más remedio que bajarse los pantalones y abrocharse el cinturón. Pero aun así a mí me hacía mucha gracia la fardada, así que corrí el riesgo de tirarme el moco y le solté:

—Los héroes volamos, no andamos como el resto de la gente.

No dijo nada, pero por su sonrisa vi que le había molado mi respuesta y me crecí.

—Si quieres puedo llevarte hasta el cielo.

—¿En tu autobús de diez plazas? Lo siento, pero no me gustan los vehículos públicos —me replicó.

Me gustaba su ingenio y su rapidez para contestar, eso me ponía las pilas. Ninguna de las tías que había conocido hasta ahora eran así, tan desafiantes.

—El autobús lo estrellé el día que te conocí. Ahora tengo un BMW esperándote a la puerta —respondí con chulería.

—¡Pero qué fantasma eres!

—Espera y verás.

Me fui hasta donde estaba Poli, le pedí que me diera las llaves y volví junto a ella.

—¿Nos vamos? —dije metiéndoselas en el canalillo.

—De acuerdo —me respondió recogéndolas de modo insinuante.

13.

EL CASTILLO DEL SILENCIO

En la trena paso mucho tiempo en mi celda haciendo ejercicio para contrarrestar la ansiedad que me produce no meterme nada y también leo *El caballero de la armadura oxidada*. Es un gran libro, tenía razón mi padre. Y eso que a mí los libros siempre me han dado un poco de alergia. Recuerdo cuando mi padre se llevaba alguno al Retiro y nos lo leía. Su libro favorito era *El sentimiento trágico de la vida*, de un tal Unamuno. A nosotros nos parecía un peñazo. No entendíamos nada de lo que decía, tan profundos eran los pensamientos. En cambio, nos partíamos el culo de la risa con las anécdotas que mi padre nos contaba de él. ¡Qué personaje el Unamuno aquel! Me hubiese gustado tenerlo de profesor. Resulta que un día se presentó uno de sus alumnos en su casa y le dijo con todo el morro: «Verá, don Miguel, vengo a pedirle un gran favor. Mañana mi padre viene a Salamanca a presenciar mi examen oral y no sé una sola palabra. La verdad es que siento mucho tener que defraudarlo, por eso me atrevo a suplicarle que me pregunte usted una lección convenida que yo me aprenderé esta noche. Luego, usted me hace otras preguntas, y como no las sabré, usted va y me suspende, pero al menos mi padre se irá contento». ¡Menudo morro que le echó el tío! Pero el caso es que a Unamuno le hizo gracia y acordaron el tema diecisiete. Al día siguiente, don Miguel, ya en pleno examen, le ordena muy serio: «Dígame usted la lección diecisiete». Y el tío que va y le responde tan fresco: «No me la sé». Entonces Unamuno, la mar de mosqueado, le susurra: «¿No era esa la lección acordada?». Y el muy *pirao* le responde: «Sí, pero es que al final no ha venido mi padre». ¡Qué jeta! Lo debió de Hipar el tío. Pero era un cachondo mental, no como Pío Baroja, que debía de ser un borde de narices. Nos contó mi padre que el día que ingresó en la Academia uno de los que estaban allí, al observar sus ojos llorosos, le comentó: «Veo que está usted emocionado, don Pío». Pero él, fulminándolo con la mi rada, le soltó: «Lo que me emociona es la conjuntivitis que tengo». ¡Toma corte! Otro día un tipo le preguntó qué le parecía la diplomacia norteamericana y él le respondió: «Los americanos no tienen diplomacia, tienen dólares». Aunque, ya ves, ahí le doy la razón al tío: con dinero, todos te chupan el culo. Sin embargo, a pesar de ser tan borde, su libro, *Zalacaín el aventurero*, nos gustaba más que el de Unamuno, al menos era de aventuras.

Pero el del caballero es otra cosa, me está dando mucho en qué pensar, porque me identifico bastante con él. Yo también he estado metido en mil guerras absurdas y en mil estúpidas conquistas, sin preocuparme de nadie más que de mí mismo. La verdad es que nunca basta ahora

se me ha ocurrido pensar que ese coche o esa tienda que robábamos con tanta alegría les había costado a sus dueños muchas horas de trabajo y sacrificio. Y es que yo, al igual que el caballero, llevo años con una coraza que me impide ver las cosas tal como son. No quise escuchar a mi padre cuando me dijo que su armadura había sido la droga, porque entonces me negaba a creer que yo pudiera estar enganchado. Pero lo cierto es que lo estoy, tanto como el yelmo del caballero. Él se enfadaba con todo el mundo porque no era capaz de abrir la visera para poder comer, como si los demás estuviesen obligados a sacarlo de donde él solo se había metido; exactamente igual que yo, que me agarro cada mosqueo... Pero es lo que tiene la droga, que hace que te cabrees por cualquier cosa.

Y otras veces te sientes débil y cansado, como el caballero de la armadura oxidada cuando cabalgaba por los bosques buscando al mago Merlín. La verdad es que llevo tanto tiempo a base de coca, que la necesito hasta para mantenerme en pie. Ayer, cuando Melón se ofreció a conseguírmela, a punto estuve de caer de nuevo. Me frenó no tener con qué pagársela, bastante tenía ya con la deuda contraída con el Manco. Y también me echó para atrás la carta de mi padre que me había traído conmigo. Cada vez que me daba el bajón, volvía a leerla.

Queridísimos Julio y Migue:

Sé que no he sido un buen padre para vosotros, y esa es una pena que tendré siempre, porque me habría gustado serlo. Pero a veces uno no es capaz de llegar a donde quiere llegar, como si un fuerte vendaval te arrancara del suelo y te lo impidiera. Sin embargo, lo hemos pasado bien las veces que hemos estado juntos los tres. Recordarlas es lo que me mantiene vivo detrás de estos barrotes. ¡Cómo se valora la libertad cuando te ves privado de ella! Aunque en realidad yo no he sido libre desde hace muchos años, ya que he sido prisionero de la droga. Huid de ella, porque solo os traerá la ruina.

En la cárcel he descubierto los libros, y en los libros he encontrado tantas cosas... Te dan sabiduría los libros, porque retratan el alma de las personas, te ayudan a pensar, a reflexionar, a ver la vida desde distintos puntos de vista, a darte cuenta de tus fallos, a descubrir tus propios sentimientos, a buscar tu camino... Si yo pudiera empezar de nuevo con lo que sé ahora, libre de la droga... Vosotros tenéis toda la vida por delante, no la desaprovechéis. Ya sé que nunca os ha gustado el estudio, pero acercaos a los libros, son grandes compañeros. Me gustaría que no dejarais de leer uno que para mí ha significado mucho: *El caballero de la armadura oxidada*. Cuando lo leí me quedé impresionado, como si la persona que lo hubiera escrito lo hubiera hecho después de haber conocido mi vida; ahí está escrita mi propia historia. He tenido puesta una armadura durante tantos años que se me ha llegado a oxidar, y ahora que empieza a derretirse el óxido con las lágrimas que he llorado, estoy detrás de unas rejas, enfermo de sida.

Si os digo todo esto no es para que sintáis lástima por mí, sino para que vosotros sepáis aprovechar la vida y no crezcáis debajo de una coraza que os impida ver las cosas realmente importantes: el amor, la amistad, la familia, el trabajo... Disfrutad de las pequeñas cosas que se os ofrecen gratis cada

día, como la sonrisa de la gente, las caricias, un apretón de manos, los besos, el sol, el agua... Me he dejado deslumbrar por falsos brillos, por tesoros inexistentes y han acabado por cegarme. Vosotros erais mi mayor tesoro y no supe descubrirlo a tiempo, o a lo mejor no podía hacerlo porque estaba preso por mi armadura, la droga.

Dedicaos a hacer deporte, eso os mantendrá apartados de ella. Si yo no hubiera dejado de ir por el gimnasio... Los dos tenéis facultades para ello, al menos es la única herencia que os he podido dejar, no la desaprovechéis.

A lo mejor todavía sois pequeños para estos consejos que os doy y hasta os resultan pesados, pero algún día los entenderéis.

Un beso con todo el amor que no he podido daros.
Vuestro padre.

La carta de mi padre es para mí como el mago Merlitt para el caballero, me siento perdido sin ella.

—Sí, ese es tu problema, Bruslí, que siempre andas perdido.

—Vaya, gracias por darme tantos ánimos, vejestorio. No te meto un *vandal* porque me coges con la guardia baja, que si no...

—¿Si no, qué? ¿Ya estás fanfarroneando? Esa ha sido siempre tu manera de huir de los problemas. Pero esta vez te va a resultar difícil. ¿No has reparado en las rejas?

—Deja tus ironías para otro momento, vejestorio. Lo que yo necesito es un poco de la bebida esa que Merlín le dio al caballero.

—¿Vida? ¿Quieres vida? Vaya, todavía hace poco hablabas de tirarte desde un puente.

—Pues ya no; quiero volver a la resi, con mi hermano, con mis amigos de antes.

—¿No te da miedo volver a decepcionarlos?

—Yo no tengo miedo, nunca lo he tenido.

—No seas tan gallito, sí que lo tienes y lo sabes: el miedo te ha perseguido desde que eras pequeño. Te da miedo mirar dentro de ti, ¿o ya se te ha olvidado? Si empezaste a meterte fue porque temías no ser nadie, un fracasado. Y si empezaste a robar y a irte de correrías fue porque temías no ser tan valiente y poderoso como Poli.

—Vale, me equivoqué: no era valiente ni poderoso ni triunfador; solo era un estúpido que creía que con dinero podías conseguir todo lo que quisieras y que me dejé cegar por una falsa vida de aventurero. ¿Es eso lo que quieres oír?

—No está mal como comienzo.

—Bueno, lo siento, Bruce, pero te tengo que dejar; aún no he metido mis cosas de aseo en la mochila y si me las olvido y tengo que volver solo a la celda después del desayuno, ya sabes lo que podría pasarme. Luego hablamos, me voy corriendo...

Uno nunca llega a acostumbrarse a vivir entre rejas, por eso suelo ir mirando hacia al suelo cuando camino por los corredores, para no verlas. Es horrible sentirse encerrado. Pensar que mi padre se pasó aquí media vida. ¡Juro que nunca más volveré a la trena! ¡Juro que seré una persona honrada! ¡Juro que no caeré de nuevo en la droga!

—¡Eh, tú, *pringao*! ¿No ves por dónde andas? —le grito irritado al que se ha tropezado conmigo. Me fastidia que me haya sacado de mis pensamientos—. Estás atoallado, vas en la otra

dirección.

Es un chaval más o menos de mi edad, pero bastante más bajo y esmirriado. Se ha quedado tieso, inmóvil, esperando mi reacción. Puedo ver el miedo bailando en sus ojos: sabe que soy el protegido de Melón, todo el mundo lo sabe. Eso me coloca en una situación ventajosa.

—Perdona... tío... es que... voy dormido y no sabía ni dónde estaba —se disculpa humildemente.

Soy consciente de que en este instante el chaval haría lo que fuera con tal de evitar meterse en un lío, hasta convertirse en mi esclavo si hiciese falta. Sentir esa superioridad hace que por un instante me sienta tentado a sacar provecho de ello, como solía hacer en la resi con los pringados; pero en seguida me acuerdo del caballero: él también estaba acostumbrado a ir de prepotente por el mundo aplastando ardillas, gente a la que consideraba más débil que él, cuando en realidad eso no suponía ninguna fortaleza, era solo un modo de defensa para que los demás no le hiciesen daño. ¡Maldita armadura! La había llevado puesta tanto tiempo que mis sentimientos se habían oxidado y me había convertido en una mala bestia. Claro que, al menos esta vez, me había dado cuenta. ¿Cómo diablos podía librarme de ella?

Vuelvo a mirar a los ojos al chaval y veo que está muy asustado, esperando mi reacción, implorando clemencia. De pronto siento lástima de él.

—Bueno, tío, no te preocupes, también yo iba distraído —le respondo sonriéndole.

Su mirada de gratitud por mi magnanimidad hace que me sienta contento por no haberle armado la bronca, como sin duda hubiese hecho hace unos días, cuando todavía no me había enfrentado a mí mismo, igual que el caballero.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Vacila unos instantes antes de responder, como si tuviese que pensarlo.

—Pe... pucho... me llamo Pepucho.

Creo que su vacilación era por miedo a que yo me burlara de su nombre; igual que Calimero temía mis chopitos y mis bromas pesadas.

—A mí me llaman Bruslí. Vamos, te invito a desayunar —bromeo dándole una palmada en la espalda.

Nos vamos juntos al comedor y luego a las duchas. Le pregunto cuánto tiempo le ha caído en la trena. El chaval, feliz por mi interés, me cuenta su vida entera. La verdad es que aquí sientes una necesidad muy grande de hablar, de contar tu vida. Yo escucho todas sus miserias sintiendo lástima de él. Su padre los abandonó siendo él muy pequeño y su madre, al igual que la mía, era drogadicta, pero además consentía los malos tratos a los que le sometía continuamente su nueva pareja, un tipo muy violento (todavía tiene cicatrices en el culo y en la espalda de los cigarrillos con los que le quemaba); siempre hay alguien que las ha pasado más putas que tú.

Este encuentro con Pepucho me ha ayudado a darme cuenta de muchas cosas, me ha humanizado; y, como el caballero, estoy ansioso por llegar a descubrir el «Camino de la Verdad». Y es que lo que me sucedió a mí con Pepucho es igual que el episodio que le ocurre a él cuando de pronto se sorprende de que las ardillas hablen. Hasta ese momento ni siquiera las había tenido en cuenta, las ignoraba, por eso era incapaz de oírlas; lo mismo que yo ignoraba las quejas de Calimero, los sentimientos de la gente a la que robábamos, los consejos de los que me quieren... Pero ahora estoy en el buen camino, porque me siento orgulloso de haber sido bueno con Pepucho y de haberlo escuchado. La verdad es que yo siempre he tenido buenos sentimientos, ha sido la

maldita droga la que me ha transformado en un ser despreciable, sin entrañas. ¡Cuánta razón tenía mi padre! La droga es la peor de las armaduras. Y la llevas puesta durante tanto tiempo, que, cuando te quieres dar cuenta, está totalmente oxidada y ya no te la puedes quitar.

Lo que nunca hubiese creído es que dentro de la cárcel uno pudiera tener alguna alegría, pero así es. Aun metido entre barrotes, cada día descubro pequeñas cosas que me alegran la vida y me hacen sentir bien conmigo mismo. Poco a poco, he ido ampliando el círculo de protegidos de Melón; además, aunque parezca raro, he recuperado el placer de comer, como si, de repente, el sentido del gusto y del olfato, al verse libres de la coca, se hubiesen destaponado y hubiesen redescubierto el sabor de los alimentos. Ahora engullo como una lima; en una semana he engordado al menos cuatro kilos, y todos me conocen ya como la *Termita*.

Aunque también se pasa mal. Lo que más me pesa es la soledad de las noches. Cada vez que los guardias nos cierran las rejas de las celdas, me da un escalofrío. Es como si un huracán me pasase por mitad del corazón y me lo dejase vacío. Claro que peor aun es el silencio que viene a continuación del estruendo del cierre; es un silencio espeluznante, que me obliga escuchar el eco de mis propios pensamientos. Eso me asusta, me vuelve loco; jamás me he sentido tan solo.

Al igual que el caballero, estoy venga a dar vueltas dentro del «Castillo del Silencio» sin encontrar la salida ni poderme dormir.

—Eh, Bruce, ¿estás ahí?

—Claro, ¿no me ves?

—¿Qué haces?

—Estoy buscando la puerta para salir de este castillo.

—¿Tú también? ¿Por qué no la buscamos juntos?

—Vaya, ¿ya no soy un vejestorio que tiene que ir al IMSERSO?

—Claro que no, siempre has sido mi ídolo, ya lo sabes, aunque a veces me enfade contigo porque me das la plasta. Pero lo que no entiendo es qué haces tú en este castillo, no deberías estar aquí.

—El silencio es necesario para aprender cosas sobre uno mismo.

—¿Puedo, entonces, ir contigo? Así no me sentiré tan solo.

—No, eso no es posible. Cuando se está con alguien, no se dejan caer las barreras interiores: uno tiende a escudarse tras ellas. El silencio hay que atravesarlo solo, de ese modo puedes escucharte a ti mismo.

—Pero tengo miedo de estar solo, no me gusta la soledad.

—¡Ah, vaya, por fin lo reconoces!

—Bueno, sí, creo que siempre lo he tenido; por eso necesitaba estar rodeado de gente, de ruido, y tomar alcohol y meterme coca...

—Vaya, me alegro de que empieces a acercarte a ti mismo; ahora ya no me necesitas, me marchó. Adiós y buena suerte.

—Bruce, espera un poco más, no te vayas aún...

Durante un rato no oigo absolutamente nada, solo ese silencio aterrador. Luego empiezo a escuchar los latidos de mi propio corazón. Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum. Siempre con el mismo ritmo, como una máquina perfecta, es curioso el cuerpo humano. Y a continuación oigo las voces de mis amigos de la resi, de mi hermano, de Tania... Aun que no estén, las oigo, es curioso. Y revivo cantidad de situaciones en las que lo pasábamos bomba: los partidos de fútbol, la piscina,

las asambleas de los jueves... ¡Menudas las que montábamos! Y es que en la resi somos como una gran familia de distintas partes del mundo, todos colaboran haciendo algún trabajo. Ahora que estoy aquí, me doy cuenta de cuánto echo en falta todo aquello. Durante los últimos años he estado ciego, arrastrado por la mala vida que llevaba, como si no me importara nada ni nadie. Pero ahora los echo de menos un montón, y cuando salga de aquí, quiero volver a acercarme a ellos, escucharles como escucho a los de la cárcel, saber lo que realmente sienten por dentro... Sé que me he portado mal y que he sido muy egoísta, preocupándome solo de mí mismo. Nunca pen saba cómo podía sentirse Calimero cada vez que yo le daba un chopito en la frente; ni cómo se sentía mi hermano cada vez que yo me ponía agresivo por culpa de la droga; ni cómo se sentía Braulio cada vez que tenía que echarme la bronca o sacarme del calabozo en plena noche; ni cómo se sentía Tania cuando me burlaba de ella. Antes no pensaba en nada.

—Porque huías de ti mismo. Tenías miedo a mirarte cara a cara.

—¿Bruce, eres tú, has vuelto?

—No, soy Bruslí.

—Venga, tío, no intentes hacerme el lío. Bruslí soy yo, tú eres Bruce.

—No, soy Bruslí, el auténtico Bruslí, el único Bruslí.

—¿Y cómo es que antes no te oía?

—Porque nunca estabas en silencio.

—Ya... ¿Sabes una cosa? No entiendo cómo he podido hacer cosas tan horribles si yo soy buena gente. Todavía no entiendo cómo me dejé convencer por Poli para atracar la joyería de la Gran Vía. Cuando lo pienso, me siento fatal...

14.

EL GRAN GOLPE

Llevaba tres días sin dormir, a base de coca y emociones fuertes. Nunca me había sentido tan pillado por una chica como con Vane: pensaba en ella a todas horas, en volver a hacerlo, en lo que estaría haciendo cuando no estaba conmigo, en llevarle regalos que la deslumbrasen... Creo que eso fue lo que me llevó a embarcarme en dar el «gran golpe», como lo llamó Poli. Iba a ser en una joyería de la Gran Vía donde los precios de los relojes y las joyas no bajan del kilo. En otro momento me habría parecido una temeridad: en pleno centro, con una comisaría de policía no muy lejos de allí, pero, borracho de adrenalina como estaba, nada me parecía excesivamente arriesgado. Quería conquistar el mundo y ponerlo a los pies de mi chica. La última noche me la había pasado subido a su balcón, igual que Romeo, hablando y besándonos. No quería separarme de ella, pero tampoco me atrevía a entrar en su habitación porque su padre era un cabrón y la tenía muy marcada. Bebía mucho y pegaba a la madre, que se pasaba todo el día currando. Si me encontraba con su hija en su cuarto, seguro que me mataría. También Poli estaba pilladísimo con Maribel, su novia, cada vez más. Nosotros, que lo conocíamos bien, sabíamos que nunca había estado tan pillado por ninguna chica; se notaba en mil detalles, aunque él no quisiese reconocerlo y de vez en cuando le pusiese los cuernos con otras, pero es porque le encantaba hacerse el duro y el fanfarrón, igual que a Mohamed Alí.

—¿Qué, estáis listos? —nos preguntó Poli con su habitual despreocupación, jamás lo veías nervioso.

Y sin esperar a oír nuestra respuesta, pasó a repasar el plan.

—De la maza y el palancazo se encarga Gordini, que tiene más fuerza —dijo clavándome los ojos—; tú, Rata, ya sabes, de las alarmas, como siempre; y nosotros tres a arrasar con todo lo que podamos. Tiene que ser muy rápido y muy limpio. Esta vez llevaremos el viejo Ford Fiesta, nada de coches robados para no despertar sospechas. ¿Está entendido?

—Hablas como un espejo abierto, Poli —dijo el Rata con su risita de castor.

—¡Qué bruto eres, Rata! Se dice como un libro abierto —le corregí.

—Bueno, espejo o libro, ¡qué más da! —protestó—. Y tú, Perchas, deja ya de colocarte el cuello de la camisa, que no vamos a ninguna boda, me estás poniendo nervioso.

Antes de arrancar el coche, nos metimos un tiritito para animarnos. Yo lo necesitaba doblemente: al día siguiente se iba mi hermano y no quería ni pensarlo. Por más que me empeñé,

no hubo manera de quitarle la idea de la cabeza, y esa era la espina que tenía clavada en el alma. ¡Mira que se había emperrado el tío! Yo creo que tenía idealizada a esa señora que decía ser nuestra madre. Según mi padre, su familia es gente buena y trabajadora de Extremadura, no como la suya, que son todos unos mangantes, pero desde luego mi madre no ha salido a ellos. ¿Qué madre con entrañas deja abandonados a sus hijos y vuelve cuando ya son mayores pretendiendo engañarlos con pa labras más falsas que un duro de cartón? ¿Y qué es lo que llevó a mi madre a meterse en la droga? Hay demasiados secretos en mi vida sin descifrar.

—Qué, Bruslí, te veo muy pensativo —comentó Poli.

—Porque está *pillao* hasta las cachas por esa tía —dijo Gordini.

—Te has colado, no estaba pensando en ella —repliqué molesto de que me hubiesen sacado de mis pensamientos.

—Búa, ¿que no? Vamos, Bruslí, confiesa que no puedes sacártela de la chaveta —insistió el Perchas.

—Ni de la bragueta —añadió el bestia del Rata.

—Qué animal eres, Rata —le regañó Poli.

—Si es que rimaba —dijo riéndose con su risita dentada me lo ha puesto a huevo.

—El poeta de la bragueta perdió la chaveta por un par de tetas —añadió Gordini riéndose de su *genialidad*.

—Bueno, ahora la cabeza fría, que estamos llegando —nos advirtió Poli serio. ¿Os acordáis de todo?

—Joder, Poli, que no somos niños de teta —le replicó el Perchas.

—Tiene razón, Poli, ni que fuéramos unos *incodumentados* —añadió el Rata.

Poli, aprovechando el semáforo, se volvió para darle varios chopitos en la frente.

—Indocumentados, Rata, que no sabes ni hablar. Menos mal que con los mecanismos eres un fiero, que si no...

Poli dejó la frase sin acabar, porque ya habíamos llegado y necesitaba toda la concentración para lo que íbamos a hacer. A mí, ver aquellos escaparates, que abarcaban una esquina entera de la Gran Vía y que parecían de otra época, me impresionó bastante, pero en estos casos había que actuar con mucha decisión; así que, antes de que me diera tiempo a pensar nada, ya habíamos saltado la verja de un palancazo y roto el cristal de la puerta con la maza.

Poli, el Perchas y yo entramos corriendo, nos abalanzamos detrás de los mostradores y empezamos a romper las urnas de cristal donde estaban las joyas y los relojes más caros y a meterlos en bolsas de basura y en los bolsillos. Aquello debía de valer una pasta gansa, aunque apenas veía lo que cogía, tal era la velocidad a la que trabajábamos. Pero sí me llamó la atención un collar con un pedrusco verde que tenía en ese momento en la mano y que debía de valer un pastón. Por un segundo imaginé cómo luciría en el cuello de Vane, lo mismo que la pulsera de brillantes a la que acababa de echar el ojo y que hubiese podido coger de no ser porque oímos la sirena de los pitufos.

—¡Vámonos, Bruslí, que ya están ahí los maderos! —escuché la imperativa voz de Poli gritándome desde la puerta.

Salí petado, notando mi pulso como un tambor tocando redobles: en el cuello, en el pecho, en la sien... y la adrenalina chorreando como una gaseosa recién agitada.

Dos coches de la policía subían por Alcalá cagando leches, estaban a punto de llegar, pero Poli nunca arrancaba hasta que estábamos todos y todavía faltaba Gordini, que es más lento que una tortuga coja. De esta Poli lo ponía a régimen, se lo había dicho un montón de veces, que come como un cerdo y le sobra grasa.

El sonido de la sirena me trajo de nuevo la imagen del policía apuntándome con la pistola; era tan real, que me parecía estarlo viviendo de nuevo. Acojona verte con una pistola apuntándote de frente en manos de un tío que te tiene ganas, vaya si acojona. Y como si ese recuerdo fuese una especie de premonición, nada más meterse Gordini en el coche, nos vimos cercados por los dos coches de los pitufos: uno por delante y otro por detrás. ¡Joder, qué putada!

Los maderos que estaban al volante se quedaron dentro del coche y los otros dos salieron y nos apuntaron con las pistolas, cada uno a un costado del coche. Poli pisó el acelerador repetidamente mientras movía el volante intentando salir de la trampa en la que habíamos caído, pero el madero que estaba por su lado rompió el cristal de la ventana con la culata de la pistola, lo agarró del pelo y empezó a menearlo dándole golpes con ella.

—¡Que pares el coche, hijo puta!

Por momentos nos parecía que Poli hubiese perdido el conocimiento: su cabeza era como la de un muñeco de trapo y tenía los ojos en blanco, pero no dejaba de darle al acelerador, como si el pie actuase por su cuenta.

—¡Me cago en tus muertos! —chillaba una y otra vez el madero, desesperado al ver la resistencia que ofrecía Poli.

—Tío, le va a arrancar la cabeza —me susurró el Rata al oído.

Yo estaba paralizado por aquella escena, como me ocurrió cuando mi padre golpeaba a mi madre con la silla en el portal. Esta vez ni siquiera chillé: «¡Déjalo, déjalo, no le pegues!». Tenía la impresión de que me había quedado sin voz.

—Te voy a matar, cabrón —siguió gritando el policía.

A Poli le corría la sangre por toda la cara, lo iba a matar el muy cerdo.

—Poli, déjalo ya, tío —le aconsejé, aunque no estaba seguro de si mi voz se había llegado a oír en alto, porque seguía teniendo la impresión de estar mudo.

Pero Poli, aun medio muerto como estaba, continuaba dándole al acelerador y al volante. Y de pronto, no me digas cómo, porque realmente fue un milagro, consiguió desencajonar el coche, pegarle un acelerón y salir de aquella ratonera cagando leches. Los polis empezaron a dispararnos, y nosotros nos tiramos al suelo unos encima de los otros mientras oíamos silbar las halas que hacían diversos impactos en el coche.

—¡Qué hijos de puta, le han dado a una rueda! —chilló Poli sin dejar de correr.

Me imaginé la llanta echando humo en el asfalto y la carretera sembrada de trozos de neumático. Nunca pensé que el viejo Fiesta pudiera ir a semejante velocidad con una rueda destrozada, pero con Poli al volante todo era posible.

En cuestión de minutos, les habíamos sacado tal delantera, que a pesar del miedo que habíamos pasado y del penoso estado en que se encontraba Poli, nos entró un ataque de risa floja. No podíamos parar de reírnos, nos sentíamos auténticos héroes por haber burlado de aquel modo a los maderos.

—¡Menuda panda de *inestos*! —gritó eufórico el Rata.

—Ineptos, Rata —le corregí—, a ver si aprendemos a hablar.

—Me has entendido, ¿no? Entonces qué más da.

—A estos les han regalado las pistolas en una tómbola —comentó Gordini.

—Búa, ya te digo, y el carné de conducir —añadió el Perchas levantándose de nuevo el cuello de la camisa y repeinándose el pelo, qué tío más presumido, hasta en momentos como este se preocupaba de su percha.

Cuando tuvimos la seguridad de que los maderos **nos** habían perdido la pista, dejamos el viejo Ford y lo cambiamos por una Audi azul, más acorde con nuestro nuevo estatus de millonarios.

—¡Joder, tíos, esto vale una pasta gansa! —gritó Gordini emocionado, sacando las joyas de la bolsa a puñados.

Yo no hacía más que pensar en cómo estaría Vane completamente desnuda y solo cubierta por todas esas joyas. Estaba borracho de la euforia y de los tres días sin dormir, metiéndonos una raya tras otra. Sin embargo, al llegar a un chalet abandonado y medio derruido, donde vivían ahora Poli, el Rata y el Perchas, me sentí un poco decepcionado. ¡Vaya mierda de relojes! Serían todo lo carísimos y buenísimos que tú quieras, pero no molaba llevarlos en la muñeca como los Tag Heuer.

Cada uno nos quedamos una joya de las menos ostentosas para regalárselas a nuestras respectivas chicas y el resto decidimos vendérselo al Escorpión. Yo elegí para Vane una sortija de oro ancha con tres brillantes pequeños incrustados.

Luego, el Rata se fue a una farmacia a por agua oxigenada y unas tiritas de esas que hacen el mismo efecto que si te dan puntos, para curar la herida en la cabeza de Poli, que, por suerte, resultó mucho menos grave de lo que parecía en un primer momento. En cuanto le pusimos la tirita, paró de sangrar.

Durante un buen rato estuvimos comentando las incidencias de la noche y gastando bromas sobre la torpeza de los maderos, hasta que desgastamos el tema más que un guardia las suelas de los zapatos; entonces Gordini y yo decidimos marcharnos a la resi, para que Braulio no se mosquease con nosotros, ya que llevábamos tres días sin aparecer por allí. Los otros tres se quedaron en el chalet, donde de momento y mientras no encontrasen algo mejor tenían instalado su cuartel general; y es que, a pesar de disponer de dinero, al no tener una nómina, nadie les quería alquilar una casa.

15.

DE LUNA DE MIEL

Al llegar a la resi, Gordini y yo teníamos tal descarga de adrenalina, que nos resultaba imposible dormirnos por la excitación. La única manera de poder hacerlo era metiéndonos un buen pelotazo de alcohol, era lo único que nos ayudaba a conciliar el sueño cuando estábamos hasta arriba de coca y de emociones fuertes. Así que, burlando al educador de noche, decidimos hacer una incursión por la cocina, donde sabíamos que guardaban las botellas de vino.

Allí nos pillamos una para cada uno y nos la soplamos de una tacada. Luego nos fuimos a nuestros respectivos cuartos a dormir. Yo no me encontraba muy bien, me sentía bastante mareado, pero pensé que durmiendo se me pasaría. Sin embargo, nada más entrar en la habitación, empecé a notar que todo daba vueltas a mi alrededor, y mi estómago giraba como los tiovivos de las ferias. Era horrible. ¡Menuda porquería de vino!

Caí en la cama desplomado. Ni siquiera fui capaz de levantarme para ir al baño cuando sentí una tremenda arcada que me subía a la boca a la velocidad de las balas. Ladeé la cabeza hacia el suelo y solté toda la pota, un revoltijo de vísceras malolientes. Me encontraba tan mal, que ni me moví de la cama. La garganta me quemaba como si me la hubiesen fregado con aguarrás y tenía la frente ardiendo; seguro que tenía mucha fiebre.

—Eres un despojo humano, tío. ¿Y tú eres el que pretendes cuidar de tu hermano?

—Déjame en paz, Bruce Lee, no estoy para charlas.

—Eso ya lo veo, te estás buscando la ruina, igual que tus padres.

—Qué cabrón, Bruce, eso ha sido un golpe bajo.

—Ya lo sé, pero ni siquiera puedes devolvérmelo. Mírate, pareces un pelele. ¿Hasta dónde piensas llegar con toda esa mierda que te estás metiendo? No eres mejor que tu madre.

—Y tú eres un miserable cobarde, que aprovechas que estoy con la guardia baja para golpearme donde más duele.

—Estás arruinando tu cuerpo.

—¡Pero qué dices, tío, no te pases! Solo es un desfase. Mañana volveré a la normalidad. Voy a estar toda la semana sin meterme nada.

—La semana pasada dijiste lo mismo.

—Es por lo de mi hermano, Bruce, no quiero que se vaya, ¿qué voy a hacer sin él? Es mi única familia.

—¿Y crees que esta es la mejor manera de retenerlo? Míralo a él, cuida su cuerpo, no como tú, que pareces una marioneta.

—Te juro que mañana vuelvo al gimnasio, Bruce, te lo juro. ¿Crees que Vandán se quedará si le prometo ir con él todos los días?

—¿Cuántas veces se lo has prometido?

—Sí, ya lo sé, soy un cantamañanas, pero esta vez es de verdad, Bruce, me encuentro fatal, me estoy muriendo, todo me da vueltas... ¡Aaaggg! ¿Qué es eso, Bruce? Me está subiendo una serpiente por las piernas. ¡Socorro, que alguien me ayude! ¡No, no, no me lleves, asquerosa! ¡No quiero irme contigo! Sabía que eras una impostora, que no eras mi madre. Por fin te he desenmascarado, no eres más que una serpiente... No me abogues... aaaagh...

—¿Qué pasa, Bruslí, tienes una alucinación? ¿Por qué no me has llamado? ¿Cuánto tiempo llevas así? Estás hirviendo, tío, tienes mucha fiebre. Voy a buscar a Braulio. Pero antes voy a limpiar toda esta mierda del suelo, que no vea lo cocido que viniste anoche.

—Vandán... ¿eres tú? ¿Has visto la serpiente? Cuidado con ella, te va a morder. Tú creías que era nuestra madre, pero es una serpiente, mírala, Vandán. ¿Ves como yo tenía razón? No dejes que te lleve...

—Tranquilo, Bruslí, no me voy a ir con ella, me quedo aquí contigo. Anda, bebe para que se te quite la alucinación.

En medio de lo mal que me encontraba, oír aquello fue un alivio, aunque no estaba seguro de si lo decía solo por tranquilizarme.

—¿De verdad, Vandán, dices en serio lo de quedarte?

—Sí, tío, lo he estado pensando bien. Esta noche apenas he dormido. Creo que tienes razón, que no le importamos una mierda a nuestra madre. ¿Por qué diablos no me ha llamado en toda la semana? Me prometió que lo haría, pero no ha cumplido su promesa. Y después de tantos años, ni siquiera nos trajo un regalo. Al menos podía habernos dado mil pelotas, como el billete que nos dio papá en aquella boda cuando yo tenía siete años y tú ocho, ¿te acuerdas? No parábamos de cantar imitando la canción de «Tan lejos»: «Talego, talego en la inmensidad...».

—¡No sabes qué alegría me das, Vandán! Te juro que voy a ir al gimnasio contigo todos los días, voy a volver a entrenar, te lo juro. Y un día montaremos los dos nuestro propio gimnasio, ¿a que sí, Vandán?

—Yo también me alegro de tenerte, tío. Tú eres mi única familia. No sé qué me ocurrió el otro día cuando vino esa señora, supongo que la idealicé, no quería ver la realidad. ¡Tenía tantas ganas de tener una madre como los demás! Pero una madre no se comporta así con sus hijos, tenías razón. Y los besos que me dio de despedida fueron muy fríos.

—Fríos y viscosos, como su piel de serpiente... Ya está ahí de nuevo, Vandán, no dejes que se me suba, quítamela... Aaggggh...

—Tío, estás delirando de la fiebre que tienes. Espera, que te pongo una toalla con agua fría mientras voy a buscar a Braulio. ¿Estás mejor así? Júrame que no vas a volver a meterte más mierda de esa, Bruslí, júramelo.

Le juré a mi hermano que no volvería a meterme. Pero una vez que se me curaron las anginas, volví a las andadas con mis colegas. Aunque sí cumplí, en cambio, la promesa de volver al

gimnasio. El entrenador se alegró mucho de verme a pesar de estar tan bajo de forma, y yo me alegré de volver a entrenar a pesar del sacrificio diario que suponía esa disciplina. Y es que entre las correrías con mis colegas y las noches que pasaba con Vane en el balcón, apenas me quedaba tiempo ni para dormir. Me mantenía gracias a la coca, pero, aun con todo, me compensaba. Por un lado, me hacía estar más unido a mi hermano y, por otro, suponía recuperar mi viejo sueño de ser campeón de Europa de taekwondo y poder llevar una vida digna. Además, a Vane le molaba lo cachas que me estaba poniendo. La verdad es que entre el dinero que manejábamos, la novia, mis colegas, mis sueños y mi hermano me sentía en la cima del mundo.

Pero Braulio no lo veía del mismo modo, y tenemos continuas peleas. Con él mantenía una relación de amor-odio. A veces lo entendía, sobre todo cuando lo tenía lejos; en el fondo, era consciente de que conmigo estaba siendo más indulgente de lo que lo había sido con Poli, el Rata y el Perchas (a lo mejor veía en mí algo que no veía en ellos). Pero otras, no lo podía ni ver, porque me daba la chapa demasiado a menudo y al final yo reventaba. Por eso trataba de evitarlo y, cuando me mandaba a buscar, casi siempre lograba escaquearme.

Estaba ya con medio cuerpo fuera de la ventana, a punto de largarme para ir a ver a Vane, cuando oí la voz de Braulio:

—¿Hasta cuándo crees que voy a aguantar que sigas haciendo lo que te da la gana?

Me dio mucha rabia que me sorprendiera en plena fuga y salté rabioso:

—Soy joven y estoy en edad de salir —le respondí.

—Te estás yendo por un camino muy peligroso, Julio, y yo ya no puedo hacer nada por ti, así que lo mejor es que no vuelvas a la resi.

—No, Braulio, no puedes hacerme esto, te juro que será la última vez; es que be quedado con Vane y no puedo dejarla plantada.

—Tus juramentos han dejado de tener valor, Julio, me has decepcionado. Creía que tú serías diferente, porque en el fondo eres un buen chico y por eso te he dado mil oportunidades, pero se acabó. Poli es una mala influencia para ti y no te das cuenta.

—Es mi amigo.

—Un amigo no te lleva por el camino de la droga y de los robos. ¿Sabías que está en busca y captura?

Eso me tocó mucho la moral.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer vino la policía por aquí. Les dije que ya no estaba en la resi. Así que ya se lo puedes advertir, porque, como le pesquen, le van a caer un montón de años. ¿En qué estáis metidos, Julio? ¿No habrás ido con él a la joyería hace cosa de quince días? No me rehúyas, mírame a los ojos.

—Déjame en paz, yo no sé nada de eso.

—Está bien, pero, si sales por esa ventana, no vuelvas. Si quieres tirarte a la mala vida, vas a hacerlo con todas sus consecuencias, yo ya no puedo hacer nada por ti.

Como todas las noches, Vane había dejado la ventana del balcón abierta por si yo aparecía. Antes de despertarla, me quedé un buen rato mirándola embobado: era guapa hasta durmiendo, podía adivinar sus formas de sirena bajo la sábana. Por fin me decidí a darle un beso en los labios, como si fuera su príncipe y ella mi princesa.

—Hola, Bella Durmiente, tengo fuera un coche para llevarte conmigo hasta mi nueva mansión.

—¡Bruslí, eres tú! ¡Qué bien que hayas podido venir, tenía muchas ganas de verte! Ya pensé que no venías.

Cuando me miraba con esa cara, me entraban ganas de meterme con ella en la cama y hacer el amor allí mismo.

—A partir de ahora voy a vivir en el chalet, con Poli y los otros, y quiero que hoy sea nuestra primera luna de miel.

—¿Te han echado de la resi?

—Sí, pero me da igual, así viviremos cada día una luna de miel.

—No seas tonto, si no estamos casados.

—¿Y qué? Para mí es como si lo estuviésemos. Necesito hacer el amor contigo a todas horas, todos los días.

—¿Y mi padre?

—Arriégate, venga, nunca lo hemos hecho por la noche. Seguro que ni se dará cuenta, pensará que estás durmiendo.

—Bueno, vale. Pero me traes de vuelta antes de que amanezca.

Esa noche lo hicimos sin condón, porque no teníamos y no era cosa de cortar el rollo; además, disponíamos de poco tiempo. Ya de madrugada volvimos a hacerlo antes de llevarla de vuelta a su casa.

Cada vez me costaba más despedirme de ella. Cualquiera día me encontraría su padre subido al balcón y me liaría una buena. Vane nunca había hecho tantas locuras por un chico hasta que me conoció a mí. Claro que tampoco yo había estado tan pillado por una chica como por ella: todas las horas del día eran pocas para estar a su lado. No sé qué tenía su piel para necesitarla de ese modo; las demás ya no me hacían gracia y sólo pensaba en llenarla de regalos: cadenas de oro, sortijas, pulseras, bolsos, ropa de marca, un móvil... Me encantaba ver la cara de sorpresa que ponía y la admiración que le provocaban los robos y las movidas que teníamos. No quería que mirase a ningún otro chico más que a mí. Me gustaba deslumbrarla con mis hazañas, ganar puntos a sus ojos, que, al compararme con los demás, saliera yo siempre el vencedor absoluto. Y eso que en algunas ocasiones me sentía inseguro, porque le gustaba darme celos y meterme caña, tenía contestación para todo. Pero eso hacía también que nunca me aburriera con ella; al contrario, me creaba adicción. Por eso no me importó demasiado que Braulio me echase de la resi, casi era mejor así: algún día conseguiríamos millones en algún robo y me iría a vivir con ella. Entonces tendría la familia que nunca había tenido.

16. TANIA

El mes que pasé en la cárcel terminó de darme el empujón que necesitaba para comprender que tenía que dejar de una vez por todas la vida que llevaba. Por nada del mundo quería volver allí, no había nada peor que verte privado de tu libertad: siempre controlado como un animal en un zoológico, siempre con miedo a que alguien te hiciese una faena gorda, siempre pendiente de verlas venir, escaqueándote de peleas que podrían retrasar tu salida. Aunque también tuvo su parte positiva, y es que si no hubiese estado allí encerrado, seguramente habría continuado metiéndome coca y sintiéndome basura.

En realidad la cárcel fue para mí lo mismo que para el caballero el «Castillo del Silencio». Al igual que él, yo había empezado a entender algunos de los secretos que había en mi vida, y mi armadura se estaba empezando a desoxidar. Por eso lloré al despedirme de mis amigos, sobre todo de Ahmed y de Pepucho, porque me había hecho más sensible a los sentimientos ajenos. Me daba mucha pena dejarlos allí, entre rejas. Esta vez no era como cuando me despedí de mi hermano, que lloraba porque no quería separarme de él, porque lo necesitaba, porque estaba aterrado de que me encerrasen en la trena. No, esta vez lloré porque me daba pena por ellos, porque tengo buenos sentimientos.

Salir de la cárcel me produce una sensación muy fuerte, como si quisiese comerme el mundo de un bocado, igual que la primera vez que salí del calabozo. Aunque en esta ocasión hay algo diferente, y es que también tengo miedo. Miedo a sentirme perdido ahí fuera, a no encontrar mi lugar, a necesitar mi vida anterior. Porque entonces volvería a caer.

Al llegar a la resi, me invade una agradable sensación de familiaridad, la de sentirme en casa. Nunca me había parecido un lugar tan bonito como ahora: los distintos edificios bajos, con sus tejados verdes, los jardines con los árboles en flor, la piscina, los campos de deporte... No se parecía nada al edificio mazacote y gris de la cárcel, lleno de rejas. Me siento inmensamente feliz, aunque me extraña no ver a nadie por ahí; únicamente a Calimero, que está en la entrada, a cargo del teléfono. ¡Qué putada! Al menos contaba con que estaría mi hermano para recibirme.

—¿Qué pasa, tío, dónde está la gente? —le pregunto decepcionado.

Él, inconscientemente, se protege la frente con el brazo; seguro que piensa que le voy a dar un chopito.

—Que no, tronco, que no te voy a dar, que vengo reformado —digo dándole una cariñosa palmada en la espalda.

Justo entonces empiezan a salir chavales de distintos escondites con gritos y pancartas. El recibimiento me pilla tan de sorpresa, que me quedo sin habla; pero cuando ya se ponen a cantar: «Es un muchacho excelente», me emociono y me echo a llorar como un crío. Tantos años sin hacerlo y ahora parezco un grifo. ¡Qué vergüenza!

Mi hermano me da un abrazo. Cada día está más cachas el tío, cualquiera le tose encima.

—Bienvenido a casa, tronco. Ya no nos vamos a separar más, ¿eh? Eso que te quede claro: se acabaron las vacaciones en ese *hotel de cinco estrellas*.

—Nunca más, Vandán, te lo juro. El libro de *El caballero de la armadura oxidada* me ha ayudado mucho, me he dado cuenta de un montón de cosas. Me voy a dejar de gilipolleces, tío, quiero ser una persona nueva, ¿sabes? He cambiado y me alegro de estar aquí.

—Ahora eres jefe de planta, Bruslí —me anuncia Braulio dándome un abrazo—, así que a ver qué haces.

Su confianza me vuelve a emocionar. Eso es lo que más necesito ahora, que la gente confíe en mí, que me crea capaz de ser una persona nueva.

—Gracias, Braulio, esta vez no te voy a fallar, te lo juro.

En el comedor, donde me han preparado una fiesta-sorpresa, todos se lanzan como fieras sobre los embutidos, las patatas fritas y demás, y se olvidan de mí; es el sello de marca de los chavales de la resi: no dejar ni un solo cacahuete en los platos. Tampoco yo me quedo atrás y jalo lo mío. Somos una plaga de termitas devorando, tendrían que vernos los de la cárcel.

—Tío, que te vas a atragantar, deja un poco para los demás —me dice Winston, un chaval de Guinea muy majo.

Y los dos nos hacemos la competencia a ver quién engulle más y más deprisa; hasta que únicamente quedan los huesos de las aceitunas. Entonces todos se ponen a armar bulla lanzándose los unos a otros como si fuesen proyectiles. Y de pronto, no sé por qué, me siento desplazado, como si a mi alrededor se hubiese creado un vacío y yo no perteneciese a ese entorno. Creo que echaba de menos cuando iba con Poli y los otros. ¿Por qué diablos seguía pensando en él después de lo que había pasado? Había tantos misterios en mi vida. Tenía que estar muerto y no lo estaba... Joder, debería de estar contento. Sin embargo, por más esfuerzos que hacía por integrarme en el mogollón de chavales, no conseguía pasármelo bien. Supongo que necesitaba meterme un tiritito o tomarme unas copas para ponerme a tono con ellos.

Tania, la chica rusa que siempre está diciendo que se va a casar conmigo, viene corriendo hacia mí y me agarra del brazo.

—Ven, que te voy a enseñar una cosa.

Es como un torbellino, pero yo me dejo arrastrar porque no me apetece continuar ahí. Así que la sigo por el jardín preguntándome a dónde diablos me lleva. En un momento dado, me suelta la mano y se pone a dar volteretas laterales, una tras otra. Está loquísima. Por fin se para y me pregunta:

—¿A que te ha molado?

—¿Era eso lo que querías enseñarme?

Pero, como no me responde, añado:

—Para entrar en el equipo de gimnasia de la selección española estás un poco verde, pero a lo mejor te dan una oportunidad en el circo, con los payasos.

—Anda, ayúdame a subir al muro —dice ignorando mi ironía.

—¿No pretenderás escaparte? Ahora soy jefe de planta, no me pongas en un aprieto.

—Que no, tonto, tú súbeme y ya verás.

—¿Me juras que no te vas a escapar?

—Que sí, te lo juro.

Una vez que está arriba, se pone a dar saltitos y a levantar la pierna como si fuese una equilibrista. Me quedo mirándola embobado, ha crecido mucho y parece una modelo; además es guapísima: rubia, de ojos verdes y piel morena. Sin querer, me acuerdo de Vane, odio acordarme de ella, porque entonces vuelve a aparecer el Bruslí que no me gusta. Ese Bruslí que trataba de conquistarla a base de regalos y de impresionarla con falsas hazañas, como si no fuese capaz de ganarme el cariño de nadie por mí mismo. Eso me entristece, y creo que Tania se da cuenta.

—¿A que no eres capaz de hacerlo tú, Bruslí? Ven, sube aquí conmigo.

—Estás loca.

—Por eso te gusto, porque tú también lo estás.

—¿Te he dicho yo que me gustas?

—No hace falta, se te nota por cómo me miras.

—Si eres una cría.

—Ya no, tengo dieciséis años.

—Pero yo diecinueve.

—Anda, sube, que te enseño un secreto.

—A ver, ¿qué secreto? —le pregunto encaramándome.

Entonces vuelve a ignorar mi pregunta y se pone a andar por el muro a toda pastilla, es buena equilibrista.

—A ver si me pillas.

—Estás loca.

—Eso ya me lo has dicho.

—Pues te lo vuelvo a decir.

—¿Sabes de qué está hecha la luna? —dice señalándola—. De leche de cabra, ¿no ves que es como un queso grande?

—Tú sí que estás como una cabra, anda, ven aquí, que te vas a caer.

—Si me das un beso, voy.

—¿Sigues dibujando en las puertas de los baños corazones con tu nombre y el mío?

—Ya no.

Su respuesta me decepciona.

—¿Así que ya no nos vamos a casar?

—Ahora los dibujo en los árboles, ¿no los has visto? En todos hay un corazón con nuestros nombres.

—¿Cómo puedes estar tan loca?

—¿Sabes? Aquí arriba tengo la sensación de que aún estoy en Armenia, en las montañas. Me gusta ver el horizonte, sobre todo, las puestas de sol.

—¿Tanto lo echas de menos?

—Un montón. Allí vivía feliz con la familia de mi madre.

—¿Y por qué te viniste a España?

—Me trajo mi padre, fue una putada. Cuando me lo dijo, me hizo mucha ilusión, porque él vivía en Moscú y apenas lo veía; además, viajar tan lejos me parecía una aventura fabulosa, pero al poco de llegar aquí, ya me quería volver.

—¿No te llevas bien con él?

—No es eso, pero es que siempre estaba sola en casa y, como me aburría, empecé a hacer locuras, hasta que mi padre se hartó y me dejó venir a la resi. Al menos aquí siempre estoy con gente, como en Armenia, que estaba con todos mis primos, éramos un montón.

—Me parece que tú también huyes del «Castillo del Silencio».

—¿Y qué castillo es ese?

—Uno en el que he estado yo.

—¿La cárcel?

—No, uno tan silencioso que hasta oyes tus propios pensamientos en voz alta.

—¿Y los besos, puedes oírlos en tu castillo? —dice plantándome uno con el que casi me hace perder el equilibrio. A punto hemos estado de caer al suelo.

—¿Tú estás loca? ¿Quieres que nos matemos?

—¿Sabes cuántas veces me has llamado loca? ¿Es que solo conoces esa palabra?

—¿Por qué estás empeñada en casarte conmigo?

—Porque me gustas, ya te lo he dicho.

—¿Porque soy como Poli?

—No, tú no eres como él. A mí Poli no me gustaba.

—A todas las chicas les gustaba Poli.

—Pues a mí no; a mí me gustas tú, siempre me has gustado.

—¿Entonces no te gusto porque soy como él?

—No, ya te he dicho que no eres como él, tú tienes tu personalidad.

Me gusta oír eso, siempre pensé que me faltaba personalidad.

—¿Y cómo es mi personalidad?

—Pues... estás tan loco como yo. Y eres divertido. Y guapo. Y fuerte. Y tienes un gran corazón...

—¿Cómo puedes decir eso cuando he estado en la cárcel y todo lo demás?

—Eso no tiene que ver, a la cárcel va gente buena y gente mala. Tú has ido por culpa de la droga, pero ya no vas a meterte más mierda de esa.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque yo voy a ser tu ángel guardián.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te ha dado ese cargo?

—¿Ves aquella estrella, la que está cerca de la luna y brilla más que las otras? Ella me lo ha dicho, que sea tu ángel guardián. Venga, mírame a los ojos a ver quién aguanta más la mirada — dice sentándose a caballo sobre el muro, frente a mí.

—Tienes unos ojos muy bonitos.

—Así no vale, hay que estar callados. Y tampoco vale reírse, hay que estar serios —añade al ver que me río.

Mirándola tan de cerca, empiezo a verla de otro modo. Ya no es esa niña pequeña que se reía cada vez que me veía y me tiraba del pelo. De pronto siento ganas de besarla en los labios, son muy carnosos y provocativos.

—Has perdido, no vale dar besos —dice cuando me aparto de nuevo de ella.

—¿No querías que te besara?

—Sí, pero no estaba preparada, me pillaste por sorpresa.

—Vaya, la próxima vez te lo anuncio con un día de antelación, ¿crees que será suficiente?

—Es que puedo besar mejor, como esas táticas mayores con las que sales.

—Tus besos son mucho mejores que los de ellas.

—¿En serio? Pues ayúdame a bajar.

—Vale, espera que bajo yo primero y te cojo.

Nada más poner los pies en tierra, echa a correr hacia la resi como si la persiguiesen.

—¡Eh!, Tania, ¿adónde vas tan deprisa?

—A decirles a mis amigas que eres mi novio —chilla.

Nunca he conocido a una chica tan loca como ella, pero me parece que me empieza a gustar. Me hace gracia ese amor tan persistente y esa convicción tan firme de que va a casarse conmigo.

De camino a la resi me voy fijando en todos los árboles. Efectivamente en cada uno de ellos ha grabado con una navaja un corazón con una flecha y ha escrito nuestros nombres. Entonces vuelvo a acordarme de cuando estaba con Vane. ¡Qué distinta es Tania de ella!...

17. AL LÍMITE

Tan pronto una semana nadábamos en dinero, como a la siguiente no teníamos ni para comer porque nos lo habíamos fundido todo en coca. Claro que eso no nos preocupaba lo más mínimo, ya que teníamos nuestro propio sistema de despensa. Cuando teníamos hambre, esperábamos a que el camión de la basura vaciara los contenedores; entonces, cogíamos un par de ellos y nos íbamos calle abajo hasta Ruipan, una tienda de alimentación en la que estaba chupado entrar: no había más que darle una patada a la puerta, y se abría. Una vez dentro, llenábamos los dos contenedores de alimentos varios y nos los llevábamos para el chalet. Lo peor era lo de no tener agua para ducharnos, pero lo hacíamos en la resi sin que Braulio se enterase, colándonos de noche por la habitación de mi hermano. Por lo demás, quitando algún que otro susto con los maderos, la vida nos sonreía. Y eso nos hizo coger un exceso de confianza; cada vez nos atrevíamos a más, sobre todo Poli. Le tocaba un pie estar en busca y captura. Un día que iba yo con él en el coche, llegó incluso a parar a un municipal (lo reconoció a pesar de que iba de paisano), justo cuando estaba cruzando un paso de peatones; y el muy pirado, asomando la cabeza por la ventanilla, le dijo: «¡Eh, tú!, ¿no sabes quién soy yo? Pues mírame bien porque no me vas a volver a ver». El madero, al principio no lo reconoció, pero luego se dio cuenta de quién era y se quedó Hipado. También yo, ¡qué huevos le echaba el tío! Lo malo fue que el policía sacó una libreta y apuntó la matrícula del coche, que justamente era del padre de su novia. Se lo había dejado para que le echase un vistazo al motor, porque Poli entiende mucho de coches. Le dije que se estaba buscando la ruina, pero no me hizo caso. Dijo que para poder con él se necesitaba al cuerpo entero de la policía y la guardia civil juntos. ¡Qué fantoche! Igualito que Mohamed Alí, siempre fanfarroneando: que si podía hacer esto, que si podía hacer lo otro... Según nos contó mi padre, un día un amigo suyo le preguntó: «¿Y qué tal se te da el golf?». «También soy el mejor, simplemente todavía no he jugado», le respondió. ¡Menudo fantasma! Pero la verdad es que yo también me sentía un ser poderoso, una estrella de *rock*. Me parecía que andaba dos pasos por encima del resto de los mortales y que nada podía sucederme. Sin embargo, me equivoqué. Nunca sabes en qué momento algo o alguien va a poner patas arriba tu vida. Y eso fue lo que sucedió con Vane.

Íbamos ella y yo abrazados por la calle, cuando al doblar una esquina, nos encontramos frente a frente con Raquel. ¡Vaya susto me di! Ni me había vuelto a acordar de ella.

Mi primera reacción fue la de cruzarme de acera, pero ya no me daba tiempo y, aunque me lo diera, ella habría venido detrás. Además, su actitud desafiante, plantada delante de nosotros, no me dejaba muchas opciones. ¡Qué mala pata! Justo ahora que nos iban tan bien las cosas.

—Adiós, Raquel —dije haciendo el intento de seguir adelante, en vista de que su presencia era inevitable.

Pero ella me agarró del brazo.

—¿Cómo que adiós? ¿No decías que esta tía no te interesaba lo más mínimo, que era una guarra que se te tiró encima en la discoteca?

En ese momento hasta creo que no me hubiese importado que me atropellase un coche o que me cayese una bomba encima. Cualquier cosa con tal de desaparecer de allí.

—¿Has dicho eso de mí, Bruslí? —saltó Vane muy enfadada.

Como siempre que me pongo nervioso, me vino uno de mis famosos bloqueos y me quedé en blanco. Sabía que tenía que defenderme, responder cualquier cosa, pero no podía hacerlo, estaba totalmente bloqueado.

—Claro que me lo dijo; hace unos días, cuando nos volvimos a enrollar —asintió ella.

Me parecía estar viviendo una pesadilla; una de esas en las que te encuentras totalmente paralizado y, por más que quieres, no te puedes mover ni gritar ni nada.

—¿Te has enrollado con ella desde que estamos saliendo? ¿Y me has llamado guarra? ¿De verdad has podido decir eso de mí?

Eran demasiadas preguntas a la vez, no me daba tiempo ni a responder, tan enfadada estaba Vane y tan bloqueado estaba yo. De pronto empezó a correr, y yo detrás. Menos mal que pude moverme para ir tras ella. Tenía que darle alcance y explicarle que aquello no era cierto, pero la voz de Raquel se alzaba por encima del ruido del tráfico:

—Te está engañando, como a mí, no te creas nada de lo que te diga.

Me hubiese gustado retorcerle el pescuezo a esa zorra, pero era más urgente hablar con Vane, explicarle la situación, sincerarme con ella.

Por fin conseguí darle alcance, ¡cómo corría la tía! Y eso que llevaba tacones.

—Vane, para, por favor, escúchame. Es mentira lo que te ha dicho esa tipa, ¿no ves que está loca? Solo quiere vengarse porque no quiero nada con ella.

—¿Y por qué no lo has negado delante de ella?

—Porque no me has dado tiempo, has salido corriendo.

—Tuviste tiempo de sobra, pero no lo negaste porque era verdad y no te atreviste delante de ella. ¿Te crees que soy tonta?

—Es verdad que me enrollé con ella, pero solo una vez y no estábamos saliendo todavía.

—¿Y por qué no me lo contaste? Me dijiste que no la habías vuelto a ver desde que coincidimos aquella vez en la discoteca. ¿Cómo voy a creerte?

—Créeme, por favor, estoy loco por ti.

—¿Sí, verdad? Y a la primera de cambio, me la pegas con otra y encima me llamas guarra.

—Eso sí que no, te juro que nunca te llamé guarra, fue ella quien lo hizo.

—Pues ella dijo muy segura que habías sido tú.

—Porque está paranoica. También va diciendo por ahí que soy su novio y es mentira.

—No sé, Bruslí; no sé qué líos te traes con esa chica, pero estoy un poco harta de todo este asunto.

—Por favor, Vane, sabes que me muero por tus huesos, que pasaría todas las noches en tu halcón. Te has metido dentro de mi piel y ya no puedo sacarte, ni quiero. Te traería la luna si me la pidieses.

—¿Sí?, pues ya estás llamando a la NASA a ver si puedes desengancharla del cielo. Ah, y por cierto, que sea luna llena, es como más me gusta —dijo librándose de mi mano y echando a correr.

Sentí una impotencia enorme. ¿Cómo podía Raquel haberme hecho esto, cómo podía ser tan cabrona? ¿Y qué podía hacer yo para volver conquistar a Vane? ¡Qué putada! Con lo bien que nos iba...

Llegué al chalet bastante desmoralizado y me encontré a Poli tan furioso como si tuviese la rabia. Deduje que se había puesto hasta arriba de coca. Me asustaba un poco su agresividad, nunca le había visto así.

—¿Qué pasa, Poli?

—Los maderos han ido a ver al padre de Maribel. Le han dicho que soy un sinvergüenza y un ladrón, y que me están buscando desde hace cuatro años. ¡Me cago en su estampa! Ella me ha dicho que ni se me ocurra aparecer por su casa, que su padre me mata. De momento no puedo verla. No sé qué voy a hacer, tío.

—Seguro que en unos días se les ha olvidado. O mejor, ¿por qué no vas y hablas con los padres de Maribel? Con vécelos de que se han equivocado de persona, de que no es a ti a quien buscan.

—Si hasta les han enseñado una foto mía, macho, no sé cómo la han conseguido.

—¡Qué putada! También yo he tenido una buena con Vane: nos encontramos a Raquel, que se puso a decir mentiras para liar las cosas, y se cogió un cabreo que no veas.

—Pues sí que estamos jodidos los dos.

En ese momento sonó mi móvil. Tenía la esperanza de que fuese Vane queriendo hacer las paces, pero era mi hermano.

—Bruslí, tío, que me han cogido para hacer un pase de modelos.

Esa noticia me alegró un montón, aunque me hubiese alegrado más cualquier otro día, no estaba yo para muchas fiestas.

—¡Enhorabuena, chaval! Ya sabía yo que tú valías para eso. Dentro de poco te vemos en la portada de una revista y en las vallas. ¡Anda que no vas a ligar ni nada!

—¿Te pasas por aquí para ir juntos al gimnasio?

—Eloy no puedo, tío; Poli está deprimido, porque la pasma ha ido a hablar con los padres de su chica para malmeterlos contra él y que le dieran pistas sobre su paradero. Y yo he tenido una movida con Vane. Pero te juro que mañana voy.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Vais a dejar el chalet?

—De momento no, porque los padres no saben dónde para Poli.

—Bueno, andaos con ojo, y dale recuerdos de mi parte; dile que no se preocupe, que si no lo han pillado en cuatro años, no lo van a pillar ahora.

—Adiós, Vandán, y enhorabuena otra vez, tronco, que me alegro un montón.

Esa noche el Poli y yo nos agarramos una moña monumental. Cuando llegaron a casa el Rata y el Perchas, nos encontraron desnudos a cuatro patas, haciendo el gorila por toda la casa; no podíamos parar de reír. Pero al final lloramos los dos abrazados. Era la primera vez que veía llorar a Poli y me impresionó bastante, él nunca se venía abajo.

18. EL ÁNGEL CAÍDO

Llegar al «Castillo del Conocimiento» me está costando bastante más trabajo que al caballero, es una lucha diaria conmigo mismo. Y eso que, al igual que él, que viajaba acompañado por Ardilla y Rebeca, yo voy a todas partes de la mano de mi hermano y de Tania. Son mis ángeles guardianes, nunca me dejan solo. Mi hermano incluso hizo por mí algo que nunca podré olvidar: cancelar mi deuda con el Manco mientras yo estaba en la cárcel. No quiso decirme cómo ni de dónde sacó el dinero, pero el caso es que me liberó de esa carga para que pudiese empezar una nueva vida. Así que no me queda otra que ganar esta batalla, se lo debo, aunque a veces esté muy quemado y quiera tirarlo todo por la borda. Es duro tener que enfrentarte a los chavales porque eres jefe de planta. Pero el mismo Braulio se ha dado cuenta y me ha cambiado a jefe de jardinería, ahí tengo menos problemas.

Entre mi nueva ocupación y los entrenamientos he logrado ir tirando un par de meses sin meterme nada. Sé que es cuestión de encontrar otras motivaciones en mi vida y de que vaya pasando el tiempo. Mi mayor ilusión en este momento es presentarme a las competiciones de taekwondo que se van a celebrar en julio. El entrenador está contentísimo conmigo porque ha visto que realmente he cambiado. Y está convencido de que voy a pasar la promoción a cinturón marrón antes de los campeonatos *interclubes*. También yo estoy contento, porque la disciplina que supone el entrenamiento diario me ayuda a controlar las situaciones conflictivas y a conocer mejor mi cuerpo y mi mente. Además él siempre me está dando ánimos y eso me ayuda a coger confianza en mí mismo y a ponerme metas e ir las cumpliendo poco a poco.

Hay días en que creo que he superado mis miedos, en cambio, otros pierdo la confianza en mí mismo y me vengo abajo. Mi hermano y Tania dicen que me falta autoestima, que siempre estoy comparándome con Poli. Y creo que tienen razón, pero es que a su lado yo me sigo viendo inferior. En realidad no sé qué ha visto en mí Tania para quererme tanto. Ojalá pudiese ver yo eso que ella ve en mí, porque yo solo veo a un ser débil que todavía no es capaz de caminar solo, sino que necesita ir con sus dos muletas a todas partes. No sé qué haría sin ellos. También me anima ver cómo crece en el jardín todo lo que he plantado. Siento que he sido yo quien ha dado vida a estas plantas, como esas palomas que salen de los pañuelos de los magos. Y me pongo muy contento cuando un árbol o una planta que estaban medio enfermos reviven gracias a mis cuidados. Al menos siento que hago algo por ellos, como mi hermano y Tania lo hacen por mí.

Se está bien a esta hora de la tarde en el jardín, con el césped recién regado y sin la solana de mediodía.

—¡Eh, Bruslí!

Es mi hermano, que me llama desde la ventana de su cuarto. Supongo que será para quedar esta noche, como todos los sábados.

—¡Qué pasa, chaval!

—Voy a tener que dejarte solo esta noche, tronco, pero es que tengo una sesión de fotos y acabaré tarde.

—No te preocupes, Vandán. Además está Tania, y ya la conoces, no se despega de mí.

—Es que tampoco está Tania, se ha tenido que marchar con su padre. Me pidió que te lo dijera porque no te encontró cuando se fue.

—Bueno, no pasa nada; alguna vez iba a tener que quedarme solo, ¿no?

—¿Estás seguro?

—Que sí, tío. Saldré a dar una vuelta con los demás, como siempre.

Pero, por cómo me mira, sé que está preocupado.

—Será mi prueba de fuego, confía en mí, tronco, no os voy a fallar.

—Siempre he confiado en ti, Bruslí.

—Ya lo sé, tío, no sé qué hubiese hecho sin ti.

Es la primera vez que salgo sin mi hermano y sin Tania, pero sé que no les voy a fallar, tengo que devolverles la confianza que han puesto en mí. Aunque sí es verdad que me siento un poco raro sin ellos, como si me faltase algo. Quizá por eso, al entrar en la disco, me acuerdo de cuando venía con Poli y los otros. Siempre que vengo se me viene a la cabeza alguna anécdota, pero yo trato de borrar esos recuerdos y concentrarme sólo en el presente, como me ha aconsejado Braulio.

Winston y Gelo me arrastran con ellos hasta la pista, tienen un cachondeo encima que no pueden con él. A la mínima aprovechan para tocarle el culo a alguna de las titis. ¡Menudo par! A ver si se van a creer que he sido yo. Por si acaso, me cambio de sitio, que no quiero movidas.

Y justo al darme la vuelta, me tropiezo con el Perchas.

—¡Tío, cuánto tiempo sin vernos! —exclamo contento de verlo.

—Búa, ya te digo, cuánto tiempo. ¿Qué haces, chaval, dónde te escondes?

—Por ahí, como siempre —respondo vagamente.

—Joder, tío, qué alegría me da verte. Vámonos a la barra a tomar una copa y charlamos un rato.

Lo sigo con la intención de pedirme una cocacola, pero ya en el bar el Perchas se me adelanta.

—Dos cubatas.

—No... yo...

—Que invito yo, tronco. ¿Qué pasa, andas *pelao*?

—Un poco —miento.

Me resulta difícil decirle al Perchas que he dejado la bebida, el tabaco y la coca, así que prefiero tomarme el cubata; total, por uno no va a pasar nada.

Pero en cuanto me lo bebo, me empiezo a sentir alegre, recordando viejos tiempos. Y cuando me quiero dar cuenta, ya tengo otro cubata delante.

—No, tío, que no vas a invitar tú siempre.

—¡Cono, Bruslí, no me vengas con mariconadas! ¿Pero a ti qué te han hecho? Te noto cambiado, si pareces una señorita de colegio de pago. ¿Desde cuándo nos andamos con esas finezas, tronco? Que te digo que tengo pasta. Y también de lo otro —dice bajando la voz—. Vamos al servicio y te doy.

—No... yo es que... me tengo que ir, en serio.

—¿Cómo que te tienes que ir, colega? ¡Qué cabrón, nos acabamos de encontrar y no va y dice que se tiene que ir! ¿Qué pasa, tienes a la novia por aquí?

—No... pero...

—Pero nada; para una vez que nos vemos desde hace... ¿Cuánto hace que no nos vemos, Bruslí? La última a lo mejor ni te acuerdas, llevabas un pedal encima...

—Hará unos seis o siete meses, ¿no?

—Joder, y todavía quieres irte. Si apenas me has contado qué haces, y de tu hermano, ¿qué es de él? Anda, vamos a meternos un tiritito y me cuentas.

¿Por qué me resultaba tan difícil decirle que no al Perchas? ¿Acaso tenía miedo de que se riera en mi cara por la nueva vida que había emprendido? Él acababa de dejar su vida de *gigolo* y había vuelto a la delincuencia; ahora tenía otra panda y quería convencerme a mí para que fuese con ellos.

No sé cómo ocurrió, pero esa noche me metí unas cuantas rayas y unas cuantas copas de más, me sentía bastante mal. Cuando me quise dar cuenta, estaba amaneciendo y no sabía ni dónde estaba. El Perchas me había llevado en su coche (naturalmente robado) a dar vueltas por el centro, de *pub* en *pub*.

—Tío, necesito un poco de aire. ¿Por qué no vamos al Retiro? —le propongo.

Y al segundo me sorprendo de haberlo propuesto. No sé por qué he dicho lo del Retiro, pero ello me trae en seguida a la mente el recuerdo de mi padre. El Retiro siempre estará asociado a mi padre. Entonces caigo en la cuenta de que le he vuelto a fallar, a él y a mi hermano, y me da el bajón.

—Pero, chaval, ¿qué se te ha perdido a ti por el Retiro? Yo me voy a dormirla y tú deberías hacer lo mismo.

Como no le he dicho que he vuelto a la resi y estoy trabajando allí de jardinero, tampoco puedo decirle que Braulio y mi hermano me matarían si me viesan llegar en ese momento.

—En serio, Perchas, déjame en el Retiro, que quiero tomar un poco el fresco.

—Búa, allá tú, pero te encuentro raro, chaval, ya no hablas tanto como antes.

—Es que estoy un poco mareado, pero cuando me dé el aire se me pasará.

Con el aturdimiento no sé por qué calles vamos circulando, pero no debíamos de andar lejos de allí, porque en seguida llegamos.

—¿Seguro que estás bien, Bruslí? ¿Me puedo ir tranquilo?

—Que sí, Perchas, ya estaremos en contacto, ¿vale?

—Como quieras, adiós.

Ya es completamente de día, las únicas sombras que quedan son las de mi cabeza. Deambulo un buen rato por el parque como un zombi, el corazón encogido, recordando cada uno de los momentos de nuestra infancia con mi padre. Ahí está el Observatorio, que, según nos dijo él, lo mandó construir Carlos III; se ve que era aficionado a las estrellas. A mi hermano y a mí nos

molaban los telescopios y los relojes: había unos de sol chulísimos; en cambio, a mi padre le volvían loco los péndulos, sobre todo uno de un tal Foucault, podía pasarse media hora mirándolo, no sé yo qué gracia le veía. Luego, voy a dar con mis huesos en la Sala del Contrabandista, en seguida la reconocí. Se me quedó grabada porque me chocó bastante que un rey tuviese algo que ver con el contrabando, de modo que siempre pensé que Fernando VII era de los míos, solo que como estaba obligado a ser rey...

Al llegar al estanque de las barcas, se me vino a la cabeza un día de verano en que hacía muchísimo calor, y mi hermano y yo nos tiramos al agua para enseñarle a mi padre lo bien que nadábamos. ¡Menudo cabreo se pilló el guarda! Luego compramos barquillos y fuimos a un chiringuito a tomar una horchata completamente empapados.

En este paseo nostálgico, lleno de recuerdos, aparezco de pronto en el lugar más temido, la estatua del *Ángel caído*. Y nada más verla, me echo a llorar, como si en este preciso instante acabase de tomar conciencia de mi nuevo fracaso. ¿Qué cono había hecho? Había vuelto a descender a los infiernos. Había vuelto a incumplir la última voluntad de mi padre. Había vuelto a fallarle a mi hermano. Y a Tania. Con todo lo que estaban haciendo por mí. Era un canalla, un cerdo, un mierda...

—¡Sí, tío, un mierda, por seguir tu ejemplo! —le grito a Lucifer—. Querías ser como Dios y la jodiste. También yo quería ser como Poli y ya ves en qué me he convertido. Pero yo voy a salir de este infierno, ¿me oyes? Voy a salir aunque sea lo único que haga en esta vida; lo voy a conseguir por cojones.

—Lo dices con tanta rabia porque ni tú mismo te lo crees.

—¡Por mis huevos que sí! Por mi padre. Y por mi hermano. Y por Tania. Se lo debo a los tres, ¿me oyes?, a los tres.

—¿Y qué pasa contigo, tú no cuentas?

—Pues claro que cuento, mamón.

—¿Entonces por qué te avergüenzas de haberte convertido en un tío legal?

—Joder, tienes razón. Tuve miedo de lo que pudiera pensar el Perchas, cuando debería estar orgulloso de mí mismo por haber conseguido salir de esa mierda de vida; es él quien debería avergonzarse, no yo.

—Vaya, siento oírte decir eso porque ya no puedo arrastrarte en mi caída.

—¿Y por qué no puedes?

—Porque acabas de encontrar el Camino de la Verdad, como el caballero.

—¿Y eso?

—Lo que acabas de decir significa que empiezas a quererte un poco, a valorarte.

A ver si es verdad eso. Mi problema es que en seguida me vengo abajo, como cuando me dejó Vane...

19.

LA RECONQUISTA

Desde que Vane me dejó, iba por la vida como un cuerpo vacío y mi único pensamiento era cómo volver a conquistarla. Pero cada vez lo veía más imposible, ya que no cogía el móvil cuando la llamaba ni respondía a mis mensajes. Estaba hundido, ya nada tenía sentido para mí, y mis amigos no sabían qué hacer para levantarme el ánimo.

—¡Cono, Bruslí, que pareces un alma en pena, anímate un poco, tío, que solo es una piba y tú puedes tener las que quieras! Venga, vámonos de marcha —me propuso el Perchas.

—Es mi chica y solo la quiero a ella, las otras me dan igual, ¿no lo entiendes? A ti es que te sirven todas, Perchas, pero a mí no.

—¡Anda que *tu pillao* más la piba esa que el toro que me hizo este *zorcido*! —saltó el Rata, ¡qué bruto era el tío!

—Vamos, Bruslí, que no se diga: si los Reyes Católicos pudieron reconquistar España de manos de los moros, ¿no vas tú a poder reconquistar a tu chica? —razonó el Poli.

Pues, mira tú por dónde, eso me tocó la moral, vaya si me la tocó. Tenía razón el Poli. ¿Acaso me iba a dejar derrotar? No, yo no era un perdedor, tenía que luchar a muerte por conseguirla de nuevo. Más chungo lo tenía él y ahí estaba, tratando de camelarse a Maribel aun teniendo en contra a sus padres. Claro que yo no tengo sus dotes de líder, ni su personalidad, ni su estilo con las chicas...

—Tío, mándale unas flores y una carta de amor —sugirió Gordini—; las pibas se derriten con esas cosas, son unas sentimentales.

—¡Qué idea tan buena has tenido, Gordini, la voy a llenar de flores! No va a quedar ni un rincón de su cuarto vacío, lo vi en una peli, no me acuerdo en cuál. ¡Venga, tíos, en marcha!

El Rata me miró sin dar crédito, como si yo estuviese zumbado, pero yo insistí para que viesen que la cosa iba en serio.

—Vamos, ¿a qué esperamos? Tenemos trabajo en la floristería.

De golpe, me había desaparecido la tristeza, porque tenía un plan para reconquistarla, una nueva ilusión. Estaba como un niño el día de su cumpleaños, impaciente por apagar las velas.

El Rata y el Perchas, al verme tan ilusionado, se contagiaron de mi alegría y decidieron acompañarme. En el fondo, les divertía mi plan: tenía el aliciente de ser un robo diferente a los

que solíamos hacer, y creo que también sentían curiosidad por la reacción de mi chica. Entretanto, Gordini y Poli se fueron a ver al Escorpión, que aún nos debía dinero.

Los de la floristería nos lo pusieron a huevo: habían dejado aparcada la furgoneta de reparto justo delante de la puerta; la suerte estaba de mi parte, era un buen presagio. No teníamos más que romper el cristal con la maza y empezar a llenar la furgo de ramos de rosas de todos los colores. Cualquiera podría confundirnos con empleados de la tienda que cumplían un encargo nocturno.

Tal y como pensaba, el robo transcurrió sin incidencias dignas de mención, a no ser por el pinchazo que se dio el Rata al agarrar uno de los ramos.

—Pero mira que eres bruto, Rata —le dije—. ¿No sabes que las rosas tienen espinas?

—Si este lo único que ha *agarrao* en su vida son puercos —comentó el Perchas.

—Y poco que te gusta a ti el *choízo* de mi pueblo —le respondió él orgulloso, era difícil picar al Rata.

Una vez llena la furgo de flores, metimos además una escalera y nos fuimos a la casa de Vane. Por el camino, mientras los otros dos protestaban por el excesivo olor que desprendían las rosas, yo iba escribiendo frases en cada una de las tarjetas que también bahía mangado en la tienda: «Te quiero». «Eres mi jardín de rosas». «Ninguna de estas rosas es tan bonita como mi chica»...

—¡Cono, Perchas, cuidado con los baches que me sale mal la letra!

—Caray con el poeta de la bragueta este, ni que fuera Sabina —se burló el Rata.

—Búa, deja al chico, que está *inspiran* —le siguió la cofia el Perchas.

Pero a mí me daban igual sus comentarios, solo pensaba en mi chica y en cómo llegarle al corazón para volver a conquistarla.

Al llegar a su calle, se me aceleró el pulso a lo bestia, como si tuviese taquicardia; y es que había visto que la luz de su cuarto estaba encendida. Esa era buena señal, porque significaba que estaba en casa, pero teníamos que aguardar a que se fuera a cenar para entrar en acción. Estaba tan nervioso como si fuese a casarme y la novia no acabase de llegar. El estómago me subía y me bajaba como esas olas de alta mar que nunca terminan de romper.

Por fin, al cabo de media hora, la luz de su cuarto se apagó.

—¡Vamos! —exclamé nervioso—. Pero nada de ruido, que como salga su padre, la cagamos.

—Que soy un *pufesioná*, Bruslí —me recordó el Rata.

—Macho, si es que estoy más nervioso que cuando robamos en Grassy.

—Búa, lo que estás es *agilipollao* perdido. La tía esa te ha sorbido el seso hasta dejarte sin neuronas —dictaminó el Perchas.

—El seso no, el sexo es lo que le ha *sorvido* la piba —comentó el bestia del Rata.

Le di una colleja.

—Bromas con mi novia las justas, ¿eh, Rata?

—Tío, qué poco sentido del humor.

—Bueno, venga, dejaos de charla, que hay poco tiempo para meter todos estos ramos —nos apuró el Perchas.

—¡Si *ej* que *tas* traído media *foristería*, macho! ¿Tú crees que van a caberle todas estas flores en el cuarto? La *va* a *asfisiá*.

—Chist, que he oído un ruido.

La luz del cuarto de Vane se volvió a encender justo cuando estaba a punto de abrir la ventana para colarme dentro. ¡Joder! Me quedé como un bloque de espinacas congeladas, verde del susto;

por los pelos no me había pillado, porque me agaché a tiempo, que si no... Incluso temía que pudiese oír los latidos de mi corazón, que parecían los campanazos de la Puerta del Sol el Día de Fin de Año.

Menos mal que un instante después se volvió a apagar. ¡Así, por los pelos! Seguramente se habría olvidado al guna cosa y habría ido a buscarla.

Con la misma rapidez con que actuamos en los robos, hicimos una cadena y, en un momento, la habitación de mi chica quedó cubierta de rosas. Yo estaba emocionado, así que imaginé lo que podía sentir ella, era tan romántico como la peli de *Pretty Woman*. Pero, como no había tiempo que perder, dejé a un lado el romanticismo y me dispuse a colocar las tarjetas que le había escrito, una en cada ramo. Luego, escogí una rosa roja y se la dejé encima de la almohada; a su lado coloqué una tarjeta con la frase siguiente: «En esta rosa están todos los besos cine no he podido darte estos días». ¡Cómo no se iba a emocionar ella, si hasta yo me había emocionado!

Antes de darme el piro, contemplé una vez más la habitación inundada de rosas. Las había de todos los colores: amarillas, blancas, rosas, rojas... Aquello parecía un jardín. Estaba impaciente, deseando que llegara y ver su reacción. No hacía más que pensar en qué cara pondría al ver semejante cantidad de llores. Pero en seguida oí sus pasos y, corriendo, me agazapé en el balcón, esperando a ver su reacción.

Nada más encender la luz, vi que se quedaba con la boca abierta, como si no diese crédito a lo que tenía delante de sus ojos. Le había visto muchas caras de sorpresa con otros regalos que le había hecho, pero ninguna como esta. Estaba absolutamente alucinada contemplando aquel jardín, como el niño que descubre sus regalos la mañana de Reyes. Después, empezó a pasearse entre los ramos, oliendo las rosas y acariciando su tacto. Hasta que descubrió las tarjetas y se puso a leerlas. Con algunas se sonreía y movía la cabeza.

La última que leyó fue la de la rosa de la cama. Ahí pude ver que estaba realmente emocionada, sus ojos la delataban. Yo estaba deseando entrar y estrujarla entre mis brazos, pero prefería que fuese ella la que viniese a buscarme. Estaba seguro de que saldría al balcón a ver si yo estaba escondido allí. Y eso fue exactamente lo que ocurrió.

Cuando la vi frente a mí, me empezó temblar todo el cuerpo, tal era la emoción que sentía; aunque también temía que me fuese a rechazar.

—¿No te dije que era la luna lo que tenías que traerme, Bruslí? —dijo fingiendo hacerse la chunga.

Hasta en momentos así tenía que darme caña la tía. Pero yo sabía por sus ojos que se alegraba de verme, que aquello era una pose, y respondí:

—Es que todavía no había luna llena y no podía esperar tanto, me moría sin tus besos.

Le di uno muy dulce en la oreja y a continuación empezarnos a besarnos como locos, como si hiciera siglos que no lo hubiésemos hecho. Yo estaba en el séptimo cielo y ni me acordaba de mis colegas. Hasta que el bestia del Rata se puso a tararear la marcha nupcial a voz en grito. ¡Qué tío, mira que le dije que estuviesen calladitos!

Total, que el padre de Vane, al oírlo, abrió la ventana de la sala de estar. Y yo ahí, en el balcón de su hija, con un cague que no veas. Menos mal que tuve tiempo de entrar a gatas en su cuarto para evitar que me viese.

—Eh, chaval, ¿tenemos ganas de juerga? Pues a dar serenatas a otra parte, ¿eh?

—Lo siento señor, es que mañana se casa mi primo —dijo educadamente, señalando al Perchas.

Y cuando ya el padre de Vane iba a retirarse satisfecho por la explicación, el descarado del Rata añadió chillando:

—Así que puede usted irse a tomar por culo.

Y se fue calle abajo, seguido del Perchas, cantando la marcha nupcial y haciendo que dirigía una orquesta. No había quien pudiera con el Rata, menudo elemento.

El padre de Vane, incendiado, despotricó un rato contra la juventud de hoy y a continuación cerró la ventana con rabia.

Como teníamos aparcada en la calle la furgoneta de la floristería, le propuse a Vane hacer el amor dentro.

—¿Y las rosas? ¿Qué le voy a decir a mi padre?

—Que tienes un admirador secreto.

—Huy, no lo conoces. ¡Menudo mosqueo se pillaría!

—Pues entonces bajo, llamo al timbre y le digo a tu padre que he venido a pedir tu mano.

—Sí, ¿verdad? ¿Y en qué decimos que trabajas para justificar tantos ramos de rosas?

—Le decimos que mi padre tiene una floristería.

—Huy, no sé yo, Bruslí... Mi padre es muy desconfiado, ya lo sabes.

—Pues las cargamos de nuevo en la furgo y nos las llevamos para el chalet.

—Me da pena, es que son tan bonitas... Me ha hecho mucha ilusión, ¿sabes? No creí que fueras capaz de hacer algo así por mí.

—Por ti hago esto y mucho más. Si tengo que escalar hasta la luna y cogerla para ti, voy y lo hago.

—No seas fantasma.

—Y tú no me tientes, que a ver luego lo que le dices a tu padre cuando vea la luna encima de tu cama.

Se reía a carcajadas, y a mí me encantaba verla reír. Todo lo de ella me volvía loco.

—Tonto... dame un beso... anda...

—Uno no, tantos como rosas hay aquí. Mua, mua, muaaa...

—Bueno, venga, vamos a la furgo. —Sí, vamos.

Cuando llegué al chalet, bastante cansado después de la noche gloriosa en la furgo, me encontré con que no solo no estaban el Poli y los otros, sino que tampoco estaban los colchones ni ninguna de nuestras pertenencias. Eso me mosqueó bastante. ¿Qué habría pasado? ¿Habrían dado los maderos con el paradero de Poli? ¿Los habrían pillado? Rápidamente me alejé de allí, por si las moscas. Estaba roto y necesitaba dormir, así que me fui a la resi, a la habitación de mi hermano, ya que ninguno de ellos cogía el móvil.

20.

MIEDO AL FRACASO

La recaída con el Perchas me hizo tomar conciencia de lo frágil que soy y de lo difícil que resulta dejar la droga una vez que estás enganchado, pero no me evitó volver a recaer. Ocurrió al finalizar el campeonato *interclubes*, donde perdí nada más empezar, en el segundo combate para ser más exactos. ¡Qué putada! Eso me tocó mucho la moral; estaba convencido de que iba a conseguir ganar la medalla de oro (te la dan si ganas cinco combates) y ni siquiera conseguí la de bronce. ¡Vaya palo! Me sentí tan decepcionado que esa misma noche me fui a robar con la panda del Perchas y volví a meterme coca; no pude soportar el fracaso.

El caso es que todavía estoy tocado, me siento un inútil, me fastidia ver que no soy bueno en nada, que no destaco en nada. Miro a mi hermano, que ha triunfado como modelo, y me miro a mí... Desde entonces no he vuelto a entrenar, porque sería como estar hurgando todo el día en la herida; prefiero olvidarme del taekwondo. A mi hermano le he dicho que tenía lesionada la muñeca, incluso me la he vendado para hacerlo más creíble. Ya veremos qué otra disculpa me invento más adelante. Pronto se asomará por esa puerta lleno de energía, preguntándome si ya no me duele, si puedo ir a entrenar.

Y como si mi pensamiento tuviese el poder de atraerlo, oigo sus pasos subiendo las escaleras de dos en dos, haciendo retumbar el pasamanos, los reconozco a la legua.

—¡Eh, Bruslí, vámonos al gimnasio! —dice irrumpiendo en mi cuarto.

Me choca que no me pregunte si ya no me duele la mano.

—Ya te he dicho que no puedo, tronco, todavía me duele la muñeca.

—Venga, tío, que no cuele.

—Es en serio, Vandán. Ya te dije que me la debí de torcer en el segundo combate. Y me duele... aún me duele.

—Mírame a los ojos, Bruslí. ¿De verdad crees que puedes engañarme? Te vi antes jugando con Winston y no tienes nada. En realidad nunca me tragué ese cuento; si te dejé unos días fue porque sabía que estabas fastidiado por no haber ganado, pero fue un error. Tienes que enfrentarte a las situaciones, no huir de ellas, ¿me entiendes? Así que, en marcha, se te acabaron las vacaciones.

—Que no, tío. ¿Para qué voy a ir?

—Para seguir entrenando, tronco, no te puedes rendir. En unos meses se va a celebrar el campeonato de Madrid y tienes que estar preparado.

—No soy suficientemente bueno, ya lo has visto, no aguanté ni dos asaltos.

—¿De modo que es eso, el miedo a perder? Di, Bruslí, ¿tienes miedo a no ganar una medalla?

—Pues sí, tío, no quiero ser un perdedor. A nadie le gusta serlo.

—Es que no eres ningún perdedor, al contrario. ¿Cuántas personas, entrenando lo poco que has entrenado tú, habrían conseguido llegar a la final de un campeonato y ganar incluso un asalto? ¡Espabila, tío! ¿En qué mundo vives? Eso fue una victoria. Sabes que la gente que va allí a competir es muy buena, ya lo has visto, hay un nivel de exigencia altísimo. Eso debería darte ánimos, no hundirte en la miseria. La próxima vez puedes conseguirlo si entrenas duro, y lo sabes.

—¿Y si no paso del primer asalto?

—Macho, hay que arriesgar: quien no arriesga no gana. Y no valen las excusas.

—Es que no soy tan fuerte como tú, Vandán.

—¿Que no eres fuerte? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso no estás saliendo por ti mismo de la droga, sin la ayuda de un centro de rehabilitación? ¿Te parece que eso puede hacerlo cualquiera? ¡Vaya si eres fuerte! Estoy súperorgulloso de ti, Bruslí, así que no quiero volver a oírte semejante gilipollez.

—¿Y las recaídas qué?

—Tío, es que, si no, serías Superman. Mira, lo que tienes que hacer es superar todas esas inseguridades que tienes. Lo que te ocurre es que te falta confianza en ti mismo, como a papá, eso es lo que te pasa, por eso huyes. Pero la droga es una trampa y lo sabes. Te da un poder que es falso, totalmente artificial. Así que tienes que vencer los miedos. ¿Por qué recaíste la primera vez? Por miedo a lo que pu diera pensar el Perchas de ti, ¿o no?

—Sí... supongo que sí.

—¿Y por qué fue esta vez? Por miedo al fracaso, tío, a ser un perdedor; tú mismo lo has reconocido. Venga, macho, tienes que creer más en ti, en que vales para esto. No tienes más que ver la confianza que ha puesto en ti el entrenador. ¿Crees que te habría metido en el equipo si no estuviese convencido de que eres muy bueno y de que puedes ganar?

—A veces pienso que me valora más de lo que realmente valgo.

—¿Y por qué no piensas lo contrario, que tú te infravaloras? Vamos, tío, que eres muy bueno y lo sabes.

—A lo mejor lo hace por darme una oportunidad.

—¡Sí, vaya, en eso está pensando! Ahora resulta que en vez de equipo tiene una ONG. Venga, se acabó autocompadecerte y buscar pretextos, ¿me oyes? Es cuestión de disciplina, de luchar a muerte por las cosas. Y si no ganas, no pasa nada; no siempre depende de uno el ganar o no, influyen también otros factores. Así que, ¡hale!, no quiero oír ni una excusa más; agarra tu mochila, que nos vamos.

Mi hermano no me dejó otra opción, nunca se rinde, por eso ha triunfado, es un luchador, un tío fuerte, no como yo, que me vengo abajo en seguida; además, a él no le afectan tanto las cosas como a mí. Si no fuese por él, no sé dónde estaría yo en este momento. Me emociona ver lo mucho que confía en mí, está convencido de que no voy a volver a recaer y de mis posibilidades en el

campeonato de taekwondo. No puedo fallarle más, lo he hecho demasiadas veces, no puedo seguir buscando excusas para escaquearme, porque él podría tener las mismas que yo: tuvimos los mismos padres, crecimos en el mismo sitio, con la misma gente. Si encontrase algo en la vida para lo que yo sirviese...

El entrenamiento me vino muy bien. Por fin solté toda la rabia que tenía dentro por no haber ganado y pude darme cuenta de los fallos que había cometido en el campeonato. Creo que mi hermano tiene razón, debo confiar más en mí mismo y no venirme abajo tan fácilmente. Porque eso es lo que me hace recaer. Y tengo que valorar mis logros en lugar de machacarme por los fallos.

Al llegar a la resi, me voy al cuarto de Lidia para buscar a Tania: la ha invitado a ella y a otras cuantas para celebrar su cumpleaños. Desde fuera puedo oír el jaleo que están armando con la música a toda pastilla. Se están riendo a carcajadas. ¡Anda que no se lo están pasando bien ni nada!

Como tienen la puerta abierta, me quedo observándolas desde fuera a ver qué hacen. Y cuál no será mi pasmo al ver que Tania se está relamiendo con un Huesito, disfrutando con cada bocado.

—¡Mmmm, me encantan los Huesitos, están buenísimos!

Me quedo de piedra. O sea, que todo este tiempo ha estado fingiendo que no le gustaban para poder darme el suyo cuando nos los ponían de postre y que yo no me sintiera mal por ello, porque sabe que a mí me encantan. Y seguramente también le gustan las palmeras de chocolate... Su gesto me llegó al alma. En ese momento comprendí cómo era el amor auténtico y qué superficial había sido mi relación con Vane. En realidad, fue una relación bastante egoísta por ambas partes. Creo que solo nos unía la atracción física y el interés. En su caso, porque yo le regalaba un montón de cosas, y en el mío, porque me gustaba fardar delante de la gente de tener al lado una chica espectacular. Y no es que Tania no lo sea, pero desde luego no es lo fundamental. Lo verdaderamente importante de Tania es lo mucho que puede llegarme al corazón, lo mucho que me quiere y lo bien que me hace sentir porque me valora. Además, con ella me divierto un montón, ¡está tan loca! Y hablamos de todo, no como con Vane, que nos pasábamos el día follando. Al final nos cansamos.

De pronto, Lidia me ve y le da un codazo a Tania advirtiéndole de mi presencia. Ella, al verse descubierta comiéndose el Huesito, pega un respingo, pero en seguida intenta disimular abalanzándose sobre mí como si llevásemos un siglo sin vernos.

—¿Conque no te gustaban los Huesitos, eh? —le susurro al oído.

Entonces ella, con sus reacciones imprevisibles, va y me mete en la boca el medio Huesito que le quedaba.

—Come y calla, tonto.

Y a continuación me agarra y se pone a bailar conmigo al ritmo de la música de salsa.

—¿Habéis visto qué bien baila mi chico?

En realidad soy bastante pato bailando, pero para ella todo lo hago bien. Por eso la quiero tanto, porque me hace sentir el ser más especial de la Tierra.

Al cabo de un rato, nos despedimos de sus amigas y nos vamos al parque. Nos gusta ir cuando ya no hay nadie, a montarnos en el balancín y en los columpios, o a tirarnos por el tobogán los dos

juntos, como si fuésemos críos. Pero todavía quedan un par de madres con sus niños, así que nos quedamos observándolos desde uno de los bancos.

Uno de los peques, que tendrá unos dos años, va corriendo hacia su madre y le da su conejo de goma en un arranque de generosidad.

—¿Es para mí? —exclama la madre entusiasmada por su gesto—. ¡Pero qué bueno es este niño! Anda, dame un beso. ¿Quién es el niño más bueno del mundo?

—¡Yo! —responde él muy ufano, dándose un golpe en el pecho.

—¿Y quién es el niño más listo del mundo?

—¡Yo! —vuelve a responder él muy convencido, haciendo el mismo gesto.

—¿Y quién es el niño más guapo del mundo?

—¡Yooo! —responde elevando los brazos en señal de triunfo.

—¿Y quién quiere a este niño más que a nadie en el mundo?

—¡Mamá! —chilla él, todo contento.

Contemplando esa escena, siento un trallazo en el corazón al acordarme de mi madre, que me abandonó con tres años, que jamás me quiso, que jamás me abrazó así, y siento envidia de ese niño, porque tiene lo más importante para ser feliz: el cariño de su madre, sus halagos, la confianza de saber que para ella es el mayor tesoro del mundo; por eso se siente contento, seguro, protegido, alguien valioso, no como yo, que me siento un mierda, un ser casi invisible a los ojos de la gente.

Creo que Tania me ha leído el pensamiento, quizá por que tampoco ella tuvo una madre a su lado y está sintiendo lo mismo que yo.

—¿Quién es el chico mejor del mundo: el más guapo, el más listo, el más bueno, el más divertido, el más cachas? —me dice cogiéndome la cara entre sus manos y acariciándome el pelo.

Y los dos nos abrazamos impulsados por la necesidad de sentirnos queridos, especiales. Pero inevitablemente la imagen del niño con su madre me trajo a la cabeza el aborto de Vane...

21.

UN PROBLEMA DE LOS GORDOS

Vane y yo entramos en la clínica bastante encogidos, sobre todo yo. Después de la experiencia en aquella otra a la que fui a preguntar con el Perchas, no tenía muy claro con qué ojos me iban a mirar.

La recepción estaba en la planta baja, a la altura de la calle. Tenía el suelo de mármol blanco, impecable, todo era de mucho lujo, debía de valer un pastón la clínica esa. Yo estaba como una pila, pero intentaba disimularlo, hacer como que no pasaba nada, para no poner a Vane más nerviosa de lo que ya estaba. Sin embargo, en seguida me tranquilicé al ver lo bien que nos trataban. A ella no paraban de darle ánimos:

—Venga, tranquila, que no es nada, mujer, mucho menos que sacarse una muela, ya lo verás — le decía la enfermera—. Para cuando te quieras dar cuenta, ya habremos terminado.

—Le pondrán anestesia, ¿no? —pregunté.

—Claro, hombre, ni se va a enterar. Pasad por aquí, que os enseñe el sitio donde se lo vamos a hacer en tanto que se prepara el doctor.

A mí todo aquello me parecía estupendo, muy limpio y muy lujoso, aunque por dentro sentía como hormigas por el estómago: tenía remordimientos por lo que íbamos a hacer. Yo nunca había hecho daño a nadie, ni siquiera en los atracos, que siempre eran sin armas ni violencia, pero en aquel momento me sentía un asesino; claro que allí nadie parecía darse cuenta, todos veían el asunto de lo más normal. Cuando nos quedamos en la sala de espera los dos solos, Vane me apretó fuerte la mano:

—Me siento rara, Bruslí, no sé... te parecerá una tontería, pero a veces tengo la impresión de que oigo llorar al niño.

¡Lo que me faltaba! Me quedé con el corazón encogido, hecho polvo. Tenía ganas de agarrarla de la mano y salir corriendo de allí, sin embargo le dije:

—Eso son los nervios. ¿No ves que ni está formado ni nada? Ya verás cómo todo va a ir muy bien.

Pero mis palabras contradecían mis sentimientos: no hacía más que imaginarme al crío gritando y pataleando dentro de la tripa de Vane. Si estuviese oyendo lo que hablábamos... Menos mal que en seguida aparecieron Poli y Marihel. Yo sentí un alivio tremendo. Maribel tiene

veinticuatro años, como Poli, y sin duda iba a ser un gran apoyo para Vane. La prueba es que nada más sentarse a charlar con ella, ya le cambió la cara, se la veía mucho más animada.

También yo me alegré de tener a Poli a mi lado en cuanto ellas dos pasaron al quirófano. Me hubiese sentido muy solo en aquellos sillones de cuero mientras le hurgaban por dentro.

—Anda, toma una rayita —me ofreció Poli.

¡Qué tío! Nada le imponía, ni siquiera una clínica; pero la verdad, se lo agradecí, porque la necesitaba más que el coche la gasolina; y total, estábamos los dos solos.

Aun con todo, se me estaba haciendo eterna la espera, fumando un cigarrillo tras otro. Tenía ganas de entrar y ver qué le estaban haciendo a mi chica.

—¿No están tardando mucho, Poli?

—Tranqui, tío, que no han pasado ni cinco minutos.

—Joder, pues me parece como si hubiese pasado una hora.

—Ya lo sé, yo también pasé por lo mismo dos veces.

Me quedé de piedra al descubrir semejante secreto de Poli, fue como darme cuenta de que uno nunca termina de conocer a las personas, ni siquiera si son tan amigos como él.

—¿En serio? Nunca nos dijiste nada —le reproché.

—Tampoco es como para publicarlo en el *¡Qué Me Dices!*, tronco. Ya verás que todo va a ir muy bien. Lo que es la operación no dura más de diez minutos, pero la dejan un rato más hasta que se le pase el efecto de la anestesia.

—A veces me pregunto si no deberíamos haberlo tenido. ¿Tú crees que hemos hecho bien, Poli?

—Pues claro que sí, macho, lo otro sería echarte la soga al cuello.

—No... si tienes razón... Pero... ya ves, me hubiese hecho ilusión tener un hijo. Quizá si hubiésemos tenido unos padres que nos hubiesen ayudado...

—¡Pero, tío, deja de comerte el tarro! Has hecho lo mejor que podías hacer, no tenías otra, hazme caso. En dos días ni te acuerdas del asunto, ya lo verás.

Sin embargo, Poli se equivocó. A raíz del aborto, las cosas empezaron a no ir tan bien entre Vane y yo. Había días que estaba muy rara, como ausente, pero cuando yo le preguntaba el motivo, me decía que no le pasaba nada; otros, en cambio, estaba claramente de morros y se enfadaba por todo. Lo único que parecía animarla un poco eran los regalos que le hacía de los robos que cometíamos, si bien es verdad que la alegría le duraba muy poco, al día siguiente volvía a las andadas.

Empezamos a discutir por chorradas, cualquier cosa que yo decía la incomodaba y siempre me llevaba la contraria, aunque hablásemos del tiempo. A veces tenía la impresión de que le gustaba Poli, y eso me jodía bastante. En cuanto él aparecía, se le iluminaba la cara y volvía a ser la Vane de siempre, risueña, atrevida, con respuestas para todo. Quizá lo veía como un héroe por haber pagado él los gastos de la operación, o quizá se sentía atraída por el carisma que tenía. Todo el mundo se sentía atraído por ese carisma de Poli, era algo especial, difícil de concretar, como los videojuegos, que te atrapan en cuanto te quedas mirando la pantalla y puedes pasarte horas. El caso es que ya casi nunca hacíamos el amor, porque siempre le dolía. Empecé a obsesionarme con la idea de que hubiese sido mejor tener el niño. Me daba mucha envidia Juancho, un chaval de la

resi, al que le había sucedido lo mismo que a nosotros y lo había tenido. Se le veía feliz con su chica y con su hijo. Claro que en su caso le ayudaron los padres de ella: le buscaron un trabajo, le daban cosas para la casa y para el niño, se quedaban con él para que pudiesen salir los fines de semana... Él se apartó completamente de la mala vida que llevaba y se hizo una persona honrada, que ganaba un sueldo con su trabajo. Me hubiese gustado estar en su piel y haber podido tener al crío. Si hubiese tenido unos padres que me hubiesen ayudado... No sabía qué hacer esta vez para reconquistar a Vane, me sentía muy inseguro, como si fuese caminando por el hielo y dándome leches a cada poco. Pero no estaba dispuesto a tirar la toalla, quería a Vane a toda costa. Así que me fui a buscar el consejo de mi hermano.

Lo encontré en su cuarto haciendo pesas, cada día estaba más cachas. A mí me maravillaba su tesón, algo de lo que yo era absolutamente incapaz.

—Tronco, para ya, que te estás poniendo como el *Swarzenuger*.

Mi hermano se sonrió, pero continuó dale que dale, trabajando a fondo los músculos, sin concederles un minuto de tregua.

—Mañana tengo un pase y quiero estar en forma.

¡Qué más forma quería conseguir, si tenía un torso de anuncio! Todo bronceado, marcando las chocolatinas en el abdomen. A su lado me sentía un tirillas.

—¡Qué suerte tienes, tío!

—La suerte se busca, no viene a llamar a tu puerta, Bruslí.

—Pues yo no la encuentro por ninguna parte.

—¿Qué te pasa?

—No me va nada bien con Vane.

—Pasa de ella, cuanto más encima estés es peor.

—Eso es fácil de decir, pero cuando estás tan obsesionado como yo... Creo que le gusta Poli.

—Tú sí que estás obsesionado con Poli, tío, que no es ningún dios. Tu problema es que todo el rato te estás comparando con él y lo que tienes que hacer es ser tú mismo.

¿Yo mismo? Ese era mi problema que no sabía quién era yo, sin Poli estaba perdido, eso era una gran verdad, pero también era verdad que él siempre me sacaba de los apuros, siempre me ayudaba.

—Yo creo que no le gusta a Vane, ya no quiere follar, dice que le duele.

—A lo mejor es verdad, tienes que entender que para ella ha sido un trauma lo del aborto.

—Joder, y para mí también. Si es que deberíamos haberlo tenido.

—¿De verdad crees que estás maduro para ser padre? ¿Y de qué ibais a vivir?

—La culpa es de nuestra madre.

—Tío, deja ya de culparla a ella por todo, eso no te ayuda a resolver tus problemas.

—Para ti es fácil, siempre tuviste más cabeza que yo y sabías lo que querías.

—¿Lo ves? Ya estás sintiéndote víctima. Es verdad que no tuvimos los padres que nos habría gustado tener, tronco, pero no vamos a estar lamentándolo toda nuestra vida. Tampoco nos ha ido tan mal en la resi. Si no te hubieses ido...

—No me fui, me echó Braulio, ¿o ya no te acuerdas?

—¡Pero cómo no te iba a echar con la vida de crápula que llevas! Que ya no somos unos críos, Bruslí, y tenemos que mirar por nuestro futuro.

—Para ti es fácil haber dejado de robar, porque tienes un trabajo y sales en las revistas. Pero ¿cómo voy a ligar yo si no tengo ropa chula?

—Lo que tienes que hacer es dejar de meterte mierda de esa, que vas a acabar mal, macho. Y luego buscarte un curro.

—De camarero, ¿no?

—Pues sí, de lo que sea.

—Bueno, ¿entonces no me das ningún consejo para reconquistar a Vane?

—Ya te he dado uno.

—¡Pero, tío, que yo no soy como tú, que te vienen todas detrás! Si paso de ella, se irá con otro.

—Pues que se vaya, hay más tías.

—¡Cómo se nota que tú no has estado enamorado de verdad!

—Y tú tampoco, hazme caso, lo que estás es obsesionado, porque crees que le gusta Poli.

—Yo creo que si le compro un regalo muy caro...

—El amor no se compra.

—Pero a ella le gustan los regalos.

—¡Cono, Bruslí! ¿No ves que te está utilizando? Esa tía está contigo por el interés, te lo digo yo.

Su comentario me cabreó.

—¿Qué pasa: que piensas que soy un mierda incapaz de conquistar a una chica?

—No es eso, macho, tú puedes tener todas las chicas que quieras, siempre has ligado un montón, y lo sabes, pero esa chica no es trigo limpio y está jugando contigo.

—A lo mejor me hace el culpable del aborto.

—Pero si fue ella quien lo decidió.

—Quizá tenía que haberla convencido para que no lo hiciese.

—¿Por qué te empeñas en culparte de todo?

—Estoy seguro de que hice algo mal con ella, si no, no estaría así.

—Contemplarla demasiado, eso es lo que has hecho mal.

—A lo mejor es por lo de Raquel, quizá quiera vengarse.

—Anda, deja de comerte el tarro y vamos a echar una partida en la consola —me propuso dejando las pesas en el suelo.

Pero yo no podía quitarme de la cabeza que Vane me fuera a dejar, me hacía mucho daño pensarlo. Nuestra historia tenía futuro, no podía acabarse ahí, con todo lo que habíamos vivido...

22.

UNA MALA NOTICIA

Desde que le dieron a Poli el chivatazo de que los maderos habían descubierto su paradero, dejamos el chalet y nos instalamos en un anexo abandonado que hay en la resi, pero vivíamos en un continuo sobresalto. Y eso que era el lugar más seguro para Poli, ya que Braulio le dijo a la policía que ya no vivía allí. Naturalmente estábamos de extranjís, sin que él lo supiera, aunque a veces yo tenía la impresión de que sí lo sabía y estaba haciendo la vista gorda; más que nada por los comentarios y las preguntas que le hacía a mi hermano sobre nosotros. Pero a mí me daba miedo Poli, porque, desde que los maderos le habían puesto en contra a la familia de su chica, buscaba joderles la vida todo lo que podía, les tenía un odio visceral.

Por eso, cuando vi entrar a mi hermano todo nervioso, pensé que vendría a avisarnos de que Braulio venía hacia aquí, para que nos largásemos antes de que nos descubriera.

—Bruslí, eh, Bruslí... menos mal que te encuentro, tronco. Corre, vámonos al hospital, que papá se está muriendo.

No sé si por inesperadas, sus palabras me provocaron uno de mis famosos bloqueos, como si mi mente no fuese capaz de asimilar lo que mi hermano me estaba diciendo.

—¿No me has oído? Ha venido el tío para llevarnos. ¡Vamos! —dijo agarrándome del brazo.

Sabíamos desde hacía algún tiempo que nuestro padre tenía sida, pero nunca pensé que podría llegar ese momento. Era extraño perder a un padre al que apenas has visto unos cuantos fines de semana. Yo siempre pensaba en mí como huérfano, y sin embargo, al oír que se moría, algo se me removió por dentro. De pronto me volvió la imagen de mi padre en el coche de la policía mirándome con esos ojos que parecían querer decirme algo, hacerme partícipe de un secreto que solo él conocía. Y volví a sentir en mi boca el sabor amargo de aquellos posos de café.

Por el camino apenas presté atención a lo que iba diciendo mi tío. En momentos así nunca era capaz de concentrarme, como si los ruidos y las imágenes de alrededor me lo impidiesen, como si me hubiesen tocado algún resorte interior que bloqueara mis pensamientos.

El olor del hospital me recordó al de la clínica a la que había ido con el Perchas. Era un hospital viejo y cutre, de pasillos interminables; por más que andábamos por ellos no llegábamos a la habitación de mi padre.

Cuando ya empezaba a pensar que nunca saldríamos de aquel laberinto, vimos venir hacia nosotros un cadáver andante que trataba de sonreírnos, apenas podía sostenerse en pie. A mí

hermano y a mí se nos saltaron las lágrimas: ese cadáver andante era nuestro padre. ¡Qué putada! ¿Cómo era posible que un hombre alto y fuerte, que en su día había sido boxeador, pudiese convertirse en ese anciano decrepito, arrugadito como una pasa y cuyas piernas parecían a punto de quebrarse a cada paso que daba?

Nos abrazamos a él llorando.

—Eh, eh, Julio, Migue... que todavía estoy aquí, que aún no me he muerto.

—¿Cómo te encuentras, papá? ¿Te cuidan bien aquí? —le preguntó por fin mi hermano; yo seguía sin poder hablar, tenía un nudo en la garganta.

—Me tratan estupendamente, como a un príncipe. ¿Y vosotros, cómo estáis? Hacía tiempo que no os veía... A ti, Julio, te encuentro un poco delgado. ¿Comes bien? ¿Vas al gimnasio? Migue ya veo que sí; estás cachas, ¿eh? —comentó tocándole los bíceps—. ¿Qué tal esos pases de modelo? ¿Y tú, Julio? Deberías aprender algún oficio, un medio para ganarte la vida. Pero, bueno, me alegro de veros juntos, porque os lleváis bien, ¿verdad? Sois vuestra única familia y tenéis que estar siempre juntos. Promettedme que nunca os vais a separar.

Al oír eso, las lágrimas me volvieron a correr por las mejillas, como si de repente hubiese tomado conciencia de mi condición de huérfano, de lo solos que estábamos los dos en el mundo. Le acaricié la mano. Una mano blanca y huesuda, de dedos largos y uñas amarillas a causa del tabaco.

—Ay, Julio, Julio, prométeme que vas a sentar la cabeza y que le vas a dar más valor al dinero. No puedes derrocharlo a lo loco. Me gustaría que fuerais las personas que yo no pude ser, honradas, con vuestro trabajo y vuestro sueldo; y que un día formarais la familia que yo no fui capaz de tener.

Sus palabras volvieron a traerme a la memoria al hijo que ya no crecía en el vientre de Vane y volví a arrepentirme de no haberlo tenido. Al fin y al cabo era carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre; por mucho que Poli dijese que todavía no era nada.

Mi padre, como si adivinase mi preocupación, me dijo agarrándome la mano:

—De momento disfrutad de la vida, que sois aún muy jóvenes. Pero luego elegid bien a la mujer con la que pensáis tener hijos. Es muy importante elegir bien y saber cuidarla.

Entonces me imaginé a mí mismo con un niño en los brazos. ¿Qué clase de padre sería yo?

—Ladrón de profesión, Bruslí. Imagínate cuando le preguntaran en el colegio. ¿Y tu padre qué es?

—¡Que te pires al IMSERSO, viejo!

—Te gastarías el dinero de la leche y de los pañales en coca.

—Ya te vale, ¿no, Bruce? ¡Déjame en paz, no es momento de hurgar en las heridas!

—¿Y dónde vivirías, debajo de un puente? ¿Quieres que se repita la historia de tus padres?

—¡Cómo te rayas, tío! ¿No ves que ya no hay niño, que Vane ha abortado?

La palabra aborto me asustaba, me parecía brutal. Hasta ahora mis colegas y yo la utilizábamos como insulto: «Esa tía es un aborto». Pero ahora no se trataba de ningún insulto, se trataba de un hijo, de Vane y mío, al que no le habíamos dado la oportunidad de nacer. Y se me vino a la mente la conversación con el Perchas al enterarme del embarazo...

—Tío, tengo un problema.

—Búa, y yo otro: estoy sin blanca. A ver cuándo damos otro palo...

—Que no es eso, Perchas —lo interrumpí—, que Vane está embarazada.

—¿Pero qué *pringao*, Bruslí! ¿Te olvidaste el capuchón?

—No sé qué ha podido pasar, ella estaba tomando la píldora. Claro que a lo mejor se la ha olvidado algún día, es bastante despistada...

—Búa, tío, no te preocupes; te vas a una clínica de esas y lo solucionas. Yo conozco una que no está lejos de aquí, si quieres te acompaño y preguntas cuánto vale.

—Seguro que valdrá una pasta. Y yo también estoy sin blanca.

—Si es que desde que Poli está enfrentado a la pasma ya nada es lo mismo, pero tú tranquilo, que todo tiene arreglo. Vamos a la clínica y preguntamos a ver cuánto vale abortar.

Menudo mal rollo me dio la clínica aquella. Ya solo el olor me puso enfermo. Y encima, la enfermera de la recepción, un mastodonte con bata blanca, nos lanzó una mirada asesina, tratando de indagar cuál de los dos había sido el cabrón que había dejado embarazada a la chica. Salí de allí hundido. Nos dijo que si era menor, necesitaba el permiso de los padres. ¡Lo que le faltaba a Vane, que se enterase su padre! Y casi me caigo de espaldas cuando me soltó lo de las trescientas mil pelas que nos costaría la operación. Se me debió de quedar una cara de lelo, que no veas. Me faltaba el aire. Estaba todavía más aturdido que cuando había entrado. Pero Poli me lo solucionó todo y pago la operación. Esta era la parte de Poli que me emocionaba, nunca te dejaba tirado, era un amigo de los de verdad. Después de hablar con él, sentí como si me hubiesen quitado un gran peso de encima. Menos mal que mi padre no se enteró del aborto, sé que le habría hecho ilusión tener un nieto.

En aquel momento yo hubiese querido hacerle muchas preguntas a mi padre, sobre su matrimonio, sobre nuestra madre... ¿Acaso él no había elegido bien? ¿Por qué la había tirado por la ventana y se había ensañado con ella aquel fatídico día? ¿Qué le había hecho para tratarla así? ¿Por qué se había convertido ella en una yonqui? ¿Era por eso por lo que la había pegado? ¿Y por qué nos había abandonado y no había aparecido hasta que fuimos mayores?... Pero supongo que me daba miedo hacérselas, que prefería seguir ignorando todos aquellos secretos con los que había crecido, porque no me salía la voz. O a lo mejor es que me parecía inútil remover el pasado a esas alturas. O quizá no era el momento viendo a mi padre convertido en un cadáver andante... A veces es mejor el silencio que las palabras.

23.

UN DÍA MUY TRISTE

El único día que no fuimos a ver a mi padre, murió. A lo mejor quiso evitarnos el trance de verlo morir. A mí me dio una gran tristeza. Durante los días que fuimos a verlo al hospital, fui descubriendo al padre que me habría gustado tener a mi lado durante mi infancia. Un padre amoroso, que nos daba buenos consejos, que nos abrazaba y nos acariciaba, que nos decía cosas importantes aunque a veces no las comprendiésemos. Volví a releer todas sus cartas, absorbiendo cada una de las palabras como bacía años había bebido aquellos posos del culito de café que dejó, porque era lo único que me quedaba de él.

Al entierro vinieron mis amigos; me apetecía estar con ellos y no con Vane, que seguía distante. Y enterrar a tu padre era uno de esos momentos importantes en la vida, en los que uno siente que tiene que estar con su gente, con las personas más cercanas que le demuestran cariño.

Nunca había estado en un cementerio. Me pareció un lugar extraño: tan frío, tan silencioso, tan siniestro. Con esas lápidas de mármol en las que estaban grabados los nombres y las fechas de los muertos. Te daban ganas de echar a correr y no parar. Pero uno de esos muertos era mi padre. También me pareció extraño sentirme huérfano al contemplar su féretro a punto de entrar en el hoyo, porque en realidad me había sentido huérfano toda mi vida. Pero a lo mejor dentro de nosotros se esconden sentimientos que desconocemos. Yo siempre había creído que no tenía sentimientos de amor filial, pero si hubiese sido así, no me habría sentido tan triste. Metido en aquella caja de pino y después de los días que habíamos pasado junto a él en el hospital, lo sentía más padre que nunca. Yo era sangre de su sangre, eso no se podía negar, nos parecíamos mucho físicamente mi padre y yo.

Cuando empezaron a bajarlo al hoyo, Poli me pasó el brazo por la espalda. Fue un momento muy duro, como si alguien te arrancase las entrañas. Y lloré amargamente. Ya no volvería a ver a mi padre. Nunca. Se lo había tragado la tierra. Me pareció brutal que el final de las personas fuese acabar en aquel hoyo dentro de una caja de pino. Entonces se me vinieron a la memoria las imágenes de las veces que había ido a misa con la familia con la que pasé el verano de mis once años. Me gustaba ir con ellos: la madre me explicaba de qué iba todo aquello e incluso aprendí algunas oraciones que ahora intentaba recordar; sentía la necesidad de rezar por ese padre que nunca había llegado a tener del todo y que ahora se me había ido para siempre.

Al finalizar la ceremonia, mi hermano y yo nos abrazamos, no hacían falta las palabras. Como nos había dicho nuestro padre, éramos nuestra única familia; por nada del mundo quería que nos juntásemos con nuestros tíos y primos paternos, él mismo se encargó de que fuesen unos extraños. Siempre nos decía que eran peores que alimañas. Y sin embargo, ahí estaban, llorando su muerte. ¿Era un llanto real o puro teatro?

Cuando mi tía, la hermana menor de mi padre, que es pocos años mayor que yo, se me abrazó llorando sentida mente, vi por el rabillo del ojo a Vane, que había venido por su cuenta. Pero, por su gesto torcido, sabía que estaba mosqueada.

A la salida del cementerio, se me acercó.

—Ya veo por qué no querías que viniese, es por esa, ¿verdad? —me preguntó señalando a mi tía.

Si no fuese por el momento tan doloroso que estaba viviendo, casi me hubiese dado la risa. ¡Mira que tener celos de mi tía! Pero ella no me dio tiempo a explicárselo, porque se apartó rápido de mí y se marchó muy digna.

Los días siguientes al entierro fueron extraños. A pesar de que estaba más unido que nunca a mi hermano, sentía un vacío por dentro difícil de explicar. Y encima, Poli lo estaba pasando fatal. La familia de su novia se la había llevado a un paradero desconocido para que no pudiese verla y andaba medio loco, buscándola por todos los pueblos donde tenía familiares, siguiendo pistas falsas. Yo quería estar a su lado como él lo había estado al mío en los momentos difíciles, pero era complicado, porque Poli no se dejaba ayudar y trataba de ocultar sus sentimientos. Recordé lo que me había contado mi padre de la armadura y pensé que Poli también tenía una. Empezó a consumir coca y a beber de una manera compulsiva, como no lo había hecho nunca. Yo tenía miedo cada vez que cogía el coche, por eso procuraba ir con él a todas partes, no pensaba que podíamos matarnos los dos. También temía que lo pillasen los maderos, porque su odio contra ellos le llevaba a cometer auténticas locuras: les pinchaba las ruedas de los coches, les hacía llamadas con falsos avisos, les ponía todo tipo de trampas para entorpecerles su trabajo... Incluso a uno le llenó la casa de pintadas porque sospechaba que había sido él quien había malmetido a la familia de su novia contra él.

A las tres semanas del entierro fuimos a Burgos para dar un palo de la releche. Fue nuestro mayor botín: cuarenta kilos en joyas que, al vendérselas al Escorpión, se nos quedaron en quince. Me sentí millonario. Nadie podía imaginar que en el antiguo horno de cerámica del anexo pudiese haber semejante cantidad de pasta metida en una bolsa de basura. Cada vez que miraba todos aquellos fajos de billetes, recordaba los consejos de mi padre: «Tienes que darle más valor al dinero, Julito, no puedes derrocharlo a lo loco». Pero lo primero que hicimos fue comprar un alijo de la leche. Últimamente, con el desfase que tenía Poli, el perico desaparecía como por arte de magia. También nos compramos mil chorradas y empezamos a ir a jugar al casino. Sin embargo nada de todo eso conseguía que Poli volviese a ser el mismo de antes. Al contrario, cuanto más teníamos y más al límite vivía, más solo me parecía a mí que se encontraba. Ya no sabíamos qué hacer para animarlo.

Un día el Rata y yo nos sacamos unas fotos en una cabina haciendo un calvo para que se riese un poco. Antes se hubiese partido el culo de la risa, como hicieron el Perchas y Gordini al verlas,

pero entonces apenas conseguimos arrancarle una sonrisa forzada.

Con Vane las cosas seguían igual. Al principio me lo tomé con paciencia, porque pensaba que sus cambios bruscos de humor y su frialdad eran consecuencia del aborto, que eso la habría afectado más que a mí; pero, según pasaban los días, yo también empecé a saltar por cualquier chorrada. Incluso acabamos teniendo alguna que otra agarrada de las gordas.

—¡Eh, Julio!

Oír mi nombre auténtico a mis espaldas y en boca de una mujer me resultó la mar de extraño: hay pocas personas que me llamen Julio y menos mujeres, por eso continué andando convencido de que no era por mí.

—¡Julio, espera!

Esa insistencia sí hizo que me volviese. Entonces vi a mi tía ahí plantada. Me quedé bocas. En diecisiete años solo la había visto una vez, cuando yo tenía nueve, y el día del entierro de mi padre. ¡Menuda casualidad!

—Hola, Solé, ¿y tú por aquí?

—Venía a buscarte, Julito, es que estamos en un apuro *mu* gordo *mu* gordo y nos han dicho que tú tienes pasta —me soltó a bocajarro.

—¿En seguida se me vino a la cabeza lo que nos había dicho mi padre, que eran auténticas alimañas, y me puse en guardia. Solo habían pasado tres semanas desde el entierro y ya estaban cayendo sobre mí como buitres carroñeros, parecía como si se hubiesen olido el dinero del botín.

Quién te ha dicho que tengo pasta? Te han informado mal.

—Julito, hijo, vamos a perderlo todo por una deuda que tenemos si no la pagamos en veinticuatro horas, hasta la casa se nos quieren llevar —se echó a llorar—. Los bancos no tienen piedad. Ya sé que en todos estos años no nos hemos visto, pero fue porque no quiso tu padre, si hubiera sido por nosotros, otro gallo cantaría. Y no tengo a quién acudir, Julito. Mira, es solo un préstamo, en cuanto nos paguen un dinero que nos deben, te lo devolveré. Te juro por Dios que te lo devolveré, en una semana a lo más tardar.

—¿De cuánto es la deuda?

—De un millón de pesetas.

Me quedé petrificado. Ella, al ver mi reacción, cambió de táctica.

—Mira, si no puedes, *pos* no be dicho nada: que nos embarguen la casa y se acabó. No quiero que pienses que quiero aprovecharme de ti justo ahora que acabamos de recuperaros a ti y al Migue. Eres clavadito a tu padre, le estoy viendo a él de joven. ¡Qué pena, madre mía! Siempre fue mi hermano favorito, hasta que cayó en la droga de esa manera. Yo era una niña y no entendía por qué ya no venía por casa. Me gustaba tanto jugar con él... Solía darme regaliz...

—Podría darte medio kilo —la interrumpí—. No sé si porque no quería seguir escuchándole hablar de mi padre o al contrario, precisamente porque había empezado a hablarme de él.

Se me abrazó como en el entierro, con un sollozo tan hondo que sacudió su cuerpo y el mío. Yo notaba cómo su perfume dulzón se me iba quedando impregnado en la ropa y en la piel, y estaba deseando apartarme de ella.

—Dios te lo pague, Julito, ya sabía yo que tú tenías tan buen corazón como él. Te juro por sus huesos, que es lo más *sagrao pa* mí, que te lo devolveré. Y a ver si venís a vernos el Migue y tú.

Os prepararé un cocido de los que le gustaban a tu padre, que estás *mu* flacucho. ¿No te rían de comer? *Pus* ven donde tu tía, que yo te cuidaré. ¡Qué guapo eres! —comentó pasándome la mano por el pelo—. Igualito a tu padre, si es que lo estoy viendo...

—¿Cuándo quieres que te lo lleve?

—Puedo ir contigo, si quieres...

—No, mejor te lo llevo yo esta tarde —le respondí. Lo último que quería era que anduviese pisándome los talones.

Cuando la dejé atrás, empecé a preguntarme por qué diablos había accedido a darle el dinero y en seguida encontré la respuesta: el contacto con ella me hizo recuperar de algún modo esa parte secreta de mi padre que tanto anhelaba poseer, como aquel culito de café que me había bebido a los tres años cuando se lo llevó la policía y que me dejó un poso amargo en la boca, igual que ahora.

24.

¡NO PUEDE SER!

Poli llevaba varios días sin dormir, sostenido por la coca, pero se le veía esperanzado y optimista, porque iba a ir con el Rata a un pueblo de la provincia de Segovia donde creía que estaba su chica. Esta vez estaba seguro de haber dado con la auténtica pista de su paradero.

—Venga, Bruslí, vente con nosotros —volvió a insistirme.

—Que no, tronco, que voy a ir donde mi tía para que me devuelva el dinero, que han pasado ya dos semanas desde que se lo presté y aún no he tenido noticias de ella.

—Olvídate, macho, ese dinero ya no lo vas a ver, te ha dado el viejo timo de la estampita.

—*Tié razón el Poli, Bruslí, pa mí que esa mujer ta hecho el lío.*

—Pues si es así, se va a enterar. ¡Vaya si me lo va a devolver! Como me llamo Bruslí que me lo devuelve.

—¿No te dijo tu padre que eran *alicañas*? —me recordó el Rata, hablando tan mal como de costumbre.

—Sí, pero creo que se refería a mis tíos; ella parecía sincera, se la veía muy angustiada a la mujer. Incluso me dijo que por encima del dinero estaba yo, y que no quería perderme, que antes perdía la casa.

—Esas lagartas se saben un montón de trucos —comentó Poli.

Me daba rabia admitirlo, pero empezaba a creer que tenían razón; yo también estaba inquieto. No era normal que hubieran pasado dos semanas y aún no hubiese dado señal de vida. Por eso tenía que ir sin falta, no podía dejar pasar ni un solo día más. A ver, no me iba a estar jugando yo la vida, para que luego viniese cualquier pelandusca a llevarse mi dinero por todo el morro. Me fastidiaba no ir con Poli, últimamente era como su sombra, pero al menos iba el Rata con él. Gordini estaba pasando unos días con su madre y el Perchas llevaba tres días muy ocupado con una piba mayor que él, que prácticamente lo tenía secuestrado.

—Si me la ha jugado, se va a enterar... ¡Vaya si se va a enterar!

—Bueno, tío, nos vamos entonces, que tengas suerte.

—Y tú igual, Poli, que tengas suerte en la búsqueda. Y ve con cuidado, ¿vale, tío?

—Cono, Bruslí, que pareces mi madre.

Mi tía me recibió con grandes agasajos: me invitó a comer y estuvo muy cariñosa, contándome cosas de mi padre, como si hubiésemos mantenido toda la vida una reía ción muy estrecha.

—Ay, Julito, es que me parece estar viendo talmente a tu padre, mira que te pareces a él: sus mismos gestos, su misma cara.

Ella, en cambio, no se parece nada, ni tan siquiera parece su hermana, aunque tengo que decir que es bastante guapa. Tiene el pelo muy negro y muy liso, al contrario que el mío, que es rizado y castaño claro. Siempre lo lleva recogido con una cola, al menos las veces que yo la he visto. No es muy alta, pero sí bien proporcionada y tiene una piel muy bonita, morena y tersa.

Yo no dejaba de observarla trasteando por la cocina mientras me hablaba, porque no paraba de rajar.

—Yo siempre estaba deseando que tu padre viniera por casa, porque me traía regaliz o cualquier otra chuchería; es que era casi como su bija, por la edad que me sacaba. Recuerdo un día que me llevó a la feria. ¡Anda que no iba yo presumiendo de hermano! Porque entonces era guapo y fuerte, como tú, ¿me entiendes? Aunque, bueno, tú estás un poco *chupaillo*, tienes que comer más cocidos como este, venirte donde la tía, que te va a *cuidó* como es debido.

—No sabía que te llevases tan bien con él.

—¿Que si nos llevábamos bien? A ver, si era su única hermana, tú verás, todos los demás eran chicos. Él me regaló mi primer collar. ¿Quieres verlo? Aún lo tengo, ahora te lo traigo *pa* que lo veas.

Mientras iba a su cuarto seguía hablándome. A mí me gustaba el runrún de su voz, porque me transportaba a una parte de mi padre desconocida para mí.

—No será gran cosa el collar, pero *pa* mí tiene un grandísimo valor sentimental. Antes pierdo todo lo demás que este collar, Julito. Mira, ¿te gusta?

Desde luego el collar, al lado de las joyas que habíamos robado era una birria, pero a mí cualquier cosa de mi padre, ahora que él ya no estaba, me parecía un tesoro. Yo sólo conservaba las cartas y su reloj, y mi hermano una sortija de sello.

—Es muy bonito —respondí.

Me contó un montón de anécdotas de mi padre, de las pilladas que le hacía a mi abuelo y del corazón tan grande que tenía, que, según ella, no le cabía en el pecho. Aunque cada poco se lamentaba de que hubiese caído en la droga: «¡Qué desgracia, Julito, qué desgracia! Tú no sigas su ejem pío». Yo no le dije que me metía, porque lo mío era muy distinto del caballo y, si quería, podía dejarlo, yo no era un yonqui. A mí no me afectaba como a él, únicamente lo hacía para divertirme con mis amigos. Pero tampoco ella se interesó por mi vida ni por cómo había conseguido el dinero, quizá porque estaba informada de los robos que cometíamos.

Después de un buen rato de cháchara, bebiendo el vino peleón que me sacó, recordé para qué había ido. Aunque quizá, después de todo lo que me bahía contado de su relación con mi padre, no fuese el momento apropiado, no sé... me daba un poco de apuro preguntarle por el dinero. Pero solo de pensar en lo que me dirían mis colegas, me animé.

—Tía, ¿y el dinero que te presté? ¿Has solucionado ya lo del banco?

—Mira, Julito, precisamente hoy iba a llamarte, porque ya sabes cómo es esta gente, que si papeles *parriba* y *pabajo*, que si falta una firma del notario, que si vuelva dentro de una semana...

¿Tú me entiendes? Pero ten por seguro que tu tía te lo devuelve, te lo juro por mi hermano, que en paz descansa, y que *pa mí* es lo más *sagrao* que tengo. Si hay alguien *honrao* en el mundo esa es tu tía, tú no pases *cuidao*. Si *pa mí* eres como un hijo. ¿Iba yo a robarle a mi hijo? ¡Quita de ahí, por Dios! Migue y tú sois lo único que me queda de ese hermano al que yo he *querío* tanto, porque mira que lo he *querío* yo a tu padre.

Mientras estaba en su casa escuchándola bajo los efectos del vino, la creí, pero luego, de camino al anexo, no hacía más que pensar en lo que me dirían Poli y el Rata: «Ya te ha vuelto a hacer el lío, Bruslí, mira que eres pardillo, te has tragado sus trucos de nuevo...».

El sonido del móvil me liberó del peso de mis pensamientos. Era mi hermano.

—Hola, Vandán, ¿qué te cuentas?

Me alegraba hablar con él. En los momentos de bajón necesitaba más que nunca tener cerca a mi verdadera y única familia, como había dicho mi padre.

—Escúchame, Bruslí, vente en cuanto puedas para la resi.

Su voz sonaba preocupada, ¿qué habría sucedido? ¿Habría descubierto Braulio el dinero del robo que guardábamos en el antiguo horno de cerámica?

—¿Qué ha pasado, Vandán, tú estás bien?

—Sí... yo sí... estoy bien... pero vente en seguida para aquí. Te espero en el anexo.

Por su voz supe que pasaba algo muy grave, nunca le había oído esa voz a mi hermano, ni siquiera cuando vino a darme la noticia de que nuestro padre estaba grave. De pronto noté como si la sangre ya no me corriese por las venas, como si una mano negra me hubiese agarrado el corazón y me lo estuviese apretando hasta dejarlo sin latidos.

—¿Qué pasa, Vandán? No me dejes con esta angustia, dímelo ya.

—Poli y el Rata han tenido un accidente con el coche.

—¿Y les ha pasado algo? ¿Están bien?

—No sabemos todavía... Tú vente para aquí, ¿vale? ¿Dónde estás?

—En Vallecas, he venido a ver a la tía para que me devolviese el dinero que le presté.

—Bueno, pues vente cuanto antes.

Pensaba coger el metro, pero al decirme lo del accidente, sin pensármelo dos veces,forcé la cerradura del primer coche que encontré y le hice el puente. ¿Qué habría pasado? ¿Cómo es que Vandán sabía lo del accidente y en cambio no sabía cómo estaban ellos? Apreté el acelerador a fondo sintiendo los latidos del corazón como una bomba de relojería a punto de explotar. No hacía más que acordarme del estado en el que se había ido Poli, sin dormir desde hacía días, y me sentía culpable por no haberle acompañado. ¡Qué putada! Si hubiese ido con él, no habría pasado nada.

Apuraba los semáforos al límite, algunos me los saltaba en rojo. Los conductores me insultaban y también los peatones por no respetarles los pasos de cebrá, pero yo sólo tenía un objetivo: llegar cuanto antes para saber a qué hospital los habían llevado y poder estar al lado de ellos animándolos. Me consolaba pensar que Poli era un tío fuerte, jamás le había visto enfermo, y el Rata igual, saldrían de esta seguro, seguro...

—Apártate, gilipollas. ¿Qué pasa, que hoy dan gratis la gasolina y todo el mundo ha sacado el coche? ¡Joder, qué tío más lento! ¡Arranca de una vez, macho, que te pesa el chasis! Y a ti, *peído*, ¿te han dado el carné en una tómbola?

Cuando llegué a la resi, me di cuenta de que tenía la camiseta empapada, como si me hubiese metido con ella debajo de la ducha; y por la cara y el cuello me resbalaban ríos de sudor.

Al verme, mi hermano vino corriendo hacia mí. Estaba muy serio, preocupado diría yo.

—¿Qué les ha pasado? ¿En qué hospital están? —le pregunté con el alma en vilo.

—Están muertos, tío, lo siento —dijo abrazándome—. No quise decírtelo por teléfono.

Y de nuevo el bloqueo de la cabeza, que no era capaz de asimilar esas extrañas palabras. ¿Poli y el Rata muertos, igual que mi padre?

—Que no, tío, que Poli y el Rata son fuertes y van a salir de esta, ya verás como salen. Pero ¿tú no conoces a Poli? Eso sería lo que le gustaría a la pasma, que se muriesen, los muy cabrones...

—No ha sido la policía quien nos ha dado la noticia, ha sido Braulio, le han llamado para que fuera a reconocerlos.

—¡Joder, no puede ser, no puede ser, joder, no puede ser...!

La frase se ahogaba dentro de mi pecho y tenía que gritarla cada vez más alto. Empecé a dar puñetazos y patadas contra todo lo que encontraba. Me volví loco. No podía imaginar que mis amigos no fuesen a estar ahí como siempre. Tenía la impresión de que había alguien escondido en algún lado pensando cómo joderme bien la vida. No era posible que se me acabase de morir mi padre hacía un mes y ahora mis mejores amigos... Cada vez daba los puñetazos y las patadas más fuertes, quería destrozarlo todo, porque yo estaba destrozado por dentro. Sentía una náusea que me subía del estómago a la boca como una ola gigante que no acababa de romper. Y una rabia que me explotaba por dentro como granadas de mano.

—¡Ya, para ya, Bruslí, vas a hacerte daño!

Mi hermano trataba de agarrarme para que me calmase, de consolarme con palabras, pero yo estaba como loco, cabreado con el mundo por ser tan horriblemente cruel, por haberse tragado a mis amigos así, sin más, en lo mejor de la vida.

Por fin consiguió inmovilizarme a pesar de mis puñetazos, y es que está mazado mi hermano. Entonces me eché a llorar como un crío pequeño.

—Tenía que haber ido con ellos, tenía que haber ido con ellos...

Cambié una frase por otra y la repetía machaconamente, como esos martillazos cuyo sonido te rebota en la cabeza volviéndote loco. No podía dejar de culparme, estaba convencido de que si hubiese ido con ellos, aún estarían vivos.

—Si hubieras ido con ellos, ahora tú también estarías muerto, Bruslí —dijo mi hermano—. Ya sabes cómo era Poli, no hacía caso de nadie, y últimamente estaba con un desfase brutal, tú mismo me lo comentaste muchas veces.

—Han sido esos cabrones; si no hubiesen ido contando historias a la familia de su novia, no habría ocurrido esto, joder.

Tenía que encontrar culpables, soltar toda la rabia que llevaba dentro. Después de lo de mi padre pensé que ya no me quedarían lágrimas dentro de los ojos, que se me habrían secado para siempre, pero no era así. No podía parar de llorar y de culpabilizarme. ¿Cómo había podido dejarlo solo con el Rata, que el pobre era un descerebrado, en el estado en que iba? Es verdad que Poli nunca te hacía caso y que bastaba que le dijeras que no corriese tanto, para que le pisara más al acelerador, pero...

—Le dije que fuese con cuidado, Vandán, y me dijo que parecía su madre... ¡Qué putada! Tenía que haber ido con él.

—Llora, Bruslí, desahógate, pero no te culpes. Lo que está de pasar, pasa. ¿Cuántas veces lo decía él mismo, que algún día moriría en la carretera?

—Últimamente un montón de veces, pero lo decía por decir, porque prefería morir así a que la policía le pegase un tiro.

—Vivía al límite, rozando el riesgo continuamente y haciendo auténticas barbaridades. No puedes desafiar a la vida de esa manera, Bruslí.

—¿Qué voy a hacer sin ellos, Vandán?

—Me tienes a mí, tío, soy tu hermano. Y ya es hora de que cambies de vida, te metes demasiada mierda de esa en el cuerpo. Un día me vas a dar tú también un susto de los gordos. ¿No te llega con los ejemplos que has tenido a tu alrededor?

25. LIBERADO

El día que Braulio me dio la noticia de que mi madre había muerto de sobredosis, al contrario de lo que me ocurrió con la muerte de mi padre o la de Poli y el Rata, sentí una especie de liberación, como si me hubiesen quitado un peso de encima de los hombros. Curiosamente no experimenté ninguna tristeza, quizá porque no me parecía que fuese mi madre la que había muerto, sino el fantasma que toda mi vida me había estado persiguiendo. Entonces le comenté a Braulio la envidia que había sentido del niño del parque al ver que para su madre era el mayor tesoro del mundo. Y él dijo que todos mis miedos y mis inseguridades venían precisamente de ahí, del abandono de mi madre, que esa era la razón por la que yo no me valoraba, como si mi subconsciente me estuviese lanzando siempre el mismo mensaje: «Si tu madre, que es quien te ha dado la vida, no te quiere, ¿cómo van a quererte los demás?». Nunca se me había ocurrido pensarlo así, pero creo que dio en el clavo. Yo solo era consciente del resentimiento y de la rabia que sentía contra ella por habernos abandonado de pequeños, pero no sabía exactamente cómo eso afectaba a mi vida, a mi manera de ser, a mi autoestima. Es verdad que siempre he tenido miedo de que la gente no me quisiese tal y como yo soy, ese es mi temor más grande, pero a lo mejor me faltaba la clave, el porqué. Y desde que lo he descubierto, me encuentro cada vez mejor, más alegre, más fuerte, con más ganas de hacer cosas, de ir a entrenar... Porque la culpa de que mi madre no me quisiese no era mía, sino de ella. Pero yo no lo pensaba así, sino que me veía como un juguete defectuoso, como si no fuese lo suficientemente bueno para mi madre. Por eso trataba de imitar a Poli. A él le admiraban todos, tenía carisma, o al menos eso creía yo. Pero a Tania le gusto como soy, a ella no le gustaba Poli, le parecía un fantasma y un prepotente, igual que a otros de la resi que no se atrevían a decírselo a la cara por miedo. Y mi hermano me quiere y me valora un montón. Y todos los chavales de la resi me respetan, quizá porque me ven un tío fuerte, y me escuchan cuando les digo que no hagan las tonterías que hice yo. Nadie piensa que consumir alcohol y porros te pueda llevar a la ruina, pero no conozco a nadie que haya empezado directamente con la coca. Y tampoco conozco a nadie que reconozca que está enganchado, todos decimos que podemos dejarlo cuando queramos, pero no es verdad... Y Braulio y el entrenador siguen confiando en mí a pesar de mis recaídas, se conoce que ven algo especial en mí. Siempre que hay algún chaval rebelde en la resi, Braulio me pide que hable con él. Dice que mi propia experiencia me da cierta autoridad moral, porque sé de lo que estoy hablando. Y eso me gusta. Sí,

me gusta sentirme útil, necesito saber que sirvo para algo, que soy bueno en algo. Y esto es lo que estoy trabajando ahora con Braulio, sobre lo que me gustaría hacer en la vida para sentirme realizado. Porque lo de jardinero no está mal, pero no me veo toda la vida en ello, no es algo que me llene plenamente. A veces he pensado que me gustaría ser educador para poder trabajar ayudando a otros chavales, se me da bien, pero sé que para eso hay que tener estudios. Así que a Braulio ni se lo he mencionado. ¿Para qué si es un imposible?

En cambio, sí que veo posible conseguir mañana una medalla en el campeonato de Madrid de taekwondo y también dejar definitivamente la droga y la bebida. Estoy contento porque hace ya más de dos meses que no me meto nada y creo que esta vez es la definitiva. Aunque es verdad que a veces temo tener que volver a enfrentarme al fracaso. ¿Y si no gano? La última vez me llevé una decepción tremenda. Mi hermano me acabó convenciendo de que en realidad había sido una victoria, y quizá en ese momento lo fuera, pero si después de todos estos meses que he estado entrenando tan duro, me volviesen a tumbar al segundo combate, ya no sería tal victoria, y así se lo he dicho a Braulio y a mi hermano. Aunque es verdad que ahora soy más realista con mis deseos, en función de mis posibilidades, y también sé medir mejor mis propias fuerzas, no como cuando decía que iba a ser cantante. En eso me ha ayudado mucho el entrenador, ya que me ha enseñado a fijarme metas concretas e inmediatas, a corto plazo. Y me doy cuenta de que en el anterior combate realmente no estaba preparado para ganar, me faltaba la fuerza mental. Ahora sí que lo estoy, pero aun así podría perder. El entrenador dice que saber perder forma parte de la competición, pero... ¡Uf! Prefiero no pensarlo porque me pongo aun más nervioso de lo que ya estoy. Lo mejor es olvidarme y ponerme a podar los plátanos. Necesito descargar la tensión que tengo en el cuerpo. Ya estoy deseando estar en el tatami, frente a mi contrincante, concentrado, dándolo todo, como he hecho últimamente en el gimnasio. El entrenador está contentísimo conmigo, dice que sobre todo he mejorado mucho la concentración, y eso es básico a la hora de competir.

De camino hacia los plátanos, observo algo que se mueve debajo del almendro, como un bulto balanceándose. Intrigado, me desvío hacia allí y en seguida descubro que el objeto balanceante no es otro que Tania, que está colgada de una rama cabeza abajo, como si fuese un lirón.

—¿Qué haces, estás loca? Te va a subir toda la sangre a la cabeza.

—Déjame, estoy concentrada.

—¿Para qué estás concentrada?

—Para que ganes el campeonato.

—¡Estás como una cabra! Si el que tengo que concentrarme soy yo, no tú...

—¿Y por qué crees que el Madrid le ganó a la Real Sociedad el último partido? Porque me concentré con todas mis fuerzas, si no de qué, con lo mal que jugaron. Y lo hice por ti, porque sé lo que significa para ti que gane el Madrid. ¿No ves que la fuerza de la mente hace que haya buenas vibraciones y eso atrae la suerte?

—Anda, baja de ahí, que estás más loca...

—Si me bajo, se me va la fuerza. ¿No ves que así la tengo toda concentrada en la cabeza?

—No he visto en mi vida a nadie tan chalado como tú.

—Por eso te gusto. Venga, dame un beso.

Se empeñó en que le diese el beso ahí colgada, para transmitirme su fuerza, y acabó cayéndose encima de mí. Yo no sé si este beso estará incluido en algún manual de artes amatorias, pero no lo

creo, hay determinadas cosas que solo se le pueden ocurrir a Tania.

—¿Qué, has sentido la fuerza?

—Pero ¿tú qué comes para estar tan loca? Anda ven aquí.

Me pasaría el día achuchándola, mirándola, jugando con ella... Es de esas personas que te despierta ternura solo verla. Pero yo tenía trabajo y ella, clase.

—Venga, que tengo que podar los plátanos.

—A sus órdenes, mi teniente.

Estoy tan embobado mirándola avanzar hacia el colegio haciendo piruetas de todo tipo, que ni siquiera veo venir a Calimero; basta que me toca el hombro por detrás.

—Tío, qué susto me has dado, no te he visto venir —digo dando un respingo.

—Es lo que tiene el amor.

—¿Y tú no tenías que estar en el teléfono?

—Es que me ha dicho Braulio que vayas a hablar con él.

—¿Por qué? Si yo no he hecho nada.

Estaba tan acostumbrado a que me echasen la *peta*, que nunca pensaba que pudiera ser para otra cosa.

—Está en el despacho, hablando con una señora de fuera que ha venido hace un rato.

No sé por qué de pronto pensé en mi tía, aunque no la había vuelto a ver desde que se quedó con mi dinero. A ver si se pensaba que yo era completamente gilipollas y había venido a sacarme más.

—¿Y cómo es la señora esa?

—No sé, tío, normal, una señora.

—¿Tiene el pelo liso y negro y lleva una cola?

—Pero, tío, a ver si te has creído que soy un agente de la CIA, que hago una ficha completa de todos los que entran en la resi. No sé... me pareció que era joven, pero en el pelo no me fijé. Creo que lleva una camiseta rosa.

—Pues a ver si fichamos mejor, tronco, que la camiseta no es un dato de utilidad. Cualquiera puede llevar una camiseta de ese color.

Subo hasta el despacho de Braulio con cierta intranquilidad. Y es que, por más vueltas que le daba, no se me ocurría qué otra desconocida pudiese querer verme, mi tía era la única. Aunque francamente me parecía raro que hubiese tenido la jeta de aparecer por aquí, solo me faltaba tener que enfrentarme a ella en este momento, como si estuviese ya poco nervioso con lo del campeonato del día siguiente.

Nada más abrir la puerta, veo que no se trata de mi tía, sino de una desconocida joven y delgada, de pelo castaño, algo ondulado; es totalmente opuesta a ella. Pero eso no hace que disminuya mi nerviosismo, al contrario. ¿Qué querría de mí esa señora? A ver si iba a ser una juez o algo así y venía a decirme que me faltaba condena que cumplir, que se habían equivocado, o que tenían nuevas pruebas contra mí de mi vida pasada. Porque desde luego en el presente no hay nada, estoy limpio, ahora soy un tío legal que ni fumo ni bebo ni me drogo...

—Pasa, BruslÍ. Mira, te presento a Carmen, es pedagoga y va a coordinar un curso para educadores que ha organizado el ayuntamiento.

—Hola —digo esperando una explicación, sin poder librarme del todo de la tensión que me produce no saber el motivo de aquella presentación.

—Le he hablado de ti y ella cree que podrías incorporarte al curso.

Pero yo sigo sin comprender nada, supongo que como fruto de mis famosos bloqueos. También en eso se notan los efectos de la droga.

—¿Qué curso? —pregunto sintiéndome un poco imbécil.

—El que te acabo de decir, el curso para educadores que organiza el ayuntamiento.

Nada, seguía sin comprender. Braulio sabía que yo no tenía más estudios que el graduado escolar. ¿Cómo podía yo hacer ese curso?

—Carmen cree que, haciendo este curso, estarías capacitado para ser educador nocturno aquí en la resi. Le he contado cuánto caso te hacen a ti los chicos y lo bien que los nía nejas cuando se ponen violentos. ¿Te gustaría ser educador?

¿Que si me gustaría? Tenía ganas de pellizcarme, aquello no podía estar ocurriéndome a mí, a ver si iba a ser un sueño y aún no me había despertado. Estaba tan acostumbrado a que solo me sucediesen cosas malas, que me parecía demasiado bonito para ser verdad. ¿Podía Braulio haberme adivinado el pensamiento? De la emoción, me quedé mudo, no era capaz de pronunciar una sola palabra, y Braulio malinterpretó mi silencio.

—No pareces muy entusiasmado.

—Pero ¿eso es de verdad? Es que me parece imposible —digo por fin.

—¿Imposible por qué?

—Porque es el sueño que tengo desde hace algún tiempo. Desde que tú me pediste que me ocupase de los chavales más rebeldes y hablase con ellos, he estado pensando cuánto me gustaría poder dedicarme a esto, me siento útil ayudándolos.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—Pues que no tengo estudios, ya lo sabes. Por eso ni me he atrevido a comentártelo.

—Haciendo este curso, podrías ser educador nocturno aquí, en la resi. Ya sabes que de noche es cuando surgen más problemas, por eso necesitamos a alguien como tú, que sea capaz de hacerles frente.

—Es más fácil formar a una persona que tiene cualidades para ello y experiencia que a una con estudios pero sin aptitudes para serlo —interviene Carmen.

—Bueno, si vosotros pensáis que valgo para esto, por mí, encantado.

Mientras Carmen me enseña el programa, me tiemblan las manos de la emoción y apenas puedo prestar atención a sus comentarios. De momento, solo puedo pensar en la gran oportunidad que me están dando y en convencerme a mí mismo de que, si ellos han confiado en mí para este trabajo, también yo debería confiar en mí mismo. Sé que puedo hacerlo, y esta vez no voy a fallarles, ni a ellos ni a mí. Ya no soy el Bruslí que se asusta ante los retos y se refugia en el alcohol y la droga. Ahora ya no tengo la sombra de mi madre sobre mi cabeza; como dice Braulio, soy dueño de mi vida. Y estoy dispuesto a enterrar de una vez por todas mi pasado, aunque a veces aún llore la muerte de Poli y el Rata. Es difícil olvidar a tus amigos, ellos no han tenido la oportunidad de enmendarse, en cambio, yo...

26.

LA GOTA QUE COLMA EL VASO

En el velatorio todavía no podía creer que aquellos que estaban metidos en las cajas fuesen Poli y el Rata. Estaba convencido de que en cualquier momento se levantarían y nos empezarían a vacilar: «¿Qué, os gustó la broma? Fue solo un truco para despistar a los maderos que nos venían siguiendo. ¡Venga, Bruslí, que eres un sentimental, tío, que pareces las cataratas del Niágara, venga a echar agua!...». También Gordini y el Perchas lloraban. Yo sé que a Poli no le hubiese gustado vernos así, le daba mal fario que la gente llorase y estuviese triste, no lo podía soportar. Cuanto más fastidiado estaba por dentro, más bromas nos gastaba.

—¿Os acordáis de cuando Poli le hizo un calvo a los pitufos desde el coche? —les recordé.

Gordini y el Perchas se empezaron a animar.

—Qué tío, mira que le echaba huevos —comentó el Perchas—. Yo no me podía creer que fuese a hacerlo. Pero cuando veo que en el semáforo deja el coche con el freno de mano, se sube al asiento, se baja los pantalones y les enseña el culo... Macho, me quedé de piedra. ¡Y cómo se reía el tío mientras los pitufos nos venían persiguiendo con la sirena puesta y la luz girando en el techo! No paraba de repetir: «Hay que ser *pringao* para ir dando el cante de esa manera, que corran, cono, y se dejen de gilipolceces. Tanto escándalo y tanta luz para nada».

—¿Y os acordáis de cuando se metió con aquel taxista y acabamos rodeados de un montón de taxis que nos querían linchar? —nos recordó Gordini—. Fue la segunda vez que nos alegramos de que apareciesen los polis, la primera fue en la famosa pelea contra los de la panda del Empanao. Y qué morro le echó el Poli, si llegan a sospechar siquiera con quién estaban hablando...

Sin darnos cuenta pasamos del llanto a la risa.

—Sois unos degenerados, ¿no sabéis que esto es un duelo y no un circo? —nos regañó una chica.

Pero, en lugar de callarnos, su frase hizo que nos diese aun más la risa, y nos tuvimos que salir fuera. No es que no estuviésemos tristes, nadie sentía como nosotros su pérdida, pero la risa era como un último homenaje a los dos, que se reían hasta de su sombra.

La muerte de Poli y el Rata me volvió a acercar a Vane. Hablar de ellos suponía para mí un gran desahogo y a Vane le gustaba escuchar las anécdotas de Poli que yo le contaba. Se venía todos los

días al anexo y hacíamos el amor como al principio de conocernos. Luego nos metíamos alguna raya y nos reíamos por cualquier cosa. Durante dos semanas tuve la esperanza de que las cosas volviesen a ser como antes y le conté mis sueños: buscarme algún trabajo, llevar una vida normal y acabar formando una familia. Ella me escuchaba en silencio. Un día me echó en cara que ya no le hacía regalos, y eso me mosqueó bastante, porque era como decirme que volviese a robar. ¿Es que no me había escuchado los sueños que tenía, las ganas de empezar una nueva vida? En aquel momento no le dije nada, pero noté como si algo se me rompiese por dentro. Claro que en seguida lo aparté de mi mente, como solía hacer Poli con las cosas malas, bastante había sufrido ya. Ahora solo quería disfrutar del amor recuperado, soñar en alto para convencerme a mí mismo de que podía cortar con mi pasado de chorizo. Me pasaba el día mirando absorto cómo la gente realizaba sus respectivos trabajos en la calle: el obrero trajinando con los ladrillos y el cemento en lo alto del andamio, el jardinero que cortaba el césped o podaba los árboles, el cocinero que preparaba la masa de la *pizza*, el camarero que hacía equilibrios entre las mesas con las bandejas llenas de copas... ¿Cuál de todos esos trabajos podría desempeñar yo? ¿Me veía en alguno de ellos? En realidad lo que yo deseaba era ser campeón de taekwondo, pero ni siquiera tenía el cinturón marrón...

—No tienes voluntad, Bruslí, si le hicieras caso a tu hermano...

—Eso, vejestorio, tú húndeme en lugar de darme ánimos. Mira, este *apchagui*... ¡Kiaa! Y ahora un *dolio*... ¡Kiaa!, y un *vandal* ¡Aagh! ¿Qué te ha parecido? Y un *nerio*... ¿No soy bueno? Di, ¿no soy bueno?

—¿Por qué no vas a entrenar entonces? Tienes miedo de lo que pueda decirte el entrenador, ¿verdad? Apareces, desapareces... Eso no es serio, así no puede meterte en los campeonatos, ya te lo ha dicho mil veces.

—He pasado una mala racha...

—Siempre estás buscando disculpas.

—Y tú eres un mamonazo, siempre tocándome la moral. Pues vas a tener que tragarte tus palabras, porque voy a ser capaz, ¿sabes? Tú eres el que ya no tiene nada que hacer. ¡A comer sopitas en el asilo! Eso es lo que te espera a ti, por eso la tomas conmigo.

Para callar al viejo Bruce, cogí mi ropa de taekwondo y la metí en la bolsa de deporte. Por cojones iba a ir al gimnasio, aunque solo fuera para darle a ese mamón en las narices, ya estaba bien de tocadura de huevos. Hablaría con el entrenador de nuevo, le contaría lo de mi padre y lo de Poli y el Rata, él siempre había sido comprensivo, tenía que entenderlo.

—Te dije que, si faltabas, no volvieras a aparecer por el gimnasio, ¿lo recuerdas?

—¿Todavía estás ahí, viejo estúpido?

—Los héroes nunca envejecemos.

—Eso es lo que tú querrías, tío, pero a todo el mundo le llega su hora. ¿Acaso no lo has visto? Acabarás en el hoyo, igual que todos. Igual que mi padre, igual que Poli y el Rata... Además, déjame en paz, que voy con prisa, tengo que llegar a la clase de las nueve y media, ya sabes que es la última.

Iba muy decidido, con ganas de empezar de nuevo, de tragarme el mundo, pero, al llegar al gimnasio, me acojoné. Tenía razón el viejo Bruce; el entrenador ya me había dado demasiadas oportunidades, le había ido con mil cuentos, con mil disculpas, no era serio, mis palabras sonaban a hueco porque no había nada debajo de ellas.

—¿Qué, no te sientes capaz de plantarle cara a la vida de una vez por todas? No entras ahí porque sabes que le vas a volver a fallar, que te vas a fallar a ti mismo.

—No es eso, Bruce, mira, está a punto de empezar la clase, es mejor que venga en otro momento a hablar con él.

—Posponerlo no te va a servir de nada, en el fondo sabes que ese momento no va a llegar nunca.

—Vendré mañana a primera hora de la tarde, antes de que empiecen las clases, te juro que vendré.

—No tienes agallaaaas.

Aun corriendo, escuchaba el eco de su voz en mis oídos. Para no tener que oírlo, me metí en un *pub* al que solía ir con Vane. La música a todo volumen terminó por acallar esa voz insistente. Últimamente no me dejaba en paz, todo el día con la misma matraca.

Me tomé dos copas en la barra, y cuando estaba a punto de beberme la tercera, el vaso se me quedó congelado en la mano. ¿No era Vane la chica que se estaba morreando con Picote, un amigo mío?

Con el vaso en la mano me fui hacia ellos, sintiendo fuego dentro del pecho.

—¿Qué pasa, tío, así es como tratas a los amigos? —le dije furioso—. ¿Y tú qué, Vane, me doy media vuelta y te enrollas con otro?

—Soy libre para hacer lo que quiero —me desafió ella, los ojos echando fuego.

—A eso se le llama ser una zorra —le solté lanzándole a la cara el contenido del vaso, y a continuación me di media vuelta para salir de allí cuanto antes. Si me hubiese quedado, me habría liado a tortas y habría sido peor.

Según me alejaba de allí, sentía una rabia tan grande que me impedía respirar con normalidad, me estaba ahogando. ¡Joder! ¿No había nada más que pudiese pasarme? ¿Cómo había podido Vane ponerme los cuernos justo cuando habíamos vuelto a estar bien?

—Te recuerdo que tú también hiciste lo mismo un montón de veces con muchas otras chicas —me pinchó Bruce.

—Eso era diferente, tío.

—¿Por qué: porque eras tú quien lo hacía?

—Que te pires, viejo, no te necesito ni a ti ni a ella.

—¿Por eso te estás metiendo esa raya?

—Me la meto porque me sale de los cojones, ¿te enteras? Y esta otra también. Te gustaría probarla, ¿a que sí? Pues te quedas con las ganas.

No sé por qué, pero la euforia que sentía con el perico no era como la de las otras veces; era una euforia mezclada con ese poso amargo de café que nunca se iba de mi lengua. Así que me metí en otro *pub* y me bebí unas cuantas copas. Entonces me fijé en una piba que estaba buenísima y me fui hacia ella con la intención de comerle la oreja. Se iba a enterar Vane si creía que era la única que podía ligar por su cuenta...

Pero las palabras me salían a trompicones, como si la mente fuese por un camino diferente al de ellas. Traté de reconducirlas y empezar de nuevo, pero volvían a tropezar con mi lengua.

—Venga, tío, vete a casa a dormirla, que llevas un chuzo encima...

—No... eee... ees... pera, es la leeen... gua, que me ha *cde... cido*...

La *chondi* se fue para otro lado huyendo de mí. ¿Por qué huía? Nadie huía de Bruslí, yo era el rey del mambo, todas caían rendidas a mis pies...

Fui tras ella, pero el suelo no paraba de moverse y acabé cayéndome. Alguien me agarró y me sacó a la calle. Me hubiese gustado decirle cuatro palabritas, pero mi lengua era como una inmensa morcilla y las palabras resbalaban hacia atrás sin llegar a salir. Me sentía una puta mierda. ¿A quién le importaba yo? Volví a esnifar un poco más de coca y por fin conseguí ponerme de pie.

No tenía conciencia de cómo había llegado al anexo ni de cuánto tiempo había transcurrido hasta que volví a estar sobrio de nuevo: ¿horas, días, meses? Pero, gracias a mi hermano, conseguí rehacerme más o menos. Aunque seguía obsesionado con volver a intentarlo con Vane. A pesar de lo que pasó, aún seguía colado por ella, no me la podía quitar de la cabeza. Mi hermano estaba empeñado en que la olvidase, pero no era capaz. Quizá todavía pudiese reconquistarla con regalos. Ella misma me había echado en cara que ya no se los hacía. Quizá si le hacía un buen regalo... con las flores funcionó.

Fui a la bolsa de basura donde guardábamos el dinero y me quedé impresionado de cómo habían bajado los fajos que había en tan poco tiempo. Lo conté. Ya solo quedaba un kilo, un mísero kilo. Entonces recordé las palabras de mi padre: «No puedes derrochar así el dinero, Julito, tienes que aprender a valorarlo». Sin embargo, cogí doscientas mil pesetas y me fui a una joyería con la intención de comprarle una pulsera o una sortija que la deslumbrase. Con quistar a Vane valía para mí más que todo el dinero del mundo.

Con la pulsera de rubíes que había comprado en el bolsillo, trepé hasta su balcón. De pronto volvía a sentirme el hombre más feliz de la tierra, porque estaba convencido de que podríamos arreglar las cosas y volver a hacer el amor como antes.

—Vane, abre, soy yo.

En cuanto me vio, le enseñé la pulsera para que viese que venía en son de paz. Y vi que se le dulcificaba el gesto, era buena señal.

—¿Es para mí? —dijo nada más abrir la ventana—. Creía que estarías enfadado, que no querías volver a hablarme.

—Olvidemos lo ocurrido.

—Perdóname, Bruslí, sé que hice mal, pero no sé qué me pasó. Desde que se murió Poli, he tenido la impresión de que yo no te importaba, de que solo te importaba él, siempre estás hablando de él y yo estaba muy confundida...

Corté su discurso con un beso. Y otro. Y otro...

A pesar del miedo a su padre, nos metimos en su cama y allí mismo hicimos el amor, con ganas, como antes. Eso me hizo pensar que las cosas volvían a estar como al principio de nuestra relación, que estábamos hechos el uno para el otro y que nuestra historia era cada vez más sólida, capaz de resistir cualquier problema.

Pero, ya ves, me equivoqué. A las dos semanas Vane me dejó definitivamente. Y encima, me enteré de que, estando aún conmigo, se había acostado con Picote y con Sapo, la muy zorra, volvió

únicamente por la pulsera. ¡Qué putada! Me volví medio loco. Ahí estaba de nuevo, más solo que las ratas, sin novia, sin dinero, sin trabajo, sin mi padre, sin mis amigos...

27.

EL CAMPEONATO

Todavía hace unos meses habría sido incapaz de enfrentarme a un campeonato, en cambio, ahora entro en el polideportivo con ganas de comerme el mundo. Me siento un nuevo Bruslí, muy distinto de aquel que iba de correrías con Poli y los otros. Sin embargo, al echar un vistazo a los que están ya calentando, no puedo evitar achantarme. De pronto tengo la sensación de ser una hormiga, todos me parecen más altos, más fuertes y mejores que yo. ¿Qué diablos hago yo entre toda esa gente? De nuevo se me vienen a la cabeza las imágenes del anterior campeonato y me acojono. Pero ahí están mi hermano y el entrenador, sonriéndome, dándome ánimos, como si fuesen conscientes de mi momento de debilidad. Y en las gradas está Tañía haciéndome el signo de la victoria con las dos manos. No puedo fallarles, tengo que intentarlo, voy a luchar con todas mis fuerzas.

Durante el calentamiento noto que recobro la confianza en mí mismo. Ya no oigo el griterío de las gradas, solo el familiar sonido de los pies en la madera. Entonces trato de concentrarme como me ha enseñado el entrenador, como si no hubiese nadie más en el tatami, a solas con mi mente, sintiéndola invencible, poderosa, capaz de ganar, mandando sobre el cuerpo... Noto que me elevo como una pluma y me contorsiono como si fuese de goma y doy las patadas con una gran precisión y esquivo todos los golpes. Esta vez sé que voy a ir a por todas, no hay nada que pueda impedírmelo, porque siento una gran fuerza dentro de mí.

El sonido del silbato marca el comienzo de la competición. Estoy ansioso por entrar en combate y liberar la adrenalina que me corre por las venas como una gaseosa recién agitada.

Cuando me llega el turno, de pronto me acuerdo del papel que llevo sujeto con el cinturón, me lo ha dado Tania para que lo leyera justo antes de entrar en combate. Lo despliego y leo: «Vas a ganar, porque eres el mejor». Grabo el mensaje en mi mente y se lo entrego a mi hermano. Luego, me ajusto bien las protecciones de los brazos y las piernas, me coloco el casco y salgo al tatami confiado, lleno de fuerza, sintiendo que soy capaz de ganar a cual quiera de mis competidores.

Nos saludamos y da comienzo el combate. En ese momento pienso en el viejo Bruce, en demostrarle que soy un digno sucesor suyo, porque he cogido su testigo, él ya puede retirarse tranquilo. Y sin pensar en nada más, le entro a mi contrincante con un *neriu*, luego un *apchagui* y a continuación un *vándal* que lo flipas. En pocos segundos, mi rival está en el suelo, he ganado.

Ha sido tan rápido, que apenas he tenido tiempo de darme cuenta de cómo lo he vencido ni de saborear mi victoria. Pero, a pesar de la rapidez del combate, me siento agotado, como si hubiese

realizado un esfuerzo sobrehumano, cosa que nunca me ocurre en el entrenamiento diario, donde puedo luchar durante una hora entera sin cansarme ni la mitad.

Después de un pequeño descanso, regreso al tatami. Y como en un *flash* me vuelve la imagen del último campeonato, porque fue precisamente en este segundo com bate cuando perdí. Pero trato de horrorarla grabando en mi mente el mensaje que me escribió Tania: «Vas a ganar, porque eres el mejor».

Claro que mi adversario es bueno también, mejor que el anterior. Pero da igual, porque yo soy discípulo de Bruce Lee, su sucesor, por eso esquivo todos sus *chaquis*. Por más que lo intenta, no consigue tirarme. Eso me da confianza, y me elevo en el aire como una gaviota, igual que mi maestro, y entonces, zas, le hago un *apchagui* que lo pilla total mente fuera de juego.

—Kiaaa.

Claro que él no se viene abajo y me lo devuelve; es un contrincante duro, de los que no tiran la toalla fácilmente. Tampoco yo estoy dispuesto a tirarla, va a tener que sudarlo el chaval, porque voy a por todas. Me juego mucho en este combate: si lo gano, le perderé el miedo al fracaso...

—Kiaaaaaaaa.

De pronto, sin saber muy bien cómo, por la rapidez del propio movimiento, el chaval está inmovilizado debajo de mí y el árbitro pita el final del combate.

He ganado. Estoy casi sin aliento por el esfuerzo realizado, pero eufórico, como una moto. Es una pena que el siguiente combate no sea hasta dentro de dos horas, me gustaría seguir, siento que estoy en racha, la adrenalina se me desborda por todos los poros como una botella de champán recién abierta. Mi hermano y el entrenador me dan la enhorabuena y me dicen que ha sido una victoria muy meritoria por lo bueno que era mi contrincante. Estoy como en una nube, aún no me puedo creer que le haya ganado.

En el cuarto donde esperamos a que nos vuelva a tocar, los chavales hablan de cómo está transcurriendo la competición. Yo me tumbo con la mochila de almohada para descansar del esfuerzo tan grande que acabo de hacer. Poco a poco sus palabras se van transformando en un suave runrún cada vez más lejano, y noto que me invade el sueño como un soplo de viento caliente.

Me despierta mi hermano a base de sacudidas, y es que siempre he tenido el sueño muy pesado, como si me anestesiasen. Los demás me miran asombrados y hacen comentarios sobre mi facilidad para esta actividad tan placentera que es dormir a pierna suelta. No entienden que pueda hacerlo en el suelo, con toda la gente entrando y saliendo, y con el jaleo de las voces y las risas. Pero, quitando en el calabozo y en la cárcel, nunca he tenido problemas para dormir como un lirón.

Antes de salir, echo un vistazo al cuadrante que nos dan para saber con quién me toca el siguiente combate. Me siento tranquilo, confiado, con ganas de enfrentarme a un nuevo reto. En el tatami localizo a mi contrincante, un cuatro por cuatro con una pinta de malote que impone bastante, la verdad. Intento convencerme de que a veces las apariencias engañan, porque necesito ganar este combate como sea, y es que en él me juego el bronce.

Entonces miro hacia las gradas, buscando a Tania, mi mejor amuleto. Ahí está, dejándose la garganta y poniéndole corazón al tema, aun más que en los partidos del Madrid. Al verla allí, entre toda esa gente, tan frágil y a la vez tan fuerte, pienso cuánto la quiero y cuánto me gustaría conquistar para ella la medalla. Y ella, como si adivinase mi pensamiento, me da ánimos

haciéndome el signo de la victoria. Parece una de esas diosas del Olimpo, destaca entre todos. Solo contemplarla es para mí una inyección de energía. Así que respiro hondo mientras me digo para mis adentros: «Vamos, Bruslí, a por todas, se lo debes».

Así como el combate anterior lo vi más chungo, en este, nada más empezar, sé que va a ser mío, que lo tengo ganado, porque soy más ágil que mi adversario y tengo la mente más despierta; a lo mejor por el sueñecillo ese que me eché, o quizá por la confianza que me ha dado superar la barrera del miedo.

Pero con todo, cuando el árbitro proclama mi victoria, me siento como si hubiese conquistado el Everest. Y no es solo por el hecho de haber ganado el bronce, sino por haber sido capaz de creer en mí. Tenía razón mi hermano, antes me faltaba confianza en mí mismo. Pero ahora sé que soy bueno en esto y puedo competir con cualquiera. Nunca volveré a sentirme derrotado, ni un mierda, estoy orgulloso de ser yo, Bruslí, y de haber ganado una medalla por mis propios méritos.

Con esa confianza en mí mismo, aun en contra de todos los pronósticos, después del bronce, voy y gano también la plata. Macho, ni en mis mejores sueños hubiese imaginado una sensación parecida. Era como si tuviese alas y pudiese volar. Por eso me enfrento al último combate con una gran tranquilidad, la que te da pertenecer por una vez en tu vida al mundo de los ganadores.

En el tatami, está Bruce Lee, es él quien me reta:

—¿Qué, chavalote, te atreves conmigo? Si quieres ser mi sucesor, ya sabes lo que tienes que hacer, chico, es a mí a quien te enfrentas esta vez.

No sé cuánto tiempo dura esta vez el combate, pero sí sé que estoy peleando con una gran confianza, la cabeza muy fría. Continuamente me adelanto a los golpes de mi adversario. Tengo la impresión de que alguien dentro de mí me dicta lo que tengo que hacer, los movimientos que tengo que dar, quizá el viejo Bruce. Son esas veces en que, no sabes por qué, pero todo te sale tal y como lo planeas. Siento una fuerza dentro de mí que nunca sospeché pudiera tener, ni siquiera noto el cansancio como me ocurrió en el primer combate.

Y antes de que me pueda dar cuenta, el árbitro pita proclamándome ganador. Yo, Bruslí, campeón de Madrid. No me lo puedo creer, tengo que pellizcarme. El viejo Bruce me entrega el testigo y a mí no me salen las palabras de la emoción que siento. Estoy en una nube, notando. Es la primera vez que gano algo tan importante en mi vida, a base de esfuerzo, solo con mi esfuerzo. Y me siento orgulloso. Por fin puedo devolverles a mi hermano y a Tania todo lo que han hecho por mí.

Estoy tan en las nubes que, cuando escucho mi nombre por los altavoces, no lo reconozco. Suena extraño mi nombre, no solo porque hayan dicho julio en lugar de Bruslí, sino también por la resonancia y los gritos que se oyen en el pabellón, o quizá porque no estoy acostumbrado a escucharlo a través de un altavoz en medio de un polideportivo. Por eso tengo un momento de vacilación, y no puedo evitar mirar al entrenador como para confirmar que soy yo y no otro ese Julio al que están llamando. Casi me tiene que empujar mi hermano de lo *agilipollao* que estoy.

Y sin tener conciencia de cómo he llegado, ahí estoy, subido en lo más alto del podio, recibiendo la medalla. Es imposible describir la emoción que se siente al escuchar el himno mientras sabes que todas las miradas están puestas en ti. Y luego, oír que en las gradas corean tu nombre al lado de la palabra «campeón». Quieres que ese momento de gloria no acabe nunca. Aunque luego viene otro mejor. Y es cuando los chavales de la resi se me abrazan y me suben para sacarme a hombros del recinto, coreando mi nombre sin parar. En ese instante se me viene a

la cabeza cuando soñaba con ser cantante solo para poder sentirme como las grandes estrellas de *rock* y que todos me admirasen y viniesen a pedirme autógrafos. Claro que ahora no es un sueño, sino una realidad. Y lo he logrado a base de esfuerzo, de una terrible lucha por salir de la mierda en la que estaba metido, de durísimos entrenamientos. Por eso me siento doblemente feliz. Me estalla la alegría como fuegos artificiales. Pero esta vez no es una falsa felicidad como la que te da la droga o el alcohol, que en seguida te crea de nuevo la sensación de vacío, de querer más, esta es una felicidad auténtica, total, que la puedes compartir con tus amigos, con las personas que más quieres. Y te da ánimos para seguir luchando por las cosas en las que crees...

Cuando me abrazo a mi hermano y a Tania, de pronto me doy cuenta de que por fin me ha desaparecido de la lengua el poso amargo del café.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).